Fray Mocho



LOS COLAZOS DEL PRIMER DUODECIMO

—Cobraremos, sí, Nicanora. No te aflijas.
—¿Cuándo?
—¡Ah, mujer!... "Largo es el camino que conduce a Tipperary".

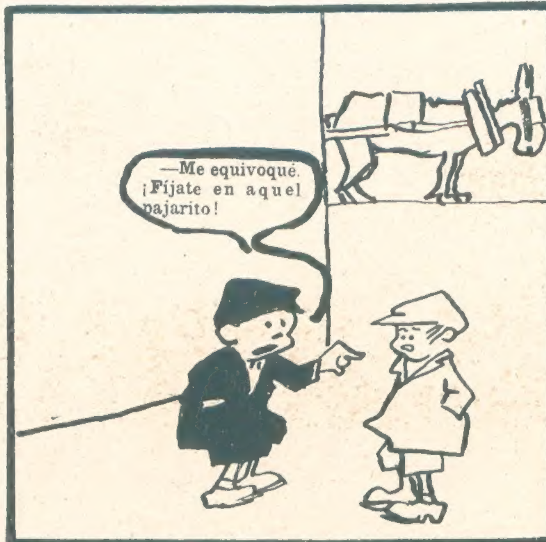
PÁGINA INFANTIL. — Aventuras de Pipirí





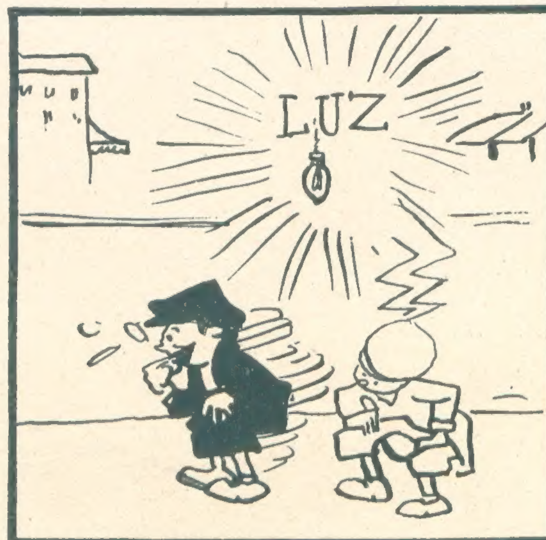


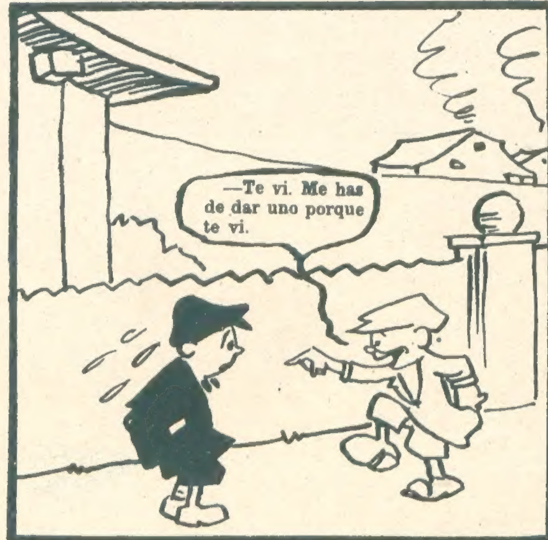




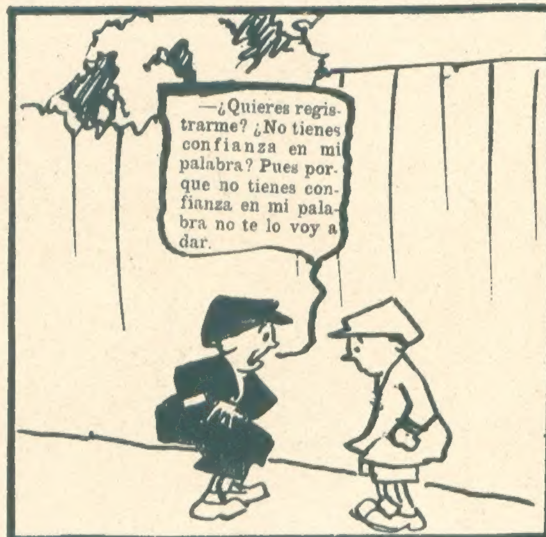














FRAY MOCHO

Año X — Buenos Aires, 1.° de febrero de 1921 — Núm. 458

Primeros resultados parlamentarios

Como resultante de la iniciación parlamentaria, hemos tenido... un duelo entre dos diputados de filiación naturalmente adversa.

Es claro que el país habría preferido otra cosa. Por ejemplo, después del elegante y satírico discurso del doctor Sánchez Sorondo, una réplica a su altura, que demostrara el viejo nivel clásico de la cámara; y luego, la decidida entrada en materia, el valeroso arremeter a la montaña de trabajo.

En vez de eso, mucha campana de alarma, mucha formidable bullanga, y... duodécimos.

Esto último quiere decir que la ley de presupuesto, la ley orgánica anual, será como siempre despachada tarde, con apresuramientos de hombres fatigados y entre un rumor de decepciones.

Por otra parte, entre los demás asuntos incluídos en las sesiones de prórroga, la famosa ley de alquileres, en la que la mayoría de la población tiene puestos los ojos como un medio de escapar en parte a las angustias de la hora presente, no es difícil que corra una suerte parecida.

Se dice y se repite con visos de razón que la ley, por su naturaleza excepcional, por los intereses que hiere, y por los peligros de que sus primeros efectos importen una restricción en el número de construcciones, debe ser de emergencia... Pero la emergencia implica la urgencia, la imposibilidad absoluta de dejar para más adelante lo que debe hacerse ya, sin pérdida de una hora, de un día, de un mes o de un año como parece serle indiferente a la cámara alta.

¿Se imaginan ustedes una ley de emergencia, indispensable en 1918, en 1919, en 1920 o en 1921, que llegue a sancionarse con ese carácter en 1925, cuando ya nadie la necesite?

¡Esos padres conscriptos!... Su lentitud de hombres de pro, tan útil alguna vez para templar las fogosidades de los estadistas improvisados, sólo sirve en esta ocasión para estimular la codicia de los implacables propietarios.

Es necesario satisfacer el clamor público. Hay que hacer obra más popular, hasta por egoismo propio...

Nuevas orientaciones escolares

La exposición de manualidades

Poco a poco, las viejas rutinas pedagógicas desaparecen. La antigua escuela de tipo adusto, fría, severa, aplastadora, se ha ido definitivamente. Ya el niño no aprende en ellas a odiar a los libros y a menospreciar a las autoridades, representadas por aquellos verdugos de ambos sexos que se llamaban maestros. Lejos de ello, los actuales papás que otrora fueron víctimas de la palmeta o del encierro, y que lloraban por no asistir a clase o buscaban consuelo en la rabona, se quedan estupefactos ante sus hijos, para quienes ni la escuela es símbolo de penurias ni la cara de la maestra es la vera efigies de la tiranía...

Pero la escuela primaria de tipo puramente ideológico, desvinculada de la vida real, sólo atenta al desarrollo de la mente y a la formación mecánica de una especie de cultura, no podía satisfacer las verdaderas necesidades del espíritu y del porvenir material de los educandos.

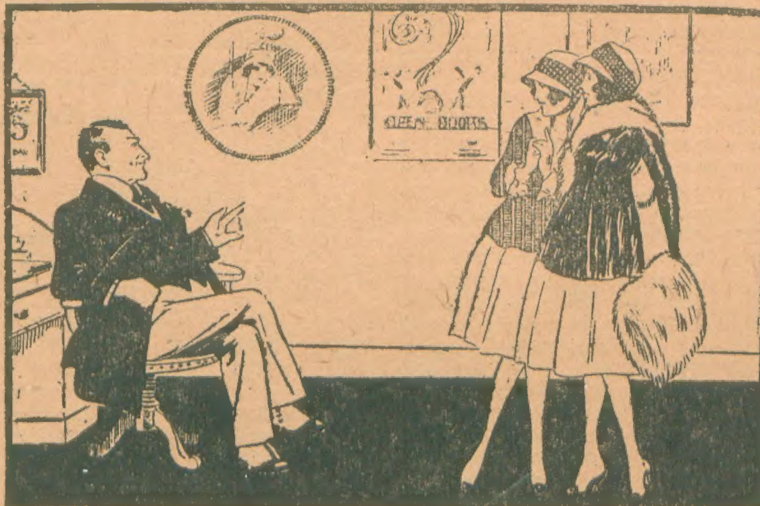
En buena hora comenzó una prédica tenaz a favor de una educación que consultara más directamente el medio en que los niños llegarían a desenvolverse; y apuntó entonces la tendencia a la escuela práctica, semi profesional, en que fuera posible, no sólo adquirir preparación teórica, sino hábitos de trabajo, orientaciones definidas hacia una actividad social, futura, bien marcada y definida.

El triunfo clamoroso de este nuevo sistema acaba de alcanzarse con las exposiciones de labores manuales, casi al mismo tiempo celebradas en la Escuela Presidente Roca de Buenos Aires y en la capital de la Provincia.

Por ambos torneos ha desfilado un público numeroso, que no ha ocultado su satisfacción ante el cuadro decididamente bello de todo ese conjunto de trabajo, que pone de manifiesto cuanto de bueno y de grande es dado esperar de la escuela futura, cuando el ensayo de hoy llegue a ser la firme y sistemática práctica de mañana.

Es de justicia tributar un voto de aplauso a los alumnos expositores, a sus maestros, a las autoridades del Consejo, y al activo y competente organizador del torneo, ingeniero Enrique M. Nelson.

LAS FALDAS CORTAS



—¿Son ustedes las de Tirabuzonni, madre e hija? ¿Y cuál es la hija?

SOY UN PARIA LÍRICO

Soy un paria lírico que ando por el mundo
borracho de ensueño, de luz y armonía;
camino cantando como un vagabundo
todo dolorido de melancolía.

Muchos ojos lindos cruzan a mi vera
arrojando anzuelos en mi corazón,
y en mil bocas rojas veo a Primavera
tejiendo ilusiones sobre una ilusión.

Pero el caminante borracho de ensueño,
que ya no podría traicionar su sueño,
sigue indiferente su largo camino.

Y al cansarse siempre llega a tu balcón,
como si en tu puerta viera el peregrino
la patria celeste de su corazón.

CARLOS C. SANGUINETTI.

EN MAR DEL PLATA



—Disculpe, señor. ¿No podría usted retirarse? Nos está usted haciendo una competencia ruinosa.

Los dramas de la velocidad

Es inútil clamar contra la velocidad excesiva de los automóviles. Ni la ordenanza que la limita se cumple, ni las autoridades se dan por entendidas de su existencia, ni los chauffeurs o los conductores deportivos están dispuestos a modificar un ápice su encantadora costumbre de andar bebiéndose los vientos, y sembrando el desastre y la desolación por donde pasan.

El horrible accidente de Montevideo que ha costado la vida a dos damas de nuestra primera sociedad, y los continuos y repetidos casos que menciona la crónica policial con aburridora persistencia, después de emocionar convencionalmente a la mayoría, entran en el campo gris de la historia y no dejan rastros.

Es por demás triste y vergonzoso que tales cosas ocurran. Realmente, si esto no se remedia, habrá que apelar al sistema suizo que un diario recordaba días pasados: destruir los neumáticos de los automóviles a balazos...

EL CUENTO DEL MAESTRO

por Félix B. VISILLAC

El viejo literato don Lucio Román, aquella noche invernal, en su pequeña salita de estudio, entre las espirales de humo del cigarrillo y el tradicional café, de ese "néctar negro de los sueños blancos" como le llamaba un poeta tropical, aquella noche meditativa y fría, nos había revelado varias historietas.

Jugaba el viento en los altos árboles del jardín y una estría de aire penetraba por las rendijas de las ventanas, mientras el buen viejo, con su calma habitual, con sus calurosas frases, empezaba a narrarnos un nuevo cuento, cuento de dolor, de belleza y de gloria.

Después de un pesado silencio, en que estábamos a la espera de su conversación chispeante y agradable, el anciano dijo: Conocí hace doce años un joven escultor que había regresado de Europa. Luego de visitar la Italia lírica y recorrer España, la clásica, artística y bella, volvió a esta con su carcaj de ensueños y siempre persiguiendo una gran visión: el Arte.

En compañía de unos camaradas — prosiguió Román — visitamos su estudio; como artista era pobre y no tenía más riqueza que un temperamento sutil y emocionable y un gran caudal de inspiración. Adornaban su pieza una pequeña biblioteca con obras literarias y científicas, retratos de mujeres, figuras al carbón y algunos bustos inconclusos donde se reparaba la emotividad y la perfección de las líneas.

Lo que más me llamó la atención en el estudio, — agregó el viejo — fué un busto de mármol que había esculpido en París y al cual intitulaba "La Envidia". Representaba aquella obra una cabecita enmarañada, una frente amplia y saliente, unos ojos salidos de sus órbitas y una risa mordaz a flor de labios. Observábase en el busto, un estudio acabado, una profunda psicología, encarnando por ende un gran pensamiento, un estado de alma. El busto había sido adquirido en Roma y luego premiado en París. Era la obra de más aliento que poseía y en donde, según el escultor, depositó la fuerza de su ideal.

En vano — continuó el maestro — quería tornar el giro de la conversación con el artista y hablarle de cosas triviales, siempre su tema giraba alrededor de aquella cabeza que él idolatraba que gestara en Italia y diera forma en París, junto al bullicio, en plena inquietud.

Después de una amena conversación con el escultor — continuó Román, — por instinto de curiosidad, le pregunté: por qué había tomado aquel motivo y quién era el modelo que presentaba semejante rostro, tan macabro y horripilante. Los ojos del joven se iluminaron y como sintiendo en su corazón algo extraño, dijo: "Este busto tiene una historia, vulgar quizás, pero una historia, la de siempre, la que les pasa a todos los que, como decía Rubén, "llevamos un pajarito azul en el cerebro".

Cuando llegó a Roma — prosiguió el literato — aquel muchacho, que no tenía más que sus sueños, luchó con la pobreza; el hambre vencía sus fuerzas, todas las puertas se cerraban para sus iniciativas, pero como la fe otorga "el divino privilegio de la casualidad" al decir del poeta, logró, después de cruentas derrotas, emplearse en una empresa ferroviaria y así pudo vencer sus necesidades fisiológicas y luchar con ahinco por su Arte. Entre el núcleo de compañeros, pronto sus aptitudes fueron descubiertas y aquel elemento, incapaz de reflejar la Belleza aun cuando capaz de comprenderla, prestó su alta estima al escultor. Pero, allí, entre tanta juventud escasa de nociones, huérfana de sensibilidad artística, hubo uno que quería apagar las excelsas virtudes del escultor; era un mocetón vulgar, de mirada cetrina, aunque de una aparente mansedumbre que esgrimía para captarse la simpatía de los demás. Este sintió por el escultor una enemistad y con diatribas e impertinencias quería dominarlo y vencer aquellas divinas condiciones de que hacía gala el artista. Era la Envidia entre tantos imposibilitados de comprender y de sentir la idealidad de las formas.

El viejo literato continuó diciendo: El artista tenía necesidad de trabajar a causa de su pobreza, sin descuidar, por cierto, el Arte, que era parte integrante de su sentir, a quien rendía culto en sus horas de ocio, cuando la inspiración abría sus alas invisibles en torno de él, y se entregaba valerosamente a su mundo quimérico.

Un buen día aquel muchacho que aborrecía al artista, después de exasperarse y acrecentar su odio, trató de ultrajarlo en su amor propio ante un núcleo de camaradas que observaban una discusión. El escultor sintió su moralidad ofendida y ciego de ira, perdida toda noción de caballerosidad, dejó caer su mano sobre aquel hombre rústico; después salió a la calle sin poder vencer su nerviosidad peculiar y ya libre de tanta inquietud, de tanta maldad tejida ante él por hombres que desconocían su valía, sintió que su corazón respiraba con fuerza y parecíale que estaba libre de un gran peso. No dudaba que la Miseria golpearía sus puertas, que no tendría pan en su mesa, ni luz en su lámpara, pero... la dignidad, la dignidad le acompañaba, mientras soñaba ese destino que le marcaría una era de gloria y de amor.

Pasaron los días, y el escultor merodeaba en la obscuridad, cuando la madre Casualidad, siempre atenta a los que esperan con una fe inquebrantable, hízole conocer las bases de un concurso de escultores que se celebraría en París y en el cual tomaría parte lo mejor de aquel mundo artístico y batallador. Entonces, el escultor, con esa santa inspiración que ardía en su alma que fué norte en su senda, esculpió el rostro de aquel enemigo que unos meses atrás había tratado de humillarlo, afectando su dignidad.

Con toda la fuerza de su amor, con honda pasión terminó su obra y la remitió al Salón de Arte, donde poco tiempo después le comunicaron su aceptación.

La obra fué un gran exponente de su talento; la crítica la acogió con entusiasmo y la comisión le otorgó un primer premio. Cuando el artista tuvo conocimiento de su triunfo inaudito, sintió renacer en su alma aquella esperanza desaparecida; la fama vino a su encuentro y consagró su nombre; formó en la falange de los artistas consagrados, y así regresó a su patria siempre con su visión: el Arte. Y cuántas veces exclamaba: ¡Mucho hubiera querido encontrar en mi senda a aquel enemigo de mi talento, de mi locura sublime! Mis brazos no lo hubieran rechazado, ni hubiera cerrado mis labios a una sonrisa de benevolencia: le hubiera dicho: gracias, señor, que con vuestra siembra de miserias, con vuestra repulsión, con las inquietudes que despertasteis en mí, habéis hecho que cuajara en mi alma esa obra que mis manos plasmaron, que encarna tu figura y que me ha llevado a la popularidad.

II

He aquí mi cuento — continuó el anciano; — es un jirón de vida, una realidad. Jóvenes amantes de la Belleza en sus variadas manifestaciones, que lleváis una lámpara de idealidad suprema en el corazón, necesitáis todos los días, como aquél, pobres de alma, huérfanos de sensibilidad que os atormenten; ellos existen, están en todas partes y son para los que sueñan, los que podríamos llamar "grandes motivos".

Terminó el anciano de narrar su cuento; en el reloj que pendía de la pared de su estudio sonaron doce campanadas, tristes y monocordes, que llenaron la habitación pequeña.

Abandonamos al Maestro que nos contó muchas cosas bellas. La noche meditativa y poblada de estrellas parecía entrar en nuestras almas, en las que teníamos algo del espíritu inquieto del joven escultor.

LA BAJA DE LA MONEDA



—¡Bah! ¡No se moleste! ¡No son más que mil marcos!

"Graciela"

Con este título, acaba de publicar el profesor señor Oscar R. Beltrán, una interesante novelita que ha sido bien recibida por el público lector.

La obrita citada, a la cual sirve de introducción un prólogo de Josué Quesada, revela en su autor recomendables aptitudes para este género literario, en el que se inicia de modo halagüeño.

Dadas las condiciones intelectuales del profesor Beltrán, quien ya ha triunfado con otros libros de índole diferente, es seguro que obtendrá asimismo un franco éxito en el campo de la novela, si continúa cultivando el género.

Uno de los principales platos que se sirven en las fiestas del harem de Egipto, consiste en un cordero entero, asado. Pero a modo de cajas chinas que se guardan una dentro de otra, el cordero está relleno con un pavo, el pavo con un pollo, el pollo con un pichón, el pichón con una codorniz y la codorniz con un becafigo, que es el pájaro más pequeño que se conoce, aparte del colibrí.

El cordero se asa a fuego lento hasta que casi se deshace.

FIGURAS DEL BOX



El popular Jack Dempsey.

PASAR...

¡Cómo impresionan estas despedidas
afectuosas!... Apretones de manos, abrazos efusivos
y recomendaciones: "¡A ver si vuelves pronto!"...
"¡No dejes de escribirnos!" ...

¡Mientras el tren arranca, cabe la ventanilla,
se prolonga el suplicio...
Más saludos, más recomendaciones,
y la interrogación de unos ojos perdidos
en vagas lejanías
de panoramos íntimos
y que, a la par, nos miran
angustiosos y fijos!...

¡Después las emociones deleitosas y amargas
de irse lejos, de sentirse libre, de partir rumbo a lo
[desconocido
con la angustia de ver que, quizá para siempre,
nos vamos alejando del humilde pueblito
que guarda tantas cosas que nos son familiares,
donde quedan los seres que nos son tan queridos!

... ...

¡Ah, quién pudiera pasar por la vida
como las blancas nubes sobre el azul purísimo
del cielo!, o bien, como las naves
sobre los anchos mares y caudalosos ríos:
una brillante estela que al instante se borra,
después, nada que recuerde su paso, ¡ni el más leve
[vestigio!...

Santos PEÑAFIEL.

Aeroplanos y barcos

Durante la guerra se halló que la cubierta de un barco podía usarse como aeródromo, desde el cual partía el aeroplano, regresando sin mayor dificultad una vez cumplida su misión.

Sería lamentable que este hecho se considerase como una aventura digna de llevarse a cabo únicamente en tiempos de guerra, cuando los peligros se pasan por alto y sólo se piensa en el triunfo. Aquellas hazañas demostraron que a los aeroplanos pequeños podía dárseles un empleo subsidiario importante. Actualmente, un gran buque que cruza el océano con rapidez vertiginosa, consigue ganar algunas horas gastando una cantidad prodigiosa de combustible. Tanto a la salida como a la llegada a un nuevo puerto suele perder un día, ya sea por la poca profundidad de las aguas en las cercanías de las costas, o por causa de la niebla, por tener que esperar una marea favorable, o en la tarea enojosa del anclaje. Este retraso aumenta en proporción al número de puertos en que el barco precisa hacer escala, con el objeto de desembarcar o de recoger pasajeros o correspondencia.

Un aeroplano podría cubrir en pocos minutos la distancia que el barco, con su marcha moderada, tarda horas en recorrer; los correos podrían transferirse directamente a las estaciones ferroviarias, y los pasajeros pagarían gustosos alguna suma adicional si se les garantizase un viaje más rápido. Como los recorridos serían muy cortos, sólo se requeriría una pequeña cantidad de gasolina, y casi todo el espacio disponible en el aeroplano podría emplearse en el transporte de pasajeros o de mercancías. Es indudable que sería necesario hacer algunas alteraciones en la cubierta del barco, pero es de suponer que pueda hacerse en un barco mercante lo que se hizo en los buques de guerra. Los pilotos prefieren elevarse y aterrizar con viento contrario, cosa que facilitaría la misma marcha del buque.

Los constructores tratan actualmente de inventar algún aparato por medio del cual el aeroplano pueda mantenerse en el aire a una velocidad mínima, y cualquier adelanto en esta dirección contribuirá a reducir el tamaño del aeródromo. Por medio de un helicóptero o de un ala plegadiza o movible, o por algún otro procedimiento, es casi seguro que se resuelva este problema, en cuyo caso los aeroplanos prestarán normalmente su valiosa ayuda a los vapores correos.

La naftalina y sus peligros

La naftalina es muy conocida de todo el mundo como un insecticida, o mejor dicho, un insectífugo, porque esa substancia únicamente aleja la polilla sin destruirla.

Pero, aun bajo este último punto de vista, es muy discutible su acción, y no merece su gran popularidad, puesto que hay infinidad de substancias aromáticas que le son superiores y no tienen sus inconvenientes.

El principal de éstos, es su insoportable olor, más bien infectante que desinfectante, y de una tenacidad y penetración tan acentuadas que forman un verdadero veneno, cuyos sutiles vapores irritan y congestionan las mucosas de las vías respiratorias, engendrando molestias agudas o crónicas en extremo insoportables.

La naftalina puede, por lo tanto, considerarse como una de tantas materias cuya reputación es completamente falsa e inexplicable.

Para enviar los mensajes secretos, durante la pasada guerra, fué necesario que los químicos de cada país trabajaran procurando a sus espías tintas invisibles y desconocidas. El proceso para hacerlas aparentes, era siempre difícil y complicado. En algunos casos los escritos sólo permanecían legibles durante un tiempo limitado, después del cual la escritura desaparecía definitivamente.

La indemnización
por Horacio FERNANDEZ MENDEZ

Pedro Griffa, era un modesto jornalero siciliano; de cuerpo robusto y de temperamento arrebatado. Llegó a la "tierra prometida" con ansias de conquista e "hizo la América" de un modo raro.

Se había casado, allá, en su tierra y trajo en la emigración a la mujer y dos chicuelos de uno y tres años, dos pequeños y raquíticos seres, faltos de nutrición y amenazados por la pelagra.

Las andanzas en pos del vellocino de oro, que se dejara tomar sin dar mucho trabajo, condujeron a la familia al interior de la República, donde se aumentó con otro varoncito; tenía entonces el mayor nueve años.

Y llegó el "vellocino", fatalmente, pero qué importaba ¡si era de oro! Un automóvil de un estanciero llevóse por delante al chico mayor de los Griffa. Hubo el dolor infinito de la madre herida en la entraña, el algo teatral del padre que jura venganza y por último una indemnización de diez mil pesos, que lo atemperó todo.

Y "don" Pedro, pudo dedicarse al "dulce hacer nada"; es decir, a emborracharse con toda libertad, todos los días de la semana.

———

Luisín, el hijo menor de los Griffa, resultaba un fenómeno para la familia; era a los ocho años, un sentimental. Tenía, quizá desarrolladas por la carencia de cariño en el hogar, indefinidas ansias de amar, y se apasionaba por una lagartija, por un pichicho, por una flor semi oculta, a la que cuidaba, días y días. En la familia, el "argentinucho" era mirado como un bichejo raro, y Juan, el mayor, ya de quince años, un perfecto vagabundo, le hacía víctima de todas sus travesuras, o era el punto de desahogo de los furores ébrios del padre, o de las rabias histéricas de la madre.

Y Luisín se enamoró muy seriamente. Ella fué una chica de cabellos castaños y de faz delicada, muy orgullosa de sus bellos ocho años, y que tenía pasión por las muñecas. Una sobre todas, era amada con vehemencia; se exhibía en un escaparate y entre otras cualidades poseía la de abrir y cerrar los ojos y producir un ruido extraño que según el comerciante significaba: papá o mamá; a gusto del cliente. Y por reflejo, Luisín amó a la muñeca y se pasaban las horas contemplándola juntos; ella soñando ante el juguete, él ante ella.

Las cosas, en el hogar de los Griffa, no andaban bien; hacía tiempo que los diez mil pesos se habían concluído, y don Pedro, con los contraídos hábitos de holganza, no servía ya para ganar honradamente dinero.

Es de imaginarse cómo recibiría el pedido que una tarde se atrevió a formular Luisín. ¡Conque una muñeca, eh? Miren al mariquita. Y primero una carcajada, luego un bofetón al que siguió una lluvia de golpes, y cuando el chico, maltrecho, ensangrentado, pedía perdón, la voz brutal de un recuerdo de codicia, vibró en el hombre, en el padre:

—Por lo menos te harías matar, por ahí...

———

Aquel domingo, Luisín estuvo triste, muy triste; él había pedido con toda la ingenuidad de sus nueve años, un beso a "su novia", y ella le había pedido con toda la sencillez de sus ocho primaveras, la muñeca. Y él quería dársela, quería... quería...

Miraba pasar, Luisín, los veloces autos; esos vehículos que tenían una deuda con su sangre, y recordaba los detalles contados tantas veces, de la muerte de su hermano... ¿Se sufriría mucho? ¿Sería más que...? Y Luisín rememoraba todos sus dolores físicos. Ciertamente que más que una paliza de papá, no. Y después; cuando a un chico lo lastima un auto, siempre se paga. El sabía que por Pedrín, el muerto, le habían dado a la madre mucho dinero. Como surgido por la evocación, el padre le gritó desde la esquina, con un gesto de ebrio enojado. "Qué estás haciendo, papanatas, ya te voy a arreglar".

Fué toda la escena un relámpago. El chico vió el gesto, calculó lo imposible, y se arrojó, cerrando los ojos, ante un auto que avanzaba velocísimo; sintióse un golpe seco, alaridos, corrió la gente, levantóse el cuerpo inanimado de Luisín, y quedó en la calle un gran charco de sangre que parecía en su contorno un pobre corazón deformado.

En la habitación de los Griffa, se oye el estertor del niño moribundo y los sollozos hondos de la madre, y los gritos del padre, más profundos, más de rabia, porque el conductor del auto es pobre y no podrá pagar nada, y en tal concepto se siente el hombre estafado.

Y mientras la estupidez humana, comenta el dolor del padre, el chico que se muere le dice en entrecortadas palabras, a la mamá:

—Mamita; cuando le paguen a papá, por mí, le comprarán la muñeca a la nena. ¿Se la comprarán?... mamá... ¿Se la com...pra...rán?

Y los ojos del chico, se han cerrado para siempre.

Los buscadores de diamantes
por V. FORBIN

Acaba de expedirse en Francia un decreto prohibiendo la importación de brillantes. Durante la guerra, éstos habían alcanzado ya precios elevadísimos; y su valor tendrá que aumentar todavía más por esa prohibición gubernativa.

Desde hace muchos años la mayor parte de los diamantes que se habían vendido en el mundo entero, procedían del Africa del Sur y de las famosas minas de Kimberley.

El recuerdo más turbador que he conservado de mi visita a los famosos yacimientos no es el espectáculo impresionante que presentan las salas de graduación, cuando un alto funcionario de la campañía recoge de sobre las mesas de mármol, para guardarlos en un saco de cuero, los montoncitos de diamantes después que han pasado por manos de los calificadores. No. Lo que más me turbó fué la habilidad diabólica de los detectives agregados al servicio de las compañías diamantíferas. Voy a citar un ejemplo.

Habían transcurrido diez y ocho meses desde que termino la guerra del Transvaal. Pertenecia yo entonces a un periódico de Nueva York, que me había confiado una investigación sobre la situación del Africa Austral. Cumplida esa misión, no quise regresar a América sin visitar las minas de oro y de diamantes. A la mañana siguiente de mi llegada a Kimberley, tuve la sorpresa de leer en un periódico de la localidad una noticia muy completa sobre mi humilde persona. Comprendía, entre otros detalles, extractos de mi libreta militar. Como yo no había mostrado a nadie esa libreta, que guardaba siempre encerrada en mi petaca, sólo cabía como admisible una explicación; un detective de las compañías de diamantes había venido siguiendo mis pasos desde que llegué a El Cabo, y se había aprovechado de la primera oportunidad, probablemente en un cuarto del hotel, para abrir mi maleta y examinar los papeles que contenía.

Es público y notorio en el Africa Austral, que la compañía diamantífera "De Beers", que es la más poderosa del mundo entero, emplea todo un ejército de detectives para proteger sus intereses. Y esos intereses son de enorme importancia. En 1913, su producción anual de brillantes sin tallar se elevaba a la suma fantástica de ciento cuarenta millones de francos. A pesar del celo de sus agentes, la compañía valorizaba ese mismo año en seis millones de francos el valor de los brillantes robados. En 1918, esa cifra se elevaba a seiscientas mil libras esterlinas, o sea a más de treinta millones de francos al actual tipo de cambio.

El origen de Kimberley, población que se conoce con el nombre de "La Reina de los Brillantes", es de los más curiosos. En 1870, un agente viajero de comercio, llamado O'Reilly, recorría la Griqualand en solicitud de pedidos de los campesinos boers. En la casa de uno de sus clientes se interesó por dos chiquillos que jugaban al boliche y se mezcló en sus juegos, encontrando un aspecto extraño a las piedras con que tiraban. Con el permiso del padre, y sin dificultad de ninguna especie, obtuvo que le regalaran una de aquellas piedras para llevársela en calidad de recuerdo.

De vuelta a la ciudad de El Cabo, mostró aquella piedra a un joyero, quien le dijo que era un brillante que pesaba 21 kilates y medio. Un aficionado dió por él veinticinco mil francos, que el honrado viajero se apresuró a compartir con el padre de los chiquillos.

Despertada su codicia por aquella ganancia inesperada, el listo boers compró a un hotentote en diez mil francos una piedra de ochenta y cuatro kilates, que inmediatamente revendió en quinientos sesenta mil francos. Es la famosa "Estrella del Sur", propiedad actualmente de los condes de Dudley, quienes valorizan ese brillante en dos millones de francos.

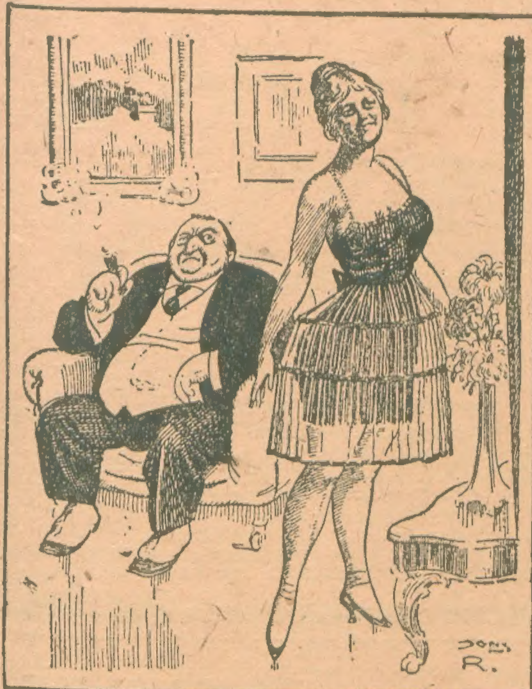
Los yacimientos del Africa Austral se explotan generalmente por medio de pozos a cielo abierto, vastas excavaciones de muchos centenares de metros, de las cuales se extrae la tierra diamantífera. En algunas minas se ha substituido ese procedimiento por el método de explotación de galerías subterráneas, abiertas en el fondo de pozos, cuya profundidad a veces alcanza a un millar de metros. En uno y en otro caso, la tierra sacada de las minas se levanta por medio de elevadores, que la vierten en carritos, los cuales a su vez se encargan de transportarla a los talleres de lavado.

DEFINICION



—¿Qué es un soltero?
—Un hombre que antes de ahorcarse, lo piensa.
—Sí, y luego no se ahorca.

EXCUSA TRANSPARENTE



—¿Cómo te atreviste a vestir así?
—Es que soy partidaria de economizar la ropa. Dicen que de lo contrario puede producirse una escasez.

A UÑA JOVEN AMIGA

Escucha mis palabras, que contigo
por vez primera voy a ser sincero.
No esperes que celebre tu hermosura,
con amorosos ruegos.
Hoy es mas, mucho más, mi dulce amiga
lo que en tu alma yo inspirar pretendo.

He visto que eres buena,
que consume tu pecho,
una sed insaciable de ternura,
—la misma sed que yo en el mío siento—
y porque he comprendido de tu alma
virginal todo el precio,
voy a decirte algo de la vida;
voy a serte sincero.

Esta sed de ternura que te abrasa
es como un don del cielo;
la brújula que tienes, si pretendes
refugiarte en el puerto.
¡Cuídala bien, que es flor muy delicada!
¡Cuídala bien, presérvala del viento!
Si llega a marchitarla la impureza
será el naufragio de tu vida cierto.

¡Espera! ¡Ten paciencia, amiga mia,
que ya llegará el tiempo
en que la flor sublime dará frutos,
y podrás ofrecerla con tus besos!
Si entretanto murmuran en tu oído
cálidos juramentos,
si sensualmente con palabras turban
la calma de tu pecho,
¡enciérrate en ti misma!,
¡refúgiate en tu huerto!,
¡esconde a los piratas el tesoro
de tus puros y castos sentimientos!

El cariño procura
dicha serena e interior contento,
mas no todos los hombres lo comprenden:
¡algunos tienen ojos y son ciegos!
Y esos tales, que buscan por la vida
un placer que no es cierto,
corrompen con su hálito las cosas,
queman con sus deseos.
Aunque ofrezcan hacerte muy dichosa
todo es vacío y es dolor en ellos.
¡Contémplalos! ¡Las fuentes de la Vida
en esos pobres seres se extinguieron!
¡Son sombras que caminan!
¡Hasta su propio corazón ha muerto!

Escucha sólo al hombre que te pruebe
que en ti fijó su anhelo,
que te entregue su vida
y exija tu existencia como premio!
Escucha al que te diga:
—Formemos un hogar, porque te quiero.
Formemos un hogar, un nido adonde
en un sueño de amor reposaremos!

¡Guárdate para él, mi dulce amiga!
¡Aunque tarde en venir, no tengas miedo!
¡Guárdale la ternura de tu alma!
¡Guárdale la pureza de tu cuerpo!

Si en otra fuente bebes,
tu corazón siempre estará sediento,
Por más que tú procures acallarlo
no lo verán tus ojos satisfecho.

¡Espera, pues, amiga! Ten paciencia,
que ya llegará el tiempo
en que la flor sublime dará frutos
y podrás ofrecerla con tus besos!

Jerónimo GAID.

La fuerza de la marea

La contemplación de las mareas ha obsesionado no pocas veces al ingeniero de imaginación e inventiva que ha dedicado muchas horas al estudio de la utilización de esta fuerza para fines industriales.

Se han preparado numerosos proyectos para el aprovechamiento de esta fuerza, y casi siempre se ha desistido de ponerlos a prueba, por considerarse punto menos que impracticables. El mayor obstáculo con que se ha tropezado ha sido el costo elevado. En realidad, la energía de la marea no cuesta nada, pero las obras necesarias para conseguir su aprovechamiento se han considerado tan costosas que los peritos calculan que esta energía es más cara que la generada con el carbón.

Las comisiones nombradas a este efecto por los gobiernos británico y francés han investigado proyectos específicos para la utilización, en gran de escala, de la fuerza de la marea.

El único método que hasta ahora parece practicable consiste en la construcción de una o varias presas para encerrar el agua en depósitos o cuencas (con depósitos auxiliares o sin ellos) y usarla para la impulsión de turbinas.

VOCES DEL MÁS ALLÁ

por Charlie HELSEY

Mrs. Hester Travers Smith, de Dublin, acaba de publicar lo que se ha llamado el libro más cuerdo que se haya escrito sobre el espiritismo. La autora evita pronunciarse en cuanto al origen de los extraordinarios acontecimientos que describe. Sus experiencias personales, las relata sencillamente, ofreciendo algunas hipótesis sobre la posible causa; pero sin insistir sobre ellas. En otras palabras, aborda el problema desde el punto de vista de una persona escéptica, que busca la verdad.

Mrs. Travers Smith es hija del difunto profesor Edward Domden. Sir William Barret, autor del libro "En el umbral de lo invisible", que es quien escribe la introducción, dice que es una mujer culta, no crédula, investigadora; con una mente sanamente escéptica; "de aquí se desprende, dice, que las opiniones que emite no pueden ser rechazadas como producto de una curiosidad mórbida o del mero deseo de creer".

Trabajó Mrs. Travers Smith durante algunos años en este asunto, en compañía con el reverendo Savel Hicks y con Lennox Robinson. Se sentaban vendados de tal manera que nada podían ver. Al comienzo, ella creyó que los mensajes recibidos provenían de las mismas de los que asistían, pero algunas de sus experiencias la llevaron a buscar otra explicación. Ahora dice estar convencida de que alguna influencia externa obra por intermedio de las personas, usando de los sentidos de éstas.

En cuanto a la naturaleza de estas influencias externas, Mrs. Travers Smith no ha encontrado una respuesta satisfactoria; pero se inclina a pensar que las comunicaciones provienen de diversas fuentes, y agrega que es una materia en la cual prefiere mantener en suspenso su juicio personal. Esta actitud parece mucho más científica que la de Sir Oliver Lodge, Conan Doyle y otros espiritualistas, que parecen demasiado ansiosos de probar una teoría, y esa actitud es lo que da mayor valor al libro.

Parece que cada médium tiene su "control". Mrs. Travers Smith define el "control" como una influencia que se asocia con el médium, y que en muchos casos parece actuar como un organizador que hubiera en lo invisible. Ellos arreglan las sesiones, y determinan quién de entre los que desean hablar desde lo invisible deben comunicarse. Dan a veces nombres curiosos, y en muchos casos aseguran haber vivido en países distantes, hace centenares de años. Sean quienes sean, parecen altamente humanos. Tienen, no sólo las virtudes humanas, sino también los vicios: orgullo, ira, celos, fraude.

Los principales "controles" de la escritora eran cuatro. El primero dió el nombre de "Peter Rooney", diciendo que era irlandés-yanqui, que había pasado mucha parte de su vida en prisión, y contó una historia que después resultó ser absolutamente falsa. Cuando ella le reprochó su engaño, dijo que había adoptado el nombre de "Peter Rooney", "por ser tan bueno como cualquier otro", y que no deseaba que supiera quién era.

Era orgulloso, y tenía muchos deseos de lucirse. Una de las cosas que llevaba a cabo con singular éxito era lo de leer en un libro abierto al azar, en momentos en que ninguno de los presentes podía ver el libro ni tener idea de lo que él iba a leer. Todos estaban con la vista vendada, y tenían un taquígrafo que iba tomando las palabras que iba diciendo "Peter Rooney".

El segundo "control" era "Eyen!" quien dijo haber sido sacerdote en el templo de Isis, bajo el reinado de Ramsés II. No se prestaba a experimentos, y era muy poco digno de crédito. En varias ocasiones se le sorprendió presentándose él mismo con nombres falsos, para inducir en error a los asistentes. Además, era muy aficionado a la poesía. A una dama que se había negado a conversar con él, dirigía versos llenos de reproches y maldiciones; mientras que Mrs. Travers Smith siempre escribe en forma delicada.

El tercer "control" era " tor". Era grave y serio. Veía notables aspectos del futuro, habiendo hecho predicciones acertadas respecto a acontecimientos absolutamente imprevistos.

El cuarto "control" era un hindú: "Shamar", que no mentía, ni maldecía, ni pronosticaba, sino que se ofrecía para enviar a cualquiera persona con quien los asistentes desearan tener comunicación. Parecía creer que en la sesión tenía algo que hacer, y lo cumplía en la medida de su capacidad.

En cuanto a la evidencia de la supervivencia e identidad de los que han dejado el mundo visible, dice Mrs. Travers Smith que las pruebas que tiene, si no son enteramente convincentes, hacen mucha fuerza para suponer que sobrevivimos a la que se llama muerte: en tal forma que es necesaria más credulidad para dudar del hecho que para confiar en él. Pero agrega que una parte de lo que para ella ha sido convincente, puede no serlo para las demás personas.

Si fuera a dar un consejo a las personas que ansían hablar una vez más con aquellos que amaron, les diría que no es bueno ni cuerdo tratar de hacerlo. Las probabilidades que hay en contra de una legítima comunicación están en proporción de diez contra una: son grandes las desilusiones y las dudas relacionadas con el experimento.

A todos los espíritus desencarnados se les ha preguntado acerca de las condiciones de la vida en el más allá. En todos los casos, aparece un período de obscuridad, inmediatamente después de la muerte. Esta obscuridad parece ser una pena o purgatorio para el alma que de este modo queda en aislada y silenciosa meditación, y es evidentemente un período de considerable sufrimiento. Sin embargo, durante este tiempo, el espíritu parece que puede comunicarse con los que hay en la tierra, siempre que se le ofrezca la oportunidad de hacerlo. Este estado parece que no dura mucho; una semana o diez días, a juzgar por las personas que repetidamente se han comunicado, hablando de su actual condición. Frecuentemente dicen que, cuando la luz llegó a ellos, alguien estaba a su lado, y ese alguien los llevó al punto donde estaba la labor que ellos deben realizar. Cuál sea la naturaleza de esta labor, parece que no pueden explicarla.

Un caso notable de comunicación, proveniente de alguien que parecía el espíritu de una persona fallecida, ocurrió en el invierno de 1913. Hubo un mensaje en que uno que dió su nombre y su antiguo domicilio, dijo la fecha de su muerte, la circunstancia en que había acaecido, lo mismo que los detalles de su enfermedad y el nombre y fecha del periódico en que había sido anunciado el fallecimiento. Ninguno de los presentes había oído jamás hablar de esa persona, pero una investigación hecha por sir William Barret, probó que todas las noticias eran correctas.

Otro caso llamativo es el siguiente. Se presentó al llamado hecho por el médium un primo de una de las personas asistentes, miss C..., el cual recientemente había muerto en el frente de batalla en Francia. Al interrogárselo declaró haber contraído compromiso de matrimonio con una niña, cuyo nombre y dirección dió, y pidió que a esa niña se le entregara como un recuerdo su alfiler de corbata. El muerto tenía solamente diecinueve años, y toda la historia parecía increíble.

La miss C... se rió de la historia, pero a pesar de todo esto se hicieron las averiguaciones del caso, y se escribió a la dirección indicada, para descubrir si allí vivía la prometida del muerto. La carta fué devuelta, pues no existía allí esa persona, pero algún tiempo después se supo que el oficial había hecho testamento, en el cual dejaba a la misma niña todo lo que era de su propiedad, pues había contraído un compromiso privado con ella antes de marcharse al frente. Unicamente la dirección era diversa, y esto fué lo que al principio hizo desesperar de la veracidad de lo dicho por el oficial en la declaración trasmitida por el médium.

Dice Mrs. Travers Smith, que recibió repetidos mensajes de parientes próximos, quienes le decían que su padre estaba muy enfermo y que moriría repentinamente de angina. Se rió de esos mensajes, pues su padre parecía estar en completa salud. Tampoco dió importancia a otro mensaje, recibido posteriormente de que su padre murió después de una enfermedad que duró una hora.

Finalmente da cuenta de varias ocasiones en que, poniendo sobre la mesa algún objeto, los que se comunicaban contaban la historia de las personas a quienes ese objeto había pertenecido. Se puso un ópalo, y "Shamar" contó su historia, desde que había sido encontrado en la China, las desgracias que había traído a todos sus poseedores, las diversas formas en que había pertenecido a un príncipe francés, cuya inicial era L; que ese príncipe había sido muerto deliberamente por otro hombre; que después de su muerte el ópalo había pasado a manos de una mujer, que lo tuvo durante poco tiempo, y que ella también había muerto de muerte violenta. Sus iniciales eran M. A.

El ópalo estaba engastado en un anillo que había pertenecido a Luis XVI, y que, inmediatamente antes de la ejecución del rey, había sido enviado a María Antonieta.

Estas experiencias, y muchas otras, han llevado a Mrs. Travers Smith, a la conclusión de que hay en realidad algo cierto, que no puede definir, en el espiritualismo; máxime cuando, como en los casos por ella verificados, hay la absoluta seguridad de que no hay de por medio ninguna superchería.

Zapatos para reinas

—No,—dijo el viejo con firmeza,—no lo haré. Jamás he vendido nada engañando al público y no voy a hacerlo ahora.

Durante un momento permaneció en silencio, y el dependiente, que estaba junto a él, podía ver la lucha que se libraba en la conciencia de su patrón.

—No, — prosiguió el viejo. — No lo haré. Es un calzado de clase inferior y no voy a hacerlo pasar por artículo de mejor calidad. Márquelo usted., "calzado apropiado para una reina", y póngalo en el escaparate. Al fin y al cabo una reina no tiene que andar mucho.

Un ingeniero italiano ha perfeccionado una nueva fuerza motriz: el aire comprimido.

Según él esta fuerza está llamada a desterrar el vapor y la electricidad, como fuerza que impulse a los trenes y vapores. Dice que ha descubierto un nuevo sistema para comprimir el aire, que presta a éste una potencia enorme, fácil de transportar por medio de cañerías. Anque confiesa que la instalación resultaría algo costosa, dice también que luego no originaría apenas ningún gasto, resultando por lo tanto economías enormes. Dudamos de la factibilidad del proyecto, pero ¡quién sabe!

Los cirujanos descubren algunas cosas raras en los estómagos de sus pacientes. Según el doctor Chevalier Jackson, de Filadelfia, existe una dolencia especial que impulsa a los enfermos a devorar las cosas más extravagantes. Cuando sus excesos imponen una operación quirúrgica se encuentra en sus estómagos oro, plata, piedras y pedazos de objetos de toda clase. Según el referido doctor, — que merecería ser andaluz — hay hombres capaces de tragarse toda una máquina de escribir... por piezas.

Asegura un doctor francés que por medio de un aparato "miófono", se demuestra que los nervios pueden vivir hasta doce horas después de la muerte de una persona.

La corona de Rumanía, aun cuando está cubierta de piedras preciosas, no es de metal fino; está hecha de trozos de bronce de setenta y dos cañones tomados al enemigo en una histórica batalla.

LA POBRE NAIDA

por Antonio **BURICH**

Con la aparición del novio de su hermana Juanita, la solterona había visto colmados sus más ardientes deseos, y en su espíritu había cesado la inquietud que desde algún tiempo la persiguiera constantemente.

Y es que "la pobre Naida" (como la llamaban las vecinas, compadeciéndola), que a la sazón contaba treinta y cinco años, hacía varios, desde que muriera la madre, había asumido la dirección del hogar con un apasionamiento y una seriedad extraordinarios, y, no creyéndose dispensada de ninguna de las obligaciones inherentes a la familia, consideraba que debía velar también sobre Juanita.

Diligente y bondadosa hasta un grado superlativo, al mismo tiempo que dotada de un carácter enérgico, atendía a todos los cuidados de la casa, sin excepción. Iba al mercado, guisaba, limpiaba las habitaciones, lavaba la ropa, zurcía, de manera que su padre y su hermano José, de vuelta del trabajo, encontraban siempre el orden más perfecto en la modesta vivienda; y, sobre todo esto, quedábanle aún fuerzas para mirar por la suerte de su hermana.

Por su parte, ella no echaba de menos nada absolutamente.

Su vida de mujer virtuosa corría tranquila. Siendo fea de cara y pobre de formas, nunca hombre alguno le había hablado de amor, y no sabía, por lo consiguiente, lo que es la emoción más honda de la existencia. Pero su espíritu, a causa de la ignorancia de las cosas del mundo y debido a que desde la niñez había sabido acomodarse a la suerte que le deparaba el destino, era tan ingenuo que nunca pensó en sus días descoloridos y monótonos. Sólo se quejaba de una leve afección cardíaca que padecía desde los diez años y que ponía una palidez marmórea en sus facciones irregulares y poco expresivas. No era melancólica, no obstante. Para distraerse, cultivaba en un rincón del patio algunas plantas que todas las primaveras le ofrecían sus flores. Al levantarse por la mañana, lo primero que hacía era regar las macetas, y eso y el cuidado particular de su hermana menor, bonita y garbosa, le eran suficientes para vivir contenta.

En otros tiempos pensaba que Juanita podía quedarse para vestir santos, y esa idea, agitándose continuamente en su cerebro, le producía horror, hacíala sufrir muchísimo. Ahora, que el novio era una realidad, su alma estaba en paz y todo iba a pedir de boca.

El prometido de la muchacha se llamaba Manuel y era estudiante de jurisprudencia. Estaba en el último año de sus estudios, de modo que muy pronto se recibiría.

La solterona, como es lógico, había asumido desde el primer momento el papel de angel tutelar de los novios. Había tomado tan a pecho ese papel, que no había cosa referente a los tórtolos en la cual no se inmiscuyera.

Cuando Juanita se hallaba triste, no paraba de consolarla y de indagar el motivo de su tristeza hasta verla con la sonrisa en los labios. Si Manuel en alguna ocasión dejaba de hacer la visita obligada, al día siguiente reprochábale la falta de atención apenas trasponía el umbral.

—¿Por qué no vino usted anoche?—decíale.

El procuraba excusarse de algún modo. Pero ella manteníase incrédula, y en seguida, para evitar que reincidiera en lo futuro, entraba a hacer consideraciones sobre los disgustos que la inútil espera había ocasionado a su hermana.

Cuando el novio iba a despedirse, para hacer algún viaje que le imponían sus asuntos, no se olvidaba jamás de recomendarle se cuidara de la temperatura. Luego le decía:

—Vuelva usted pronto. Y no deje de escribir.

Todo esto lo hacía con un celo exagerado si se quiere, porque en medio de su confianza había una pequeña espina: temía que aquel idilio, por cualquier circunstancia, como suele ocurrir a menudo, se rompiera improvisadamente.

Sin embargo, su inquietud no tenía razón de ser. Juanita y Manuel eran dos almas hechas la una para la otra, se amaban de verdad.

Un buen día, por fin, el joven obtuvo su título de abogado.

En seguida formalizaron el compromiso, y a la semana siguiente, sin más tardar, celebróse la boda.

Era un miércoles y fué el día más alegre de la vida de Naida. Lo que nunca le había pasado, por la mañana se olvidó de regar las macetas, atareada como estaba con los preparativos del almuerzo, que deseaba fuera, si no magnífico, ya que la situación económica de los suyos, sencillos obreros, no se lo permitía, por lo menos suculento y excepcional. Sin ayuda de nadie, había puesto en el centro del patio una gran mesa, cubierta de blanco mantel y de un servicio adquirido expresamente para la fiesta, cuyos cristales, al lado de la vajilla, al ser heridos por la luz que descendía de lo alto, deslumbraban la vista con vivos reflejos, a pesar de lo mediano de su calidad. Ella sola quiso atender a los siete u ocho convidados que rodeaban la mesa, demostrando esa vez como nunca su hacendosidad y sus cualidades de ama de casa.

En los días sucesivos, cuando ya estuvo instalada Juanita en su nuevo hogar, la vida de Naida siguió siendo la misma. Sólo cambió en un detalle. La parte de cariño que antes ponía en su hermana dedicóla ahora también a sus amigas vegetales. Ya que no podía mimar a aquélla, prodigaba a los claveles y a los jazmineros mil cuidados y atenciones pueriles. Después del riego, arrancaba escrupulosamente una por una todas las hojas que podían estorbar el desarrollo libre del tronco.

Para evitar que durante la noche las hormigas hicieran de las suyas, llenaba luego de agua los pequeños recipientes que se había cuidado de colocar debajo de los trípodes de hierro que sostenían las macetas. Hasta acariciaba a las plantas. Esto hacíalo varias veces al día, siempre que le quedaba algún momento disponible. En ocasiones, inclinada sobre ellas, les sonreía como a seres dotados de razón. Si alguien, por otra parte, tocaba las ramas al pasar, se irritaba lo indecible.

A paseo no salía nunca. ¿Cómo, si había tanto que hacer en casa?

De cuando en cuando, eso sí, visitaba a los jóvenes esposos, primero porque lo consideraba un deber, y segundo porque la arrastraban allí sus afecciones y estaba constantemente preocupada de si venía o no algún heredero.

Al cabo de diez meses, en una visita que hizo a su hermana y a su cuñado, en un atardecer lluvioso, contestaron "sí" a su pregunta habitual. La solterona casi se desmayó de júbilo al oirlo.

El bebé fué un varón hermoso y robusto, y Naida se volvió loca con él. Día y noche pensaba en su sobrino, y, antes de que pudiera balbucear una palabra, comenzó a enseñarle a llamarla tía. Impulsada por el instinto maternal que dormía en el fondo de su corazón, confeccionóle, con todo el esmero que su escasa habilidad en labores de aguja le permitía, un gorrito que quería verle siempre puesto.

Así, en esta deliciosa embriaguez que le producía el niño, vivió algún tiempo la solterona.

Más ¿quién puede prever las sorpresas del destino? ¿Quién puede jamás imaginarse el giro que tomarán los acontecimientos en la vida de los humildes?

De repente, la serenidad inefable y casi divina de aquella alma debía verse turbada sin remedio.

Poco a poco, sin quererlo y sin que existiera para ello una causa aparente, su espíritu, por un fenómeno tardío muy común, comenzó a trabajar, a comparar su existencia con la de Juanita. Al cabo de algún tiempo, de la noche a la mañana, cayó de delante de sus ojos el rosado velo al través del cual había mirado hasta entonces el mundo, y advirtió lo negro de su situación: su vida estéril, sin cariño, y la vejez próxima, en la que todo termina para una mujer soltera.

Como resultado de esto volvióse taciturna, apoderóse de ella una gran melancolía y cayó enferma. En algunos días adelgazó considerablemente. Su pobre rostro sin hermosura perdió la animación acostumbrada; agrandósele la boca; el cutis, de pálido que era, púsosele terroso. Sólo las pupilas le brillaban con un brillo febril. El corazón, gravemente atacado por el antiguo mal, latíale con una rapidez y una furia que asustaban. Las extremidades inferiores se le hincharon.

Por una especie de pudor, sin em-

REVELACIONES DE UNA INSPECCIÓN NOCTURNA



En la oficina de guardia:
Concejal visitante (dirigiéndose a tres personas que se hallan junto al escritorio.—¿Está el director del hospital?
Los interrogados.—El señor director está ausente.
Concejal visitante.—¿Los señores médicos? ¿Los practicantes?
Interrogados.—Están ausentes también.
Concejal visitante.—¿Los enfermeros?
Interrogados.—Han ido a un baile, aquí cerca.
Concejal visitante.—¿Pero, quién atiende, entonces?
Interrogados.—Nosotros.
Concejal visitante.—¿Y ustedes, quiénes son?
Interrogados.—¡Somos empresarios de pompas fúnebres!

De "El Oeste".

bargo, no dijo a nadie su desgracia. Cuando su padre o Juanita la interrogaban si tenía alguna pena secreta, contestaba "no, no", invariablemente, aunque sentía inmensa necesidad de revelar el secreto.

Una larga semana le duró esta crisis, durante la cual se estuvo tendida en el lecho, inmóvil y con los ojos fijos en un punto del espacio. Pasado ese tiempo, levantóse y volvió a sus quehaceres. Aunque estaba muy débil podía valerse, y todo volvió a normalizarse en la casa, hasta el punto que la familia creyó conjurado el peligro.

Pero la pobre Naida estaba perdida. Después de un mes, en que trató de ocultar sus penas y procuró cumplir con el deber que creía que la falta de la madre imponíale para con los suyos, volvió a caer en la cama. Como esta vez la pérdida del apetito fué absoluta y el insomnio no la dejaba recuperar las fuerzas perdidas, llegó a un extremo alarmante.

El médico que la asistía manifestó que la cosa era grave; pero que no había que temer. Opraríase una reacción en el momento menos pensado, y curaría. No obstante, alguna vez la duda lo asaltaba, y movía la cabeza con perplejidad.

José no se apartaba de la cabecera de su hermana; atendíala con una ternura verdaderamente maternal. Ella tenía a menudo raras explosiones de cariño; accesos nerviosos. En ocasiones le tomaba una mano y lo miraba fijamente a la cara, como si hubiera querido decirle algo muy importante. El, comprendiendo que su espíritu algo extraño ocultaba, trataba de saber.

—¡Habla, habla! — le pedía con voz temblorosa, sacudiéndola.

Mas ella, después de un instante de lucha, bajaba los ojos; nada decía. Sólo agitaba su pobre pecho con una respiración más afanosa y crispaba los dedos sobre los cobertores.

Por fin, una tarde confesó su secreto en la habitación deslucida que servía de alcoba, estando presentes su padre y sus dos hermanos. Sentada en el lecho, en una especie de delirio febril, habló. Dijo con palabras entrecortadas y balbucientes su pena, toda su pena. Fué aquella una queja angustiosa y desesperada.

—¡Sí, sí — gritaba Naida — Juanita es dichosa, Juanita tiene un hijo! Pero ¿cuándo tendré un hijo yo?... ¡Nunca!... ¡Nunca!...

Ante su voz lúgubre y la revelación dolorosa, los presentes se quedaron espantados.

Desde ese día la enferma continuó empeorando rápidamente. Era en vano que el médico hiciera declaraciones optimistas para animar a la familia. No lograba engañar a nadie.

Una mañana, después de una horrible noche de vigilia, el desenlace se produjo. Naida, sintiendo que se sofocaba, que le faltaba aire para respirar, pidió la sacaran al patio. Pusiéronla en un sillón y la arrimaron a las plantas, para que se distrajera un poco.

Era a principios de septiembre. El ambiente diáfano parecía saturado de poesía. Ligera y fresca, la corriente del aire daba sensaciones de caricia en la piel. En el cielo turquí algunas nubes blancas se desgarraban en flecos. La tapia lindera de la casa vecina empezaba a dorarse con los primeros rayos del sol.

Ante la magia matinal, la solterona sintió decrecer por un momento la fiebre. Sus queridas plantas, que alguien se había cuidado de regar por ella, rebosaban frescura, y los claveles, entre innumerables botones, echaban la púrpura de su primera flor. La enferma, viéndola, tuvo un gesto de júbilo e hizo un esfuerzo para acariciarla.

No logró su intento sin embargo.

Aquel placer repentino hizo agolpar con violencia la sangre a su corazón y dióle un estremecimiento que pronto se convirtió en una convulsión suprema... Y así, mientras la flor abría sus pétalos a la vida, ella, víctima de lo que había sido su más hermoso sueño, cerraba los ojos para siempre.

La extraña historia de una profecía

Refiere Laharpe en sus "Memorias", que en una comida dada en París en 1788, por un académico, a la que asistían filósofos, nobles, escritores y damas de la alta sociedad, uno de los invitados profetizó con asombrosa riqueza de detalles, la Revolución Francesa, el terror y el destino aciago de varios personajes, entre los cuales se hallaban presentes algunos.

Hablábase de las ideas nuevas, y el invitado a quien nos referimos, M. Cazotte, hombre de ordinario sombrío y soñador, tomó la palabra y dijo:

—Alegraos, señores; vais a ser testigos de la grandiosa y sublime revolución que tanto ansiáis. Ya sabéis que me las doy de algo profeta.

—Vamos a ver—dijo Condorcet con su afectada expresión de ingenuidad; —a un filósofo no le desagrada nunca tropezar con un profeta.

—Vos, M. Condorcet — confirmó M. Cazotte,—entregaréis vuestra alma tendido en el suelo de un calabozo. Moriréis envenenado, con un veneno que tomaréis para libraros de caer en manos del verdugo, y os veréis obligado a llevar siempre ese veneno encima en vista del giro que tomarán los acontecimientos.

Estas palabras dejaron atónitos a los circunstantes por el pronto; pero luego, recordando que el bueno de Cazotte soñaba a veces despierto, nos echamos a reír a carcajadas.

—Vos, M. de Chamfort—agregó Cazotte,—seréis uno de los muertos... Os abriréis las venas dándoos veintidós cortes con una navaja de afeitar; pero no falleceréis hasta pasados unos pocos meses.

Todos los presentes volvieron a cambiar miradas y siguieron riéndose. Cazotte prosiguió:

—Vos, M. Vicq d'Azyr, no os abriréis las venas vos mismo; pero os las abrirán seis veces en un día y moriréis por la noche.

Vos, M. Nicolli, moriréis en el cadalso.

Vos, M. Bailly, en el cadalso.

¡Vos, M. Malesherbes... en el cadalso también!

—Gracias a Dios—exclamó M. Roucher;—por lo que parece, M. Cazotte no me incluye en esa terrible lista.

Pero el aludido le interrumpió diciendo:

—¿Vos?..? ¡También moriréis en el patíbulo!

Hiciéronse comentarios en voz baja entre los circunstantes. "Se ve que ha perdido la razón", decían unos. "¿Pero no veis que lo dice en broma?", añadían otros. "Ya sabéis que siempre da a sus bromas cierto aire de misterio".

—¿Cuándo ocurrirá todo eso que decís?—preguntó Chamfort encarándose con Cazotte.

—No habrán pasado seis años—replicó el interpelado—sin que se realice todo lo que acabo de decir.

La duquesa de Grammont terció en la conversación diciendo:

—Las que pertenecemos al bello sexo no tenemos, afortunadamente, nada que ver con las revoluciones.

—Esta vez, señora—repuso el profeta—no la protegerá su sexo, aunque desee ardientemente no mezclarse en nada. ¡Las damas serán tratadas igual que los hombres, sin distinción ninguna!

—¿Qué decís, M. Cazotte? ¡Nos estáis predicando el fin del mundo!—exclamó la duquesa.

—Lo ignoro; ¡pero lo que sí sé es que vos, señora duquesa, y otras muchas damas serán conducidas al cadalso en el carro de la cárcel y con las manos atadas atrás!

—¿Hasta las más nobles? ¿Cómo, hasta las princesas de nacimiento?

—¡Hasta las más nobles!

Entonces pudo observarse cierta agitación en todos los presentes, y el que presidía la mesa se puso serio.

Para disipar las nubes que había provocado la última respuesta, Mme. de Grammont dijo en tono humorístico:

—¡A que ni siquiera me va a otorgar el consuelo de tener en mis últimos momentos un padre confesor!

—No, señora—repuso Cazotte;—¡no lo tendréis, ni vos ni nadie! El último ejecutado a quien se le concederá la gracia de recibir a un padre confesor será... ¡al rey de Francia!

Todos se pusieron de pie al ver que el dueño de la casa se levantaba, y dirigiéndose a Cazotte le decía con voz agitada:

—Esta lamentable broma dura demasiado, querido M. Cazotte.

Sin responder una palabra el interpelado hizo ademán de retirarse; pero Mme. de Grammont le detuvo para preguntarle:

—Nos habéis dicho, señor profeta, la suerte que nos espera a todos, pero ¿y la vuestra?

Cazotte permaneció un momento silencioso y con los ojos bajos, y luego respondió:

—¿Habéis leído, "madame", la historia del sitio de Jerusalén escrita por Josefo? En ella se cuenta que un hombre anduvo alrededor de la ciudad por encima de las murallas, durante siete días contemplando a los sitiadores y a los sitiados, y gritando continuamente con triste voz: "¡La desgracia sobre Jerusalén!, ¡La desgracia sobre Jerusalén!"; pero al séptimo día gritó: "¡La desgracia sobre mí!", y en aquel momento le hizo pedazos una inmensa piedra lanzada por las máquinas guerreras de los enemigos.

Y dicho esto se ausentó.

Después de los terribles días de la revolución fué a visitarle un amigo y le dijo:

—¡Ya estáis salvado!

—Me parece que no — replicó Cazotte. — ¡Dentro de tres días me guillotinarán!

—¿Cómo puede ser eso? — repuso el visitante. Y Cazotte prosiguió:

—¡Sí, amigo mío, dentro de tres días moriré en el patíbulo!

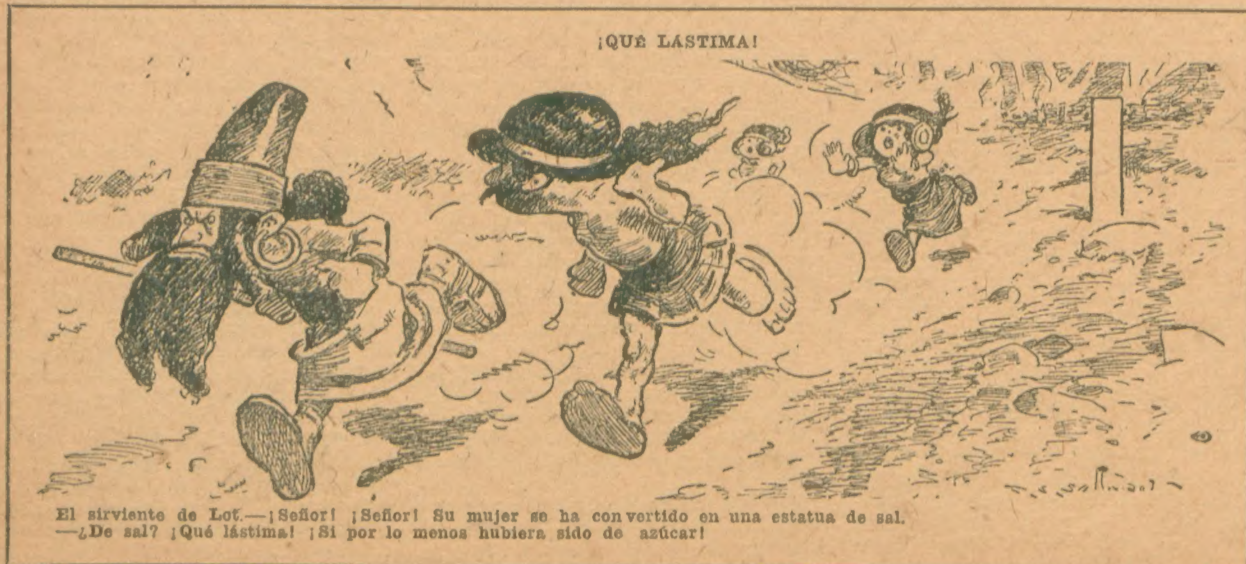
Al hacer esta afirmación se mostró muy afectado y añadió:

—Es tan grande mi convencimiento que estoy arreglando los papeles. Aquí tengo algunos de importancia que os ruego encarecidamente entreguéis a mi esposa; os suplico que se los déis y que la consoléis.

El amigo respondió que aquello era una locura, y salió de casa de Cazotte convencido de que su razón se había perturbado ante las escenas de horror de que había logrado escaparse.

Al día siguiente volvió a verle, pero supo que se lo había llevado un gendarme al Ayuntamiento. El amigo se dirigió allí y le dijeron que acababan de encarcelar a Cazotte. Corrió presuroso a la prisión, pero no pudo hablar con él porque iba a ser juzgado por el tribunal revolucionario.

Al poco tiempo tuvo noticias de que Cazotte había sido condenado a muerte y ejecutado.



¡QUÉ LÁSTIMA!

El sirviente de Lot.—¡Señor! ¡Señor! Su mujer se ha convertido en una estatua de sal.
—¿De sal? ¡Qué lástima! ¡Si por lo menos hubiera sido de azúcar!

SECCIÓN VERMOUTH

TODO ES SEGUN EL COLOR

Pérez anda por el campo con un asno. El asno no quiere caminar. Pérez inútilmente intenta, una y otra vez, hacerle adelantar un paso.

El asno piensa:

—¡Qué tercos son algunos hombres!

LA SUEGRA

Los esposos Merengutis tratan de alquilar un departamento.

La encargada les advierte:

—Tengan en cuenta, señores, que el patrón no admite animales en los departamentos.

—¡Ay Juanita! — exclama el señor Merenguitis. — ¡Tendremos que separarnos de tu madre!

EN LA PLAZA PUBLICA

Atorrantier y un amigo suyo se aproximan a un banco en la plaza. Su propósito es tenderse para dormir, pero no pueden realizarlo, porque el banco está recién pintado:

—¡Nos han pintado la casa! — exclama Atorrantier.—¡Malo, malo! ¡Ahora son capaces de aumentarnos el alquiler!

EL MATRIMONIO

Los esposos Gómez se pelean.

—¡Ya no me quieres! — exclama ella.

—¿Que ya no te quiero? — dice el esposo. — ¡Atrévete a repetirlo otra vez y te rompo la cara!

MALALACHA INCORREGIBLE

A Malalacha le dice un amigo:

—¡Demonio! ¡Qué sudado está usted, amigo Malalacha! ¿Cómo es eso?

—Es que estaba jugando a los dados, contesta el incorregible chistoso, y el que juega a los dados se expone a que salga su-dado.

—¡Hombre! ¡Qué mala pata!

—¿Quema la pata? ¡No veo que se queme nada!

UN DESCUBRIMIENTO

Pérez le dice a Joaquín:

—Amigo, he descubierto una clase de caballos muy curiosos. Son unos caballos que están siempre serios y quietos, pero que en cuanto oyen la música de un organillo, comienzan a dar vueltas y más vueltas, hasta que concluye la música. Yo les llamo "Hipos musicalis".

—¿Y qué clase de caballos es esa? — pregunta Joaquín.

—Los de las calesitas.

—(¡Paf!)

EN LA PLAYA

—¿Es fresco este pescado?

—Sale del agua.

—Eso no prueba nada. Mi suegra sale también del agua y no tiene nada de fresca.

TEMPORADA DE BAÑOS

Doña Gordínez toma un baño. Quiere nadar y no sabe.

—¡Socorro! ¡Socorro! — grita de pronto, ahogándose.

El marido, que tampoco sabe nadar, se dirige a un marino:

—Salve a mi esposa, por caridad.

—Sí, señor; pero le advierto que más de cincuenta kilos la propina es doble.

UN MEDIO FACIL

Hablan Elena y Teresa.

Elena dice:

—¡Qué odioso es Luis! ¡Quisiera que fuera el más desgraciado de los hombres!

—Pues es muy fácil, contesta Elena. ¡Cásate con él!

SOSPECHOSO

El detective Doroteo va por la calle. Oye como un hombre, de sospechosa apariencia, dice:

—¡Hay que tomar medidas! ¡Se aproximan días de prueba! Es necesario cortar sin miedo.

El detective interviene y le pregunta:

—¿Es usted bolsheviqui?

—No, señor; soy sastre.

HOMBRE INTEGRO

Dos amigos hablan de un conocido político.

El uno, que es partidario de su política, dice:

—¡No lo dude usted! Es un hombre íntegro. Un hombre de una sola pieza.

—Sí, señor; responde el otro, es un hombre de una sola pieza... pero de una pieza falsa.

DESEO IMPOSIBLE

Jacinto es un muchacho notable por su descomunal pereza, y por su joroba igualmente descomunal.

Jacinto suele exclamar muchas veces:

—¡Qué pesado es tener que doblar la espalda al trabajo! ¡Quién fuera rico! ¡Me gustaría tanto poder vivir con la espalda derecha!

DIGNIDAD

Cuando murió Jim Smackers (mi tío) heredé el circo ambulante que llevaba su nombre.

El número de más éxito que tenía el circo estaba formado por ocho digamos personas.

La mujer con barbas, el hombre de las tres piernas, el hombre de las tres cabezas, el hombre esqueleto, el gigante Garbandras, el enano Míster Alexis, el hombre de goma, y finalmente, el negro Badou Badabau Kaleb Izib, que lo mismo comía piedras que carbones ardientes, tierra, vidrio, petróleo, sables, ratas, papel, etc.

Una noche, a la hora de comenzar el espectáculo, no encontré a mis ocho fenómenos en ninguna parte. Se me habían declarado en huelga.

Cuando al fin di con ellos, les pregunté:

—¿De qué se quejan ustedes?

—Usted nos insulta, dijeron. En los carteles ha puesto los ocho fenómenos, y eso no podemos admitirlo.

—Disculpen ustedes, pero ¿cómo quieren que les anuncie? La verdad es que...

Entonces, todos a la vez, llenos de dignidad, contestaron orgullosamente y en voz fuerte:

—¡Los ocho monstruos!



—Muy lindo el cuadro; ¿qué es lo que representa?

UNA PRECAUCION

En un concierto.

Joaquín observa a una cantante y le dice a Luis:

—¡Qué cosa rara! Cuando canta cierra los ojos.

A lo que responde Luis:

—Es lo más natural. Cierra los ojos para no ver la cara que ponen los que la escuchan.

FÓRMULA QUIMICA

—He descubierto la fórmula del vino. El agua hace H 2 o. ¿Verdad?

—Sí.

—Pues el vino hace B O 2! (Beodos).

CASO RARO

Rodríguez ha ido al restaurant. Pide un plato, después otro, y otro, y otro.

Luego Rodríguez exclama:

—¡Cosa extraña! Dicen que el apetito viene comiendo. ¡Yo hace dos horas que como y no siento el menor apetito!

UN MARIDO INSOPORTABLE

Un hombre lee un diario de la noche, tranquilamente sentado en una butaca. Son las nueve de la noche. Llega su esposa.

La esposa.—Buenas noches. ¡Demonios! ¡Qué tarde es! ¡Las nueve!

El esposo.—...

La esposa.—¡Y la cena sin hacer! ¡Ya me lo suponía!

El esposo.—...

La esposa.—¿No podíamos acaso ir a comer al hotel? Además yo no podía adivinar que llegaría tarde.

El esposo.—...

La esposa.—Todo el mundo puede llegar tarde un día. No hace mucho, llegaste vos a las once. Es cierto que te agarró un auto y tuvieron que llevarte a la Asistencia Pública.

El esposo.—...

La esposa.—¡Así son los hombres! ¡Unos grandes egoístas! Cualquier día vuelvo al lado de mi madre...

El esposo.—...

La esposa.—Soy muy grande ya para que nadie me pregunte las razones de mis actos. Además, ¿crees vos que no veo que con tu aire hipócrita, quieres deshacerte de mí?

El esposo.—...

La esposa.—Nada sería capaz de asustarte, con tal de conseguirlo. Ni el crimen.

El esposo.—...

La esposa.—Tus manos, que tiemblan, demuestran que estás a punto de cometer un asesinato.

El esposo (se levanta tranquilamente).

La esposa.—¡Socorro! ¡No te aproximes! ¡No te aproximes!

El esposo (vuelve a sentarse).

La esposa.—Con hombres violentos como vos una no sabe si verá el día de mañana.

OBSERVADOR

El señor Slocum y su esposa parecen ser un matrimonio ideal, pues observé anoche que sus pensamientos siempre coincidían.

—Sí; ¡pero te fijaste también en que era siempre la señora quien pensaba primero!

LA HERENCIA

por Pablo GROUSSAC

Aquella mañana (mayo de 189...) el célebre doctor Broda, profesor ordinario de patología mental en la Universidad de Praga, según reza el programa semestral — "Psychiatriam bis p. h. h. IX docebit" — alcanzó un verdadero triunfo académico ante los numerosos estudiantes que rodeaban su cátedra.

No por esto imaginen mis lectores latinos que se tratara de arranques oratorios a lo Castelar ni de variaciones retóricas, parecidas a la filosofía para damas de nuestro Caro, en la Sorbona: enseñanza espumante que en una hora llena de copa cerebral de cada oyente y se disipa en tres minutos sin dejar en el fondo una gota de líquido nutritivo. El doctor Broda era muy amante y respetuoso de la ciencia para sacrificarla en aras de la fraseología elocuente y teatral. También es probable que, aunque quisiera, no habría podido ser gracioso. Realmente, su aspecto no revelaba al parroquiano de Corinto: era un viejecito seco y nervioso, cuyo cuerpo, retorcido como cepa de vid, flotaba en una inmensa levita negra; el rostro arrugado y lampiño, de larga nariz inquisidora, parecía que hubiera reconcentrado todo su capital piloso en las cejas enormes, donde se enredaban los anteojos inamovibles; sobre la frente baja se erizaba el corto cabello gris; y de esa cara acorchada, de esa mirada aguda que brillaba tras el cristal, de esas manos nudosas y ágiles, de ese magro conjunto, que recordaba a un lobo de los Cárpatos, se desprendía — acaso por el timbre armonioso de la voz — una impresión de nobleza intelectual y de profunda simpatía humana.

Habíale tocado esa mañana concluir su estudio de la locura hereditaria con un cuadro conmovedor de las impulsiones casi gemelas al suicidio y homicidio. Con su método habitual, el sabio maestro había dado lectura de cuantos documentos y extractos de publicaciones trajera de su casa, en la voluminosa cartera que toda la población de Praga conocía de años atrás; luego se puso a enumerar, mientras el auditorio taquigrafiaba sus palabras, las observaciones comentadas, propias y ajenas, fruto las unas de su clínica antigua o nueva, resumen las otras de su innumerable correspondencia con el universo científico.

No tengo que analizar aquí esa doctrina psicopatológica, que ha sido desarrollada por su autor en memorias compactas, presentadas a todas las academias europeas y escritas en tantas lenguas vivas o muertas, que el ilustre profesor bohemio desollaba con imparcial intrepidez. Básteme decir que su conclusión teórica, respecto de aquellas terribles diátesis hereditarias, había dejado entrever la perspectiva consolante de una posible curación. Sin negar la tremenda influencia nativa, sin desconocer que las anomalías cerebrales son en muchísimos casos la lúgubre herencia de los antepasados, él había levantado en frente de esa fuerza ciega de la fatalidad, el arma defensiva de la inneidad: la resultante de la educación, de las costumbres y del tratamiento científico; en una palabra, había enseñado al hombre, relativamente libre y capaz con la propia energía de reaccionar contra la pendiente atávica, labrándose con el tiempo su propio destino.

En estos o parecidos términos había el doctor Broda resumido su teoría, y esta conclusión, marcadamente espiritualista, fué saludada con grandes aplausos y salvas de pataleos, según el hábito tudesco y eslavo. El "Herr Professor" se inclinó con la verdadera modestia del talento; luego abrió y desplegó sobre la mesa un diario que esparció en el ambiente un violento olor de fumigación, y se puso a leer lo siguiente que "verbum pro verbo", traducimos del original.

I

"Ha llegado la hora, memorable para nuestra ciencia, si bien aciaga para el actor principal, de comunicaros uno de los casos más curiosos y decisivos que registran los anales neuropáticos. Acaba de morir lejos de la patria austriaca el último representante de una gran familia magiar, no menos célebre por su gloria pasada que por la índole singular y el trágico fin de sus individuos principales.

Entre mis oyentes no habrá quien no conozca algún hecho dramático, referente a la familia patricia de Lisznyai. Gracias a mis relaciones científicas, he podido apuntar en mis registros de "Testimonia" las observaciones relativas a cinco miembros de dicha familia, todos descendientes directos de aquel famoso conde Miklos Lisznyai, que hizo heroicamente la campaña de Francia contra Napoleón, y se suicidó más tarde, en Budapest, haciendo brincar su caballo por sobre el parapeto del Danubio. De los dos hijos que dejó, el menor concluyó también por el suicidio; en cuanto al mayor, después de una existencia harto agitada, se casó con una mujer adorable y adorada, a quien mató involuntariamente, según se dijo, en una partida de caza. Desesperado, no quiso sobrevivir a su desgracia, y se ahorcó en un roble de su parque. No tengo que recordaros el drama íntimo que tuvo a la vez por actor y víctima al conde Mor, padre del magnante actual, y por teatro el castillo señorial de la familia. Todos los diarios reprodujeron, hace veinte años, los pormenores más o menos auténticos del lúgubre suceso. La condesa Dora estaba durmiendo en su cuarto matrimonial; se dice que despertó sobresaltada al ruido de una detonación y halló el cadáver de su marido al pie de su propia cama. Cuando acudieron los criados, encontraron a la condesa presa de una risa incoercible: había perdido la razón, y nadie supo de cierto qué preámbulo había tenido tan espantoso desenlace.

El único heredero del nombre y de la fortuna era un niño de diez años, el conde Károli, que fué mandado a Inglaterra para educarse allá, fuera de su país, lejos de toda influencia y memoria que pudiera recordarle la tradición funesta de su raza. Yo ejercía entonces la medicina en Budapest; fuí consultado por los tutores y aconsejé que se realizaran al punto todos los bienes territoriales de la familia y se solicitase al emperador la transferencia de un apellido noble extinguido, para el heredero inocente de tantos "Atridas".

Supe que todo ello se había cumplido: el título bohemio de conde Tsanadi fué atribuído con carácter perpetuo al joven Károli, quien continuó sus estudios en el colegio de Harrow con el rango y los gustos de un noble huérfano inglés. Algunos años más tarde, volví a ser consultado respecto de la carrera más sana para Károli; dijéronme que era entonces un muchacho robusto y alegre, apasionado de juegos y sports atléticos, como toda la juventud aristocrática de aquel país: me decidí por la marina, — la marina inglesa naturalmente: todo lo que pudiera alejarle de la atmósfera originaria y contribuyera a transformar su idiosincrasia, parecíame excelente, indispensable.

Ya me había dedicado casi por completo a nuestros caros estudios psiquiátricos, que encierran, a mi ver, la filosofía y la sociología del porvenir. Era para mí indudable que ese pobre muchacho estaba colocado bajo la influencia poderosa, aunque no invencible, de una herenica mórbida acumulada en tres o cuatro generaciones. Tenía yo la convicción íntima de que las supuestas extravagancias o desgracias de sus padres no eran sino accesos fulminantes de locura impulsiva, suicida u homicida. Era, pues, necesario, a todo trance, defender a este predestinado, fortificar y completar la comenzada obra, dándole una patria nueva, otro nombre, otros hábitos, otra alma, en fin, para que doblara ese cabo funesto de los treinta años en que casi todos sus ascendientes habían sucumbido.

Pasaron algunos años, supe que él navegaba en mares lejanos; me le pintaban como un valiente alférez de la marina inglesa. Se había distinguido en la India y en Egipto; estaba hecho ya todo un súbdito de "Her Gracious Majesty". Aunque estaba en posesión de su enorme fortuna patrimonial, nunca había manifestado el deseo de volver a su patria nativa, cuyo recuerdo parecía completamente borrado de su memoria. Yo tenía su nombre apuntado en mi registro de observaciones, a continuación del de sus ascendientes: cada año que pasaba era un argumento más en favor de mi doctrina científica; pero confieso que no veía llegar sin aprensión la fecha climatérica en que habría de librarse la gran batalla orgánica.

Hace dos años casi exactamente, en este mismo mes de mayo, hallábame en mi cuarto de estudio cuando mi fiel y excelente Gertrudis—disimulad esta alusión doméstica—me entregó la tarjeta de un desconocido que "quería hablarme a solas": tuve un estremecimiento al leer este nombre: "Conde Károli Tsanadi".

Ya repuesto, me levanté, coloqué un sillón en frente de la ventana, muy cerca del mío, y mandé que hicieran entrar al "desconocido". Con cierta desenvoltura cordial presentóse un joven alto y robusto, muy rubio, de sem-

AL PIE DE LA LETRA



—Está usted ya sin fiebre. Hay que cambiar el tratamiento. Mañana puede usted tomar un sopicaldo, un trocito de merluza y un postre ligero. Luego... un cigarrito, nada más que uno.



—¿Qué tal con el nuevo tratamiento?
—Perfectamente. La sopa muy bien, la merluza muy bien, pero el cigarrito... el cigarrito me estropeó el estómago.
—¡Es extraño!
—¿No ve usted, doctor, que no he fumado en mi vida?

blante alegre y simpático; me disgustó, desde luego, encontrar en su rostro la belleza proverbial y característica de su familia paterna. Con extrañeza escuché sus primeras palabras: hablaba el magiar con cierta lentitud, pero con el más genuino acento danubiano. Me sentí algo contrariado y le contesté en francés, pretextando m' poca práctica de la lengua húngara. En tanto que se cruzaban los primeros cumplimientos le seguía observansin afectación: no notaba ningún movimiento brusco en su persona, ninguna contracción nerviosa en su cara risueña; parecía perfectamente equilibrado y dueño de sí.

El único rasgo particular que detuvo mi atención fué la desigualdad de las orejas; la derecha era pequeña y perfecta de forma, pero casi sin lóbulo y muy adherida; la izquierda, más ancha y apartada del cráneo, presentaba la punta simiesca muy visible. También noté con cierta sorpresa que mi "oficial inglés" llevaba en el ojal de su levita negra la cinta roja y verde de la cruz austriaca de San Esteban.

Refirióme algo de su vida pasada, de sus viajes y expediciones por el Asia y el Africa. Acababa de dejar el servicio para establecerse en su "patria", en sus dominios señoriales que quería recuperar... "¡Oh! no todos, rectificó prestamente, al notar mi expresión asombrada; tan sólo la tierra y el castillo de Tsanadi". Di un suspiro de alivio al ver que ignoraba su verdadero nombre. Por lo demás, no era su intención sepultarse para siempre en la existencia apacible del "gentleman farmer", pensaba solicitar un puesto en la diplomacia; pero, antes de tomar una resolución definitiva, me había venido a visitar por consejo de su antiguo tutor.—"Seguramente, soy mayor de edad y dueño absoluto de mis acciones; pero, no teniendo pariente alguno a quien arrimarme, confieso, señor doctor, que he consagrado a este honrado tutor mío todos los acatamientos de un hijo adoptivo. El me ha dirigido a usted... ¡A fe que no estoy enfermo! Sin embargo, me dicen que usted me ha salvado de una enfermedad nerviosa en mis primeros años y que debo seguir sus consejos... Yo he venido sobre todo (agregó con un saludo amable) para expresarle mi agradecimiento".

Estas últimas palabras de Károli fueron un rayo de luz. Desde su entrada estaba yo buscando el medio de arrojarle de esta tierra, para él funesta, donde las misteriosas influencias hereditarias tenían que envolverle de nuevo en su red malsana. Era tiempo aún; podíamos arrancarle del círculo de atracción inconsciente que le había llamado con su mórbido magnetismo... Me acerqué a él y afecté examinarle minuciosamente, auscultando su corazón y pulmones como si no conociera ya de memoria ese organismo de degenerado superior. Concluído el examen volví a sentarme delante de él, diciéndole:

"No hay nada que merezca cuidado. Pero le aconsejo a usted que vuelva a navegar un par de años. Estoy seguro de que su robustez actual es debida a su vida de marino, al aire tónico del mar..."

Así continué largo rato, procurando llevar la convicción a su espíritu. Parecióme que se iba persuadiendo poco a poco, como que mis consejos se ajustaban del todo a los de su anciano tutor. Se había levantado ya en actitud de despedirse, cuando volvió a sentarse, como después de tomar una solemne resolución.

—"Señor doctor (y al hablar mirábame con acento suplicante), le ruego a usted que me diga la verdad, como a un hombre dispuesto a oirla, por dolorosa que ella sea. Hace un año quise casarme con una joven de mi rango: todo estaba arreglado con ella y con los padres, cuando sentí instintivamente que se alzaba contra mi matrimonio un obstáculo oculto pero invencible...

Una noche, por fin, quise arrancar la verdad a mi prometida: estábamos sólos en su salón. Ella callaba, en tanto que corrían las lágrimas por sus mejillas; entonces, en un rapto de pasión frenética, la tomé de la mano con súplica... ¡Oh! bien sabe Dios que mi violencia aparente era de ternura!—Ella dió un grito tan desgarrador, desasiéndose de mí con terror tan inexplicable, que quedé petrificado, como si la tierra hubiera abierto un abismo a mis pies... No volví a verla... Pues bien, señor, si es cierto que usted conoce la historia de mi pasado y de mis ascendientes: dígame ¿por qué esa familia despreció mi nombre ilustre; por qué esa mujer que me amaba rechazó mi amor? ¿Qué misterio hay en mi destino?

Entonces comprendí que era necesario cauterizar sin piedad esta llaga profunda. Ante aquel dolor varonil hablé varonilmente. No revelé toda la verdad en su horrible desnudez, no pronuncié la palabra que arranca al hombre su alma misma y le quita el derecho de vivir entre sus semejantes... Pero sí le confesé sin efugios que una coincidencia misteriosa, un brusco ataque de epilepsia larvada había fulminado a varios de sus antecesores: que, sin duda, esta era la causa del terror que había inspirado a su futura familia... Y concluí, así, alargando hacia él mi mano derecha:

"Le juro a usted que si escucha mis consejos, si se aleja por dos años más, acometiendo nuevamente la vida azarosa y variada del viajero, habrá usted salvado la época crítica de su vida. Le doy a usted mi palabra de honor que de allí volverá sano y salvo: deme usted la suya de que no pasará otra semana en esta ciudad."

Me dió la mano derecha y leí en su mirada la promesa de cumplir su juramento..

II

En efecto, el conde Károli cumplió valientemente la palabra empeñada.

Cada tres o cuatro meses, recibía yo una carta suya, datada de algún paraje remoto; unas veces de Tonkin, donde peleó contra los pabellones negros, otras de Australia, de la costa del Pacífico, de Venezuela. La última recibida, hace cinco o seis meses, venía de los Estados Unidos; me anunciaba su proyecto de ir al Brasil, como segundo secretario de la legación austriaca, agregando estas palabras singulares: "No piense usted que desisto de lo que le prometí; pero he notado que circulan en esta América muchos caballeros de industria, exhibiendo algunos títulos de nobleza desconocidos en el libro heráldico, y para evitar confusiones y desagrados, he pedido un puesto "ad honorem" que me ponga así bajo la garantía oficial del representante austro-húngaro".

Gracias a los datos suplementarios que me suministrara el tutor, no me costó vislumbrar la razón de la repentina susceptibilidad nobiliaria de mi joven amigo: esta causa no era otra que la hija del ministro brasileño en Wáshington, quien estaba en vísperas de volver a su país para tomar un asiento en el senado de la nación. La noticia me llenó de júbilo, pues, además de ver así realizado mi deseo de una larga ausencia del conde, yo consideraba como un factor de primordial importancia, en mi lucha empeñada contra el mal hereditario, el hecho de un casamiento con una mujer de raza diferente.

Por otra parte, parecíame que había pasado ya la hora más crítica. No sólo Károli me describía alegremente su estado satisfactorio, sino que de cada renglón suyo se desprendía la salud moral, la esperanza constante y gozosa; la embriaguez de la vida. Supe, hace quince días, por la vía diplomática, su embarco a bordo del "Potomac", paquete de la carrera entre Nueva York y Río de Janeiro. Esperaba recibir por momentos el anuncio de su feliz llegada a aquella ciudad, extrañando que hubiese tardado más que de costumbre en darme cuenta de su situación; pues nuestra relación, a pesar del rango y la edad, se había estrechado hasta ser una amistad confiada y cordial. Creía que muy en breve me hablaría de esa encantadora hija de los trópicos, esa niña brasileña a quien amaba. Lili, como la decía en recuerdo de la heroína de nuestro poeta nacional Petœfy...

He aquí la noticia que acabo de encontrar en este diario de Río, el "Jornal do Commercio", bajo la fecha del 25 de abril:

¡¡UN HEROE!!

"Después de la siniestra noticia que publicamos ayer, lamentando la desgracia que ha enlutado el hogar del señor conselheiro Barão de Maranhão, tenemos el consuelo de consignar un rasgo de sublime abnegación que honra a la humanidad entera, y rodea al nombre de su autor con una aureola de gloria inmarcesible.

"Saben nuestros lectores que Adela, la hija única del noble consejero, hallábase sobre la toldilla del vapor, en la noche del 23, contemplando las primeras luces de la tierra natal en compañía de su madre y del señor conde Károli S., recientemente designado para el puesto importante de segundo secretario de la legación austriaca en este país. Parece que, durante una corta ausencia de la señora, un pasajero vió a la desgraciada Adela de pie en el banquillo de estribor y saludando los faros de la bahía; a su lado estaba el joven conde, quien, al parecer, la sostenía de la mano y demostraba su deseo de que no se inclinase fuera de la barandilla. Eran las once de la noche; no quedaba ya pasajero alguno en la toldilla, la luna llena alumbraba el mar tranquilo... ¿Qué sucedió entonces? ¿Perdió el equilibrio la pobre Adela en sus ademanes de entusiasmo, al divisar la patria querida? ¿Sufrió en ese instante un vértigo repentino, que la impelió hacia el abismo? "¡Deus o sabe!" Ningún testigo ha quedado para esclarecer el horrible misterio. De repente se oyó un grito desgarrador en el silencio de la noche: ¡hombre al agua! Un oficial vió una sombra que arrojaba al mar una boya de salvamento y se precipitaba tras ella... A pesar de no caminar el vapor sino a media velocidad, no pudo detenerse y largar embarcaciones sino después de una media hora. ¡Cuando se volvió al punto mismo de la catástrofe, el líquido sepulcro cubría, sin una arruga reveladora, los cadáveres de los desposados en la vida y unidos en la muerte!

"Al día siguiente, los buzos de la bahía encontraron los dos cadáveres enlazados en un supremo abrazo. ¿El joven había sido víctima de su abnegación, o será que no quiso sobrevivir a la que amaba?

"¡Sublime y heroico sacrificio! La



—¿Dónde ibas ayer tan de prisa?
—Iba en busca de trabajo.
—¿Tú en busca de trabajo? ¡Gracias a Dios, hombre, que al fin te has decidido a hacer algo!
—Sí, iba a buscar trabajo para mi mujer, que es costurera.

desconsolada familia del barón de Maranhão tiene en su profunda amargura el consuelo de saber que la bella niña ha sido amada cual merecía; ha comprendido toda la grandeza del sentimiento que lanzó a la muerte al noble extranjero que no ha conocido nuestras playas sino en su última mirada; ha ordenado que los fúnebres novios sean sepultados juntos en el sepulcro de la familia. ¡Consuelo al hogar enlutado! ¡Honor eterno al héroe!...''

Después de concluir esta lectura con alterada voz, el profesor bajó la cabeza y guardó silencio por algunos segundos. Al fin, dirigiéndose al auditorio, agregó estas palabras sencillas sin levantar los ojos:

''Sí, para mí todo esto es muy triste; quería yo a ese noble joven, y a pesar de estar acostumbrado a la muerte, siento conmovido mi viejo corazón... Pero alcemos nuestro pensamiento muy arriba del accidente personal: contemplemos la ciencia eterna y fecunda. Y bien, señores: la ciencia ha ganado una victoria decisiva. El conde Károli había destruído el funesto legado de sus ascendientes. Había salvado hace más de un año el término fatal de la ley hereditaria. La prueba más evidente de su rehabilitación orgánica; la encuentro en el rasgo sublime de su última hora. El monstruoso egoísmo, que es el síntoma infalible de toda demencia emotiva, ha sido reemplazado por la abnegación en grado heroico. El alma había vencido al cuerpo: ¡la herencia mórbida no es la ley ineluctable!''

El profesor Broda levantó la cabeza y, sin escuchar los aplausos que saludaban su peroración, salió inmediatamente de la vieja universidad carolina, con sus cuadernos y diarios debajo de su brazo izquierdo; por primera vez se olvidó de devolver su saludo al bedel parado en el vestíbulo. Al atravesar el Karlsbrücke; el gran puente del Ultawa que separa a la moderna Praga de la antigua, se detuvo un momento y, apoyado en el parapeto, contempló las blancas colinas de la Bila-Hora, el pintoresco panorama de la ciudad de ''las mil torres'' con su dominante palacio de Hradschin; el Moldau, ensanchado como un lago, rodeaba blandamente las islas, de esmeralda; la primavera cantaba en la tierra verdeciente y en el cielo azul... Entonces murmuró: ¡Pobre Károli! y siguió caminando hasta su casa de la ribera izquierda.

Al entrar en su cuarto-biblioteca del segundo piso, cuyo ambiente se mantenía exactamente a 15 grados. Celsius, merced a la encendida estufa, recorrió con una mirada rápida todo el interior, científicamente arreglado por su cocinera Gertrudis. El ancho escritorio de nogal, con su escritorio hacia el ángulo derecho de la carpeta, los muebles severos, las mesas y sillas, todo relumbraba al sol que penetraba por las dos ventanas abiertas sobre el plácido río.

Estaban puestos en metódico montón los periódicos y revistas de las cinco partes del mundo; sobre la carpeta obscura, cuatro o cinco cartas cerradas atraían la vista. El sabio dejó su sobretodo y su sombrero sobre la única silla libre de libros o papeles, se introdujo en la bata que halló doblada sobre el respaldo, y después de encasquetarse el gorro doctoral, que halló en la mesita de la izquierda debajo de un retrato de Juan Huss, se sepultó con fruición en un sillón de cuero.

Abrió y recorrió rápidamente las cartas que estaban en su escritorio, reservando para lo último una de sobre mayor y bastante voluminosa. Tomóla en seguida y tuvo un gran estremecimiento al reconocer la letra del sobrescrito; sin embargo, rompió la nema sin apuro y leyó lo siguiente:

''Bahía, 20 de abril de 189...

Mi querido doctor:

Desde que me embarqué, esperaba con ansiedad nuestra llegada a Bahía para escribirle. No preveía por cierto que había de decirle lo que usted va a leer. Sólo a usted puedo abrir mi alma, sin temor de que retroceda horrorizado. La ciencia es misericordiosa, porque es clarovidente.

Por nuestro viejo amigo de Budapest, sabrá usted qué esperanzas de felicidad me guiaban en este último viaje. Cerca de mí, durante todas las horas de cada día, contemplaba embelesado a la que me conducía a su patria, como al puerto seguro de mi salvación. Nos ''amábamos'' —¿por qué surge irresistiblemente esta forma, que aleja ya nuestro amor a un pasado irrevocable?—edificábamos en paz divina el aéreo castillo del porvenir, sin divisar una nube en el cielo ni una sombra a nuestro alrededor. Ninguno de los dos pensaba siquiera en cuál de nuestras tierras natales levantaríamos nuestro hogar; cada uno decía al otro: mi patria eres tú...; cuántas veces, sobre cubierta, le pedí que soltara al viento tibio del trópico una melancólica endecha de su país, que yo repetía con emoción, como si de mis valles magyares se tratara:

Minha terra tem plameiras
Onde canta o sabiá...

Así pasaron los días más bellos de mi vida. El sueño ha sido tan delicioso cuanto fugaz. Escuche usted ahora qué despertar tuve anteanoche. Habíamos subido a la toldilla, lejos del tumulto, Adela, su madre y yo. El medio disco de la luna pasaba por lo alto del cielo derramando su líquida plata en las olas tranquilas; mientras la madre dormitaba, reclinada en un sillón, nosotros, inclinados en la baranda de popa, seguíamos con placer indecible, como maravillados niños, los mil festones fosforescentes que dejaba la estela del buque. Nos hallábamos tan felices con sólo mirar este fantástico espectáculo, sintiendo nuestras manos unidas en la sombra, que no pensábamos en hablar... ¡Para qué hablar de la dicha, cuando la bebíamos en nuestras miradas y la aspirábamos en el fresco ambiente nocturno? Poco a poco, sin saber cómo, inconscientemente, nuestras cabezas se acercaron y mis labios por primera vez encontraron los suyos...

Experimenté una conmoción eléctrica que me llenó de angustia y terror. No era la brusca invasión de la felicidad suprema, sino algo repentino y tremebundo, como el vértigo de un abismo súbitamente abierto a mis pies. Un largo estremecimiento sacudió mi cuerpo todo, sentí una oleada de fuego que me subía al cerebro, con una horrible contracción de la garganta, y se apoderó de mi instantáneamente el deseo monstruoso, infernal, indomable, de tomar en mis brazos a esta virgen ''adorada'' y arrojarla al mar!... No sé qué ademán esbocé, qué mirada siniestra se escapó de mi órbita, qué sacrílega palabra murmuré en mi delirio: pero ella tuvo miedo y no pudo reprimir un grito de horror. La madre estaba ya cerca de nosotros; no recuerdo qué pretexto discurrió Adela y nos separamos, después de acompañarlas yo hasta la escalera del salón.

Quedé sólo en la toldilla, y entonces me apareció en todo su espanto la desesperante realidad. A la luz de ese relámpago, todo lo vi, todo lo comprendí. Era este el estigma hereditario de mi desconocida familia. ¡Oh esa noche de agonía, pasada toda entera en mi paseo de sonámbulo sobre la desierta toldilla!... ¡Cómo envidiaba a los miserables marineros, a los pobres inmigrantes que podían dormir!... Porque no me hago ilusión respecto de mi estado. No ha sido una alucinación, un delirio pasajero, que acaso no se repetirá...

Tengo mi plena conciencia. Mido la profundidad de mi desgracia: siento que en otra noche de luna, en que tenga cerca de mí a la mujer amada, irresistiblemente sulumbiré... Estoy condenado a matarla. Fulgura a mi vista la visión de ese momento de dicha infernal, en que tomaré en mis brazos aquel cuerpo fresco y flexible y lo miraré caer como una flor arrojada al abismo. No puedo continuar... ¡Estoy perdido!... Mañana llegamos a Bahía... Buscaré en mi alma la fuerza necesaria para quedarme en tierra o pedir al capitán que me amarre y me enjaule como una fiera... Si no recibe usted carta de Río, ni oye referir una espantosa catástrofe, es que habré sabido morir. ¡Adiós!—Károli.

El doctor Broda volvió a doblar la carta y permaneció inmóvil algunos minutos, como abismado en sus reflexiones: estaba muy pálido, y un movimiento febril sacudía sus crispadas manos. De pronto se levantó, fué a su ancho armario, sacó de él un gran registro de cantoneras metálicas, y lo abrió en una página encabezada con el apellido de Lysznyai. Leyó una docena de renglones recientemente escritos debajo de este nombre—y entonces, tomando la pluma sableó la página con dos enormes rayas cruzadas; luego, con la trémula mano y la ira terrible del soldado que firma una capitulación, escribió con letras gordas:

''¡La herencia es la ley!''


OPINION MUSICAL

—¿Qué le parece el concierto?
—Le diré a usted: al principio la música me molestaba, pero ahora ya voy acostumbrándome.

Buenos informes

''Querido Lucas: Me pides informes acerca del novio de tu hija. Seré lo más lacónico posible.

Nació en febrero, por ser el mes más corto.

Creció despacio y se crió delgadito, por miedo de hacer bulto.

Anda de puntillas, por no molestar a los vecinos.

Estudia poco, por no abusar de la ciencia.

Su encogimiento le libró de ser soldado, porque no llega a la talla.

Es corto de vista, corto de genio, corto de alcances y tímido para los pagos''.

La edad de las sardinas

Por el examen de las escamas de los peces se puede formar una idea muy exacta de su edad. M. Luis Fage que ha estudiado especialmente la sardina desde este punto de vista, ha podido comprobar que la sardina de 10 a 11 centímetros, del Mediterráneo (sardina completa con cabeza), tiene un año; la de 13 a 14 centímetros, dos años, y la de 14 a 16 tres años. Hasta esta edad no se halla la sardina en condiciones de reproducirse.

Las cifras que preceden no son exactas para la sardina del Océano. En el Océano es más rápido el crecimiento. Los individuos de tres años miden de 16 a 19 centímetros, y los de cuatro años 20 a 24.

El crecimiento de la sardina es lento comparado con el de la anchoa, pero en cambio alcanza mayor longevidad. La anchoa no pasa de los tres años, mientras que las espratelas viven seis y siete. El arenque llega fácilmente a los doce años, y casi tantos alcanza la sardina.

Aventuras de un detective privado... de toda inteligencia

Telegrafía sin hilos, por Adrián VÉLY

Le Huchet dormía profundamente cuando despertó sobresaltado. La puerta de su habitación se había abierto violentamente, y contempló, junto a la cabecera de su cama, a Nelson Brown, con una lámpara en la mano y los cabellos mojados de sudor.

—¿Qué es lo que pasa? — interrogó Le Huchet, incorporándose.

Le Huchet desde la víspera era el huésped de los Sermeuse, que le habían invitado a pasar algún tiempo en el campo, en una propiedad que poseían. Había llegado acompañado del célebre detective inglés Nelson Brown, cuyas ruidosas investigaciones y cuyos éxitos prodigiosos lo habían hecho célebre en el mundo entero.

Desde el primer instante, la cultura extensa de Nelson Brown, su conversación original, amena, repleta de relatos y anécdotas, había seducido a Mr. Semeusse. Por lo que hace a la hermosa y espiritual señora Semeusse, se había dejado conquistar por la elevada distinción del detective, por su ardor acompasado que le prestaba un encanto enigmático. Todos se habían acostado muy tarde, después de una prolongada y amena charla.

Le Huchet, despertado repentinamente, había exclamado:

—¿Qué es lo que pasa?

— Algo bastante grave, amigo mío, — repuso Nelson Brown, dejando su lámpara sobre la mesita de noche y sentándose cerca de la cama.

—¿Acaso ha descubierto usted un crimen en esta tranquila morada?

— Es posible.

—¡Vamos, hombre!... ¡Usted ve crímenes por todas partes.

— Nada he visto... pero he oído.

—¿Oído?... ¿Qué?

—Pues bien, he ahí, amigo mío... Acababa de acostarme, había apagado la lámpara y sólo pensaba en tomar un poco de descanso reparador, cuando de pronto en el silencio de la noche oí un ruido ligero, anormal... Golpecitos que se sucedían sin interrupción... Pero no se sucedían a intervalos regulares, sino irregularmente, algunos seguidos, otros espaciados... ¿Qué opina usted de ello?

—¿Yo?... ¡Nada!

—No me sorprende... No está usted acostumbrado como yo a observar las cosas y a deducir de ellas conclusiones inmediatas... Mi cerebro comenzó a trabajar al punto... Al cabo de media hora — el ruido siguiendo sin cesar — estaba sudando... pero poseía la clave del enigma... Aquellos golpes que escuchaba eran simplemente letras del alfabeto Morse... ¿Comprende usted ahora?

—¡Ni lo más mínimo!

—Siempre será usted el mismo: un hombre encantador, pero sin penetración alguna... Pues bien, sepa usted, camarada, que en esta casa hay instalada una estación de telegrafía sin hilos...

—¡Pero... usted está completamente loco!

—Estoy seguro de lo que digo.

—¿Una estación de telegrafía sin hilos?... ¿Para qué?

—Siga bien mis razonamientos... Esta propiedad se halla situada en un terreno elevado, y pasa por debajo el túnel de un ferrocarril... Es una línea muy importante... En una de las salidas del túnel hay una estación de enlace, de mucha utilidad... En fin, el lugar en que nos hallamos presenta un interés estratégico indiscutible... Si una estación de telegrafía sin hilos manda noticias de la marcha de los trenes...

—Pero es insensato... ¿No sospechará usted de Mr. Semeusse, un caballero, el mejor de los hombres, ni de Mme. Semeusse, tan simple, tan sencilla, tan cándida, tan exquisita?...

— No sospecho de nadie, amigo mío, pero me encuentro en presencia de un hecho criminal, que hace necesaria mi intervención... Y proseguiré mis investigaciones hasta descubrir los criminales, quienesquiera que ellos sean. ¡Ah! Bien sé que en algunos momentos el cumplimiento del deber es singularmente penoso... Y no sin angustia he pensado en las posibles consecuencias... Cuando llegué al fin de mis deducciones, mi cabeza ardía... Llené de agua mi palangana, bañé mi cabeza, prendí mi lámpara, y he venido a encontrarle a usted... Eso es todo...

— Todo eso es muy bonito, tal vez incluso admirable, — dijo Le Huchet, saltado de la cama. — Pero no estaré convencido hasta que haya oído por mí mismo.

— Es lo más fácil... Venga usted.

Los dos pasaron a la habitación del detective. Le Huchet escuchó atentamente.

— ¡No oigo nada! — exclamó al cabo de unos minutos.

— Es curioso, yo tampoco, — contestó Nelson Brown.

— Ha soñado usted.

— No. Estoy segurísimo de haber oído los ruidos sospechosos, poco antes...

— Bueno, querido, le dejo a usted con sus deducciones... Yo voy a acostarme de nuevo.

Y, mientras Nelson Brown, hombre metódico, vaciaba su palangana y volvía a colocar la jarra encima, Le Huchet regresó a su habitación, saltó en la cama, se durmió en seguida, y soñó que la encantadora Mme. Semeusse se servía de un aparato de telegrafía sin hilos, para darle una cita de amor.

El día siguiente Nelson Brown lo llamó aparte para decirle que la víspera, desde que volvió a quedar solo, los ruidos sospechosos volvieron a comenzar.

—Algo raro, declaró Le Huchet, no cabe duda... Pero hágame usted el servicio de suspender sus investigaciones durante veinticuatro horas. Esta noche dormiré en su habitación y me daré cuenta por mí mismo de lo que sucede...

—Como usted guste... incorregible escéptico... Mañana estará usted convencido...

Por la noche, cuando todos estuvieron acostados, los dos amigos cambiaron de habitación, deseándose las buenas noches. Tan pronto se inició el día, Le Huchet fue a encontrar a Nelson Brown.

—¿Ha oído usted?—preguntó el detective.

—Sí.

—¿Está usted convencido, ahora?

—Menos que nunca.

—Es usted testarudo.

—No... Pero, como usted, yo también observo las cosas y de mis deducciones saco consecuencias inmediatas... Fuí a la escuela con usted, camarada... ¡y he descubierto al culpable!

—Puesto que dice usted que no hay ninguno...

—Sí, hay uno.

—No le entiendo a usted... Pero, veamos, ¿el culpable, quién es?

—El ferrocarril.

—¿El ferrocarril?

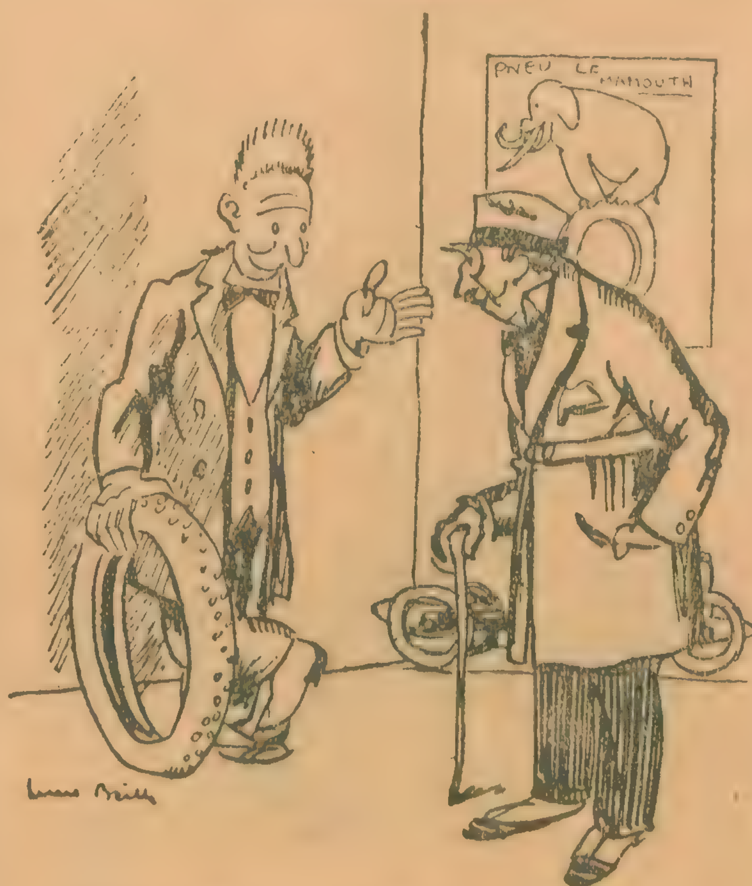
—Sí... Siga usted bien mis razonamientos... Ayer por la noche observé, al entrar en su pieza, que la jarra no estaba sobre la palangana, y que usted volvió a colocarla cuando yo me iba... Entonces, cuando desde la cama oí los ruidos misteriosos, coloqué la jarra en otro sitio. Los ruidos cesaron...

Dedujo, por lo tanto, como usted mismo habría hecho, si hubiera pensado en ello, que la trepidación de los trenes que pasan bajo el tunel, era la causa de los ruidos misteriosos que imitaban perfectamente, debo confesarlo, el ruido de un aparato Morse... Y lo más curioso del caso es que las letras golpeadas, así, al azar, componían una frase, que tenía sentido...

—¿Sentido?... ¡Imposible!... ¡No hay caso! ¿Y qué es lo que significaba?

—El célebre detective Nelson Brown es un imbécil.

LA BAJA EN LA METALURGIA



—¿Qué quiere que haga con el pneumático? No tengo auto.
—Justamente la casa regala un coche a todo comprador.

Hasta el año 1880 los vagones de los ferrocarriles no tenían más que cuatro ruedas y pesaban diez toneladas. Desde dicho año hasta 1890 tuvieron seis ruedas y quince o diez y seis toneladas de peso; desde 1890 a 1900, ocho ruedas y veinticuatro toneladas, y desde 1900 es costumbre que los vagones de comedor y los coches camas tengan dos ruedas y pesen de 35 a 42 toneladas.

La mina más curiosa del mundo, es probablemente una que hay en Tong-King (China); en un terreno arenoso y a una profundidad de cuatro o cinco metros, hay un depósito de troncos de árbol perfectamente conservados. Los chinos explotan esta mina, utilizando la madera para la confección de ataúdes y estatuillas.

En la clase de gimnasia de un importante colegio de Brooklyn se enseña a las muchachas los mejores modos de subir y bajar de los tranvías en marcha, para lo cual tienen un tranvía imitado que corre con mucha rapidez de un lado a otro y las educandas se ejercitan subiendo y bajando no siempre con fortuna.

Un conductor de tranvías que gana el premio Nobel

Knut Hamsun, como conductor de un tranvía de caballos, parece constituir una figura algo legendaria en Chicago, donde parece que se sabe más de su ineptitud en el servicio de la línea de Halsted Street, que de sus capacidades como hombre de letras. Ahora que ha sido coronado con el premio Nobel de literatura, se escudriña la memoria para sacar a luz algunos detalles sobre el hombre que antaño viviera en la ciudad de Chicago. Los viejos moradores de la ciudad recuerdan vagamente la figura de "un muchacho rubio, con el rostro delgado y con una mirada que siempre parecía buscar el horizonte", y decimos que lo recuerdan sólo los viejos habitantes, porque fué allá por los años de ochenta y tantos del siglo pasado cuando Hamsun fracasó como conductor de un tranvía de caballos. Habrá algunos chicagüenses que sepan algo sobre su potente novela "Hambre", traducida al inglés hace veinte años, o sobre la de "Tierras estériles", que apareció en vísperas de la guerra; pero la figura del conductor de tranvías se encuentra más bien definida, y los periódicos de Nueva York han recibido el siguiente despacho de Chicago, sobre Hamsun:

"El doctor Anders Doe, que por muchos años ha sido un miembro prominente del Den Norske Club, declaró hoy: "Sin duda que conocí a Knut Hamsun. Era un muchacho extraordinario, sumamente pobre. Era por el año de 82 u 83, cuando vino a Chicago, después de haber trabajado arando en las praderas de North Dakota. Obtuvo un empleo como conductor en la antigua línea de Halsted Street. Los caballos eran los que entonces servían de tracción a los tranvías. Y por vida mía, que aún recuerdo el frío que se sentía en la plataforma de atrás. No se me olvida cómo la piel partida de las muñecas de Knut, se ponían rojas por el frío, en el espacio que quedaba descubierto entre las mangas de su saco y los guantes de lana que usaba. Y siempre llevaba libros en los bolsillos: Eurípides, Aristóteles, Thackeray. ¡Era un soñador! Los pasajeros solían volverse locos. Olvidaba de tirar la cuerda. Perdían sus paradas."

"Y así el desastre cayó sobre el conductor Knut Hamsun. El tranvía de caballos de Halsted Street no era para él. No podía recordar las calles. En su peregrinación a lo largo de la línea, solía llamar "North Avenue" a "División Street". A veces detenía violentamente el tranvía en mitad de la cuadra para desembarcar a algún antiguo conocido enfermo de reumatismo.

"Un día cierta anciana preguntó a Hamsun si el tranvía iba rumbo al sur. Hamsun se rascó la cabeza rubia. Corrió hacia la plataforma delantera, atropellando a los pasajeros.

—¿Vamos rumbo al sur?—preguntó al cochero.

—Vamos al infierno—fué la respuesta que obtuvo.

"Y así, el superintendente del depósito de tranvías, despidió a Hamsun. Dijo que el noruego era demasiado estúpido para poder hacerse cargo de un coche en la línea de Halsted Street. Hamsun se marchó a Nueva York. Obtuvo un puesto en un buque que iba a las pesquerías de Terranova. Posteriormente ganó su pasaje de regreso hasta Noruega, trabajando como marinero.

"Sus amigos dicen hoy que siempre se le encontraba escribiendo en su pobre cuarto del lado oeste de la ciudad. Y luego, en 1893, se publicaron en Noruega sus poemas "Pan", quince volúmenes de versos épicos notables. Ahora, a los sesenta años, vive en Noruega en una propiedad campestre."

Poniendo en contraste las cosas pequeñas con las grandes, el autor de ese telegrama habla también de los... 65 millones de páginas de la obra de Hamsun que han aparecido en veintitrés idiomas; pero la creencia general es la de que los norteamericanos saben poco o nada acerca de esa eminencia literaria. El "World" de Nueva York, lo deplora en estos términos:

"Para la mayoría de los norteamericanos cultos, la concesión del premio Nobel de literatura a Knut Hamsun, será una sorpresa desagradable. Se preguntarán a qué se debe que le hayan desconocido, a pesar de que siempre han tratado (los cultos) de encontrarse al corriente del movimiento literario mundial. Si cada uno de los así decepcionados sujeta a sus amigos a un interrogatorio, podrá encontrar algún consuelo en el hecho de que su ignorancia sobre la obra de Hamsun es casi general. ¿Han cumplido los editores norteamericanos con el saber que tenían para con un país cuyos bosques están rápidamente despoblándose en favor de la literatura, al hacer caso omiso de un autor que el jurado de Estocolmo juzgó digno de los más altos honores?

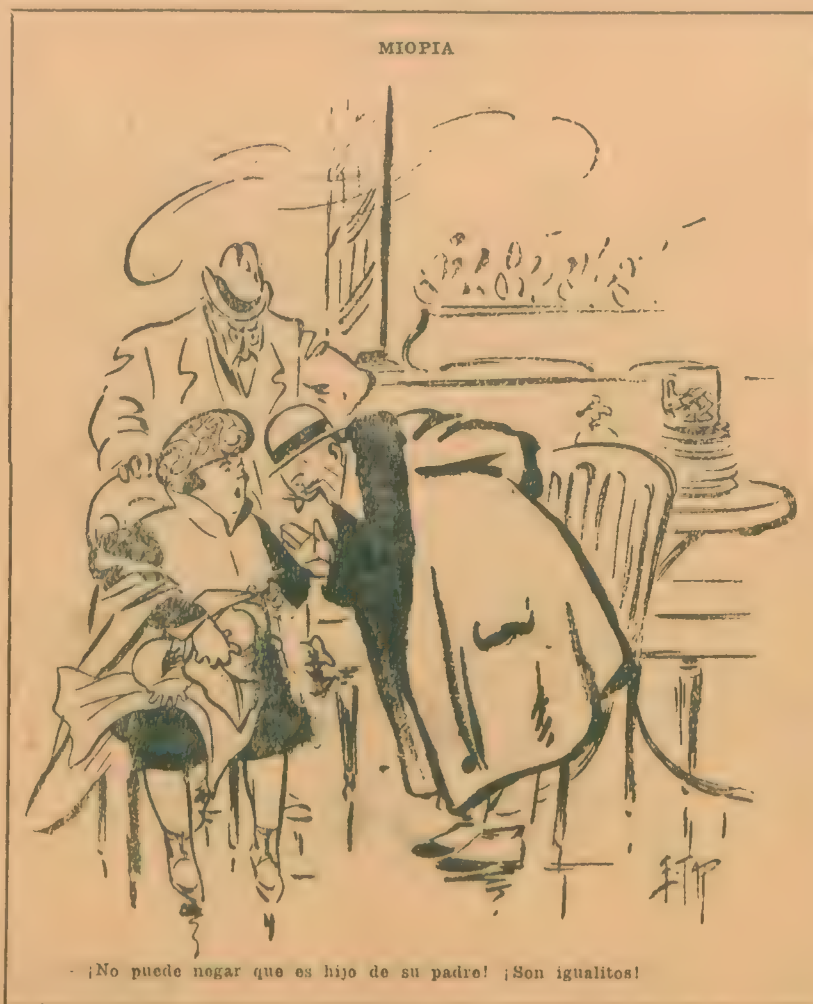
"En años anteriores, cuando los agraciados con el premio Nobel eran proclamados, no había la misma causa de reproches entre los hombres de letras. Por lo menos causaba satisfacción saber que eran personas de renombre mundial ampliamente conocidas y leídas. Sully-Prudhomme, Mommsen, Bjornson, Mistral, Echegaray, Sienkiewicz, Carducci, Kipling, Paul von Heyse, Maeterlinck y los demás, fueran franceses, alemanes, noruegos, españoles, polacos, italianos, ingleses o belgas, no necesitan de presentación entre cierto público culto. Pero en 1916 ocurrió la coronación del sueco Verner Heidenstam, y después de un lapso de tres años, ahora se ha registrado la de Knut Hamsun, el noruego. Evidentemente, si los norteamericanos quieren mantenerse a la altura de su época, es preciso que consagren mayor atención a los idiomas escandinavos, o que pongan en obra a los traductores.

"No es atacar ni al jurado ni al merecedor del premio, declarar que ha necesitado de mucho tiempo la fama de Hamsun para cruzar el océano, aunque su mejor novela, "Hambre", fué publicada desde 1888. Pero desde el momento en que el premio Nobel, de acuerdo con la voluntad de su fundador, debe concederse anualmente "a la persona que en literatura haya producido la obra más notable con tendencias idealistas", es necesario que la pluma de Hamsun haya en años recientes creado algo que le coloque muy por encima de sus más distinguidos contemporáneos."

El "Evening Post", de Nueva York, observa que los premios Nobel son el reconocimiento de la mentalidad internacional, más bien que la muestra de la estima en que se tenga a un autor por sus compatriotas. La presente designación en favor de Hamsun ha sido criticada en Inglaterra, donde se estima que debió darse la preferencia a Thomas Hardy. Y sigue diciendo el aludido periódico neoyorquino:

"El único escritor inglés que ha recibido el premio Nobel ha sido Rudyard Kipling, y parece casi perverso a la mentalidad inglesa que el autor de "Barrack Room Ballads", sea tenido en mayor estima que el creador de "Tess of the d'Ubervilles". De acuerdo con las cláusulas del testamento de Nobel, el premio se concederá "a la persona que haya producido la más grande obra, con tendencias idealistas, en el mundo de las letras". Esto es suficientemente vago para excusar las fantasías de los jurados, que han hecho punto omiso de Anatole France para premiar a Sully-Prudhomme, que han descubierto a un novelista tan vulgar como Paul Heyse, al mismo tiempo que omitían a Henry James y a D'Annunzio. La lista de los agraciados con el premio Nobel de literatura, es un reflejo de la mentalidad internacional europea. Los nombres que figuran en esa lista, son los de autores que gozan de una amplia reputación continental, más bien que de aquellos a quienes en más alta estima tienen sus compatriotas."

MIOPIA



¡No puede negar que es hijo de su padre! ¡Son igualitos!

Por el mundo del misterio

El secreto de Krupp

Viajando el hijo de Krupp, el célebre inventor de los famosos cañones alemanes, bautizados con su nombre, con la emperatriz de Alemania, madre de Guillermo II, se originó durante el viaje entre las damas del cortejo una conversación en la que salieron a relucir las ciencias ocultas, los misterios de los sueños y la vida del más allá.

—Estoy segura—exclamó la emperatriz dirigiéndose a Krupp—que usted, hombre práctico por excelencia, se reirá escuchando tales supercherías.

—No lo crea vuestra majestad—contestó Krupp.—Oigo a estas damas con la mayor atención, porque mi padre era no sólo un entusiasta del ocultismo y de los fenómenos espiritistas, sino que él aseguraba, y así lo refería a todo el mundo, que la fórmula definitiva para la fabricación de los cañones, la descubrió en circunstancias muy originales y extraordinarias.

—¡Cuéntelo, cuéntelo!...—le replicaron a una las aristocráticas señoras, que escucharon sus palabras.

—Mi padre tenía la obsesión del problema de los cañones de acero, hasta tal punto que se pasaba los días enteros trazando rayas y números y hasta hablando solo. Adonde quiera que iba llevaba su libreta de notas, de la que no se separaba un momento. Tuvo necesidad de hacer un viaje en ferrocarril, precisamente; tomó un reservado, sacó su cartera y, después de haber tratado en vano de resolver el problema como de costumbre, quedóse profundamente dormido. Su lapicero y libreta de notas habían quedado sobre el asiento, a su lado.

Cuando despertó, algunas horas después, quedó grandemente sorprendido al encontrar cubiertas de cifras varias páginas del carnet, que estaban antes en blanco. Eran problemas en los que se hallaba resuelta la fórmula que tanto le había preocupado.

—¡Bien, bien!

—Su espíritu había funcionado durante el sueño.

—No. Mi padre creyó siempre que aquella revelación era obra de los espíritus o dioses protectores de Alemania, que su mano no había anotado los cálculos exactos que aparecieron a su vista como por encanto, y que nadie, a no ser un alma del otro mundo, podía haberlos resuelto con tal exactitud.

PARACELSO.

PUCHITOS

En los Estados Unidos hay un teléfono por cada ocho habitantes.

En la convención republicana de 1860, en lá que fué elegido Lincoln presidente de los Estados Unidos, se presentaron ocho candidatos. En el acto de proclamar los candidatos no hubo discursos.

"Libreto" es una palabra italiana, que significa literalmente "libro pequeño". Generalmente se aplica al texto de las obras musicales.

La rosa es la flor simbólica del estado de Nueva York.

Sir Thomas Lipton nació en Glasgow el 10 de mayo de 1850 de padres irlandeses.

La biblioteca más grande del mundo, por el número de sus volúmenes, es la Biblioteca Nacional de París.

Melbourne, Australia, es la ciudad que tiene mayor tráfico ferroviario del mundo. En sus estaciones circulan diariamente más de 1.000 trenes.

Según el boletín de julio del Instituto Internacional de Agricultura de Roma, que tenemos a la vista, el primero de abril de 1920 había todavía ciento cinco millones de quintales de trigo y de centeno dispuestos para embarque en los países exportadores; a saber: sesenta millones en Norte América, treinta y dos millones en Sud América y trece millones en Australia. Los países importadores necesitan desde abril hasta la recolección de sus cosechas respectivas unos ochenta y cinco millones de quintales. Las existencias el primero de abril eran, por lo tanto, suficientes no sólo para dar abasto a las necesidades hasta la recolección en el hemisferio del Norte, sino para dejar un superávit hasta la estación venidera. Según las cifras citadas, ese sobrante sería de veinticuatro millones de quintales en agosto primero de 1920, y quizá mayor.

El Instituto pronostica que en la próxima estación tendrá Europa una buena cosecha. No se cree que Rumanía sea un factor importante la estación venidera, y en cuanto a Rusia, no hay medio de determinar sus posibilidades. La India inglesa, sin embargo, ha tenido este año una cosecha mayor que el año pasado, y en los Estados Unidos se cuenta con que la cosecha sea menor que la de 1919, pero mayor que el promedio de las de los años anteriores a la guerra, y se cree que el sobrante exportable de la América del Norte será mayor que el año pasado.

El enorme desarrollo de la industria de seda ha ido acompañado de un aumento de precio de la seda en rama y del de las telas ya acabadas. En los últimos cincuenta años, a la vez que las importaciones de seda en rama han subido hasta ser unas cuarenta y cinco veces lo que eran al comienzo de ese período, el valor se ha multiplicado unas setenta y tres. En 1874 la seda en rama valía a tres dólares la libra y en 1919 había subido a ocho dólares la libra. A principios del corriente año, con motivo de la fuerte demanda de seda en rama y de las tretas de los importadores que las tenían en existencias, subió el precio a 18 dólares la libra. Este precio ha bajado en unos cuantos dólares de resultas del trastorno financiero que ocurrió en el Japón, pero ese precio se considera pasajero. El rendimiento de seda en rama del mundo entero apenas basta para la demanda, y el coste de la mano de obra necesaria para sacar la seda del gusano va subiendo continuamente. En realidad el costo de la mano de obra determinará en lo futuro el precio de venta del producto acabado, pues es considerable la labor a mano que requiere la producción de seda.

Al mes de incubado, y después de haber crecido hasta el tamaño de unos ocho o nueve centímetros, el gusano de seda comienza a formar su capullo. Este interesante proceso lo ha descrito alguien como sigue:

"El líquido de la seda, en forma de mucilago claro, sale por la boca en dos fibras que se secan con el aire y se unen y forman el filamento de seda. En tres días queda formado el capullo, que es duro, fuerte, de forma ovalada y de 25 a 40 milímetros de largo y con paredes de menos de medio milímetro de espesor. Está lleno de un hilo continuo y firme. A los quince días de formado el capullo, sale la oruga convertida en mariposa, después de haberse transformado en crisálida. El ciclo del primero al último estado es de menos de sesenta días".

Al salir la mariposa del capullo rompe el filamento de seda por tantas partes que lo hace inútil para devanarlo. Para evitar eso, a los pocos días de formados se ponen todos los capullos, salvo los que se quieran para reproducción, en hornos a propósito, con lo cual quedan muertas las crisálidas. Luego se sacan los capullos, perdiendo dos terceras partes de su peso, y después de ablandarlos en agua caliente se hace el devanamiento cuando se cree oportuno.

El proceso del devanamiento es muy engorroso. Se necesita un kilogramo y tres cuartos de capullos, o sea 2750 de ellos, para medio kilogramo del filamento de seda. Tan sutil es este filamento, que han de devanarse muchos capullos para formar una hilaza de seda bastante fuerte para utilizarla en la industria. El número de filamentos que suele tener un hilo es de cinco o seis, pero varía de tres a catorce, o más, según sea el fin para que se quiera el hilo.

No hace más de veinte años que se les cerraba el paso de calles y parques de los Estados Unidos a los automóviles, por considerárselos como amenaza a la vida de los transeuntes y a la seguridad pública en general. Hoy día la industria del automóvil es la mayor productora de productos acabados del país, pues arroja un rendimiento total, incluso los accesorios, de unos 4.500 millones de dólares al año.

La mejor seda cruda se fabrica en máquinas devanadoras al vapor, pero en Asia muchas máquinas son todavía movidas a mano. Hace muchos años que en la China y el Japón el devanado de la seda era una industria doméstica, pero los japoneses pronto copiaron los métodos europeos y gracias a esto pueden producir seda en rama de tamaño más regular y de menos defectos que devanándola por los métodos primitivos. En China hay también gran número de devaneras al vapor modernas. El devanado requiere gran pericia y habilidad. Muchos años tarda una muchacha en adquirir experiencia en este arte, y sin embargo, en Italia antes de la guerra no se les pagaba a las trabajadoras más que 30 centavos diarios cuando más, y en el Oriente los jornales eran mucho más bajos. Se ve, pues, que si se les fuera a remunerar su trabajo a los obreros, aun en los establecimientos que emplean los métodos más modernos, según la escala de salarios de los Estados Unidos, los precios de los géneros de seda subirían muchísimo.

En la China se devana todavía gran cantidad de seda en las casas con los utensilios más primitivos. Hasta los chicuelos de tierna edad hacen el trabajo, permaneciendo sentados por horas y horas dándole vueltas a una manivela y desenvolviendo la seda de los capullos. Los "tsatlees" chinos se devanan a mano, de capullos criados en los domicilios de manera que no se ahoga la mariposa. Como el devanamiento ha de hacerse con gran rapidez, antes de que salga aquélla, muchas sedas resultan por fuerza irregulares, si bien tienen un brillo muy bonito y son muy elásticas. La mayor parte de esa seda devanada a mano hay que redevanarla antes de poderla emplear en el comercio.

En el Japón las fábricas de tejidos son las que dominan la cría del gusano de seda. Son ellas las que distribuyen los huevos, intervienen en los métodos y procedimientos que se emplean y compran los capullos. Tanto en Francia como en Italia se presta más atención aún a la industria. En Francia la cría de los capullos la llevan a cabo los campesinos en la parte meridional del país. Marsella es el mayor mercado de capullos de Francia y el segundo de Europa, siendo Milán el primero.
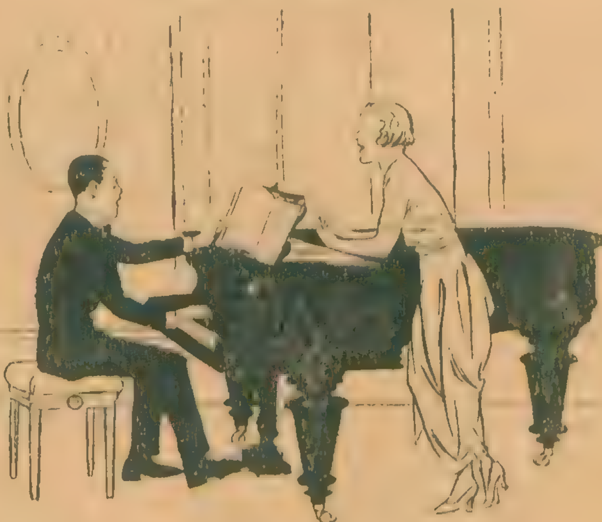
Además de la seda que devanan de los capullos criados dentro de sus respectivos límites, Italia y Francia, particularmente Italia, devanan seda de capullos criados en otras partes de Europa y en el Oriente. Italia normalmente importa cuatro millones y medio de kilogramos de capullos, y Francia de 1.800.000 a 2.260.000 kilogramos. El Japón importa 900.000 kilogramos de capullos, principalmente de la China.

Acaba de perfeccionar cierta compañía fabricante de automóviles una cerradura que, según cree aquélla, es la más a prueba de robo que hasta ahora se haya vendido. En quince minutos puede instalarla el dueño mismo del automóvil, pues no se requiere ninguna pericia mecánica. Traba el coche de modo que no puede llevárselo nadie. Se mete una llave en la cerradura, se le da una vuelta, y esto basta para que queden trabadas firmemente las ruedas de atrás. La plancha principal y el pestillo que recibe la tensión son de hierro dulce y no pueden romperse. El invento ha sido patentado debidamente. Es un accesorio necesario en el equipo de un automóvil. Cada vez son más frecuentes los robos de automóviles en todas partes, y a los muchos accesorios que se han fabricado para evitarlo, viene la nueva cerradura a sumarse, para contento de los dueños de automóviles.

La China, que por mucho tiempo ha sido el centro mundial de la industria de la seda, envía a los Estados Unidos principalmente telas "pongee" tejidas con seda Tussak morena, que no puede blanquearse.

La base de abastecimiento del ejército en Brooklyn, Nueva York, pasa por ser el almacén más grande del mundo. Fué construído con arreglo a un plan diseñado que permitiera el manejo de 15.000 cargas de furgón o sea de 350.000 toneladas de carga cada treinta días. La planta cubre un área de cerca de cuarenta hectáreas y media. Hay 24 kilómetros de vías de ferrocarril que permiten el almacenaje de 1300 vagones de carga. Hay también 2440 metros de muellaje que permiten cargar a un tiempo doce trasatlánticos de carga. Los edificios que constituyen esta unidad son de nueve pisos; los dos edificios principales tienen 61 metros de ancho y 299 ídem de largo y metros 73.20 de ancho y 299 de largo, respectivamente, y hay también tres cobertizos de dos pisos para el traslado de la carga, llamados también almacenes de muelles, de metros 15.25 por 442.

COMO FANTASMAS



—Constantemente me persigue el recuerdo de esas canciones antiguas.
—¡Naturalmente! ¡Las asesinaste tantas veces!

MANERAS DE HABLAR



—En el cuarto piso tengo una pieza de cuarenta pesos.
—¡Es mucho! ¿No tiene algo más bajo?
—Sí; en el tercero, una de cincuenta.

Caminito adelante...

Para FRAY MOCHO.

Caminito adelante,
nos hemos ido en la estival mañana,
hasta el rincón fragante
de la quinta cercana.

Bajo el sol luminoso,
nos fuimos, caminando.
Delante de nosotros, una moza y un mozo
asidos de la mano, iban cantando...

Y era un bello momento,
en que lejos de todas las materiales cosas,
ante la mañanita florecida de rosas,
sentíamos un simple e inefable contento...

Teníamos no pocas
ganas de corretear por el camino,
y la paz del ambiente campesino
herir con las sonoras risas locas!

Tenderse sobre el verde de los prados
para gozar de la estación florida...
oh, instantes bien hallados,
en que viviendo humildes, ignorados,
el corazón cantaba su canción a la Vida!

Julio C. VIALE PAZ.

RAC-RAC-RAC...

Rac... rac... rac!

Unas nubecillas blancas que cubrían la luna se desgajaron como jirones de gasa y un rayo de luz se quebró en las verdosas aguas del estanque.

Ellas abrieron desmesuradamente sus redondos ojillos, un poco asustadas, y cesaron en su canto.

El rayo de luz describió un círculo y luego como una estela que cruzara el estanque.

Las ramas del sauce se balancearon al impulso del vientecillo y sus extremidades se mecieron en el agua agitándolas suavemente.

Entonces ellas, que son asustadizas, se replegaron un poco, y en un rápido impulso de resorte, extendiendo las patitas posteriores, se lanzaron al agua. ¡Chaf! ¡chaf! ¡chaf!... hasta cinco.

Al hundirse en las aguas, con la luz lunar, fué como un juego de argollas de plata que se ensanchaban hasta tocar los bordes de la balsa. Luego, la superficie tersa, lisa, como un cristal.

Ellas eran cinco. No tenían nombre que las distinguiera unas de otras; sólo la mayor, que llamábase Taki y era la madre de las otras. Entre las ranas es costumbre que todos los hijos tomen el nombre del padre, hasta la esposa. Taki tuvo cuatro hijos, que son los que junto con su madre acababan de hundirse en el estanque asustados por el ruido que produjeron las ramas del sauce al rozar las aguas.

Una vez en el fondo del estanque y ya en su mansión—una magnífica caverna toda ornada de musgo y plantas acuáticas,—sentáronse a su puerta, y en vista de la tranquilidad reinante discutieron la conveniencia de salir de nuevo a la superficie.

El más pequeño de los renacuajos—que por ser el menor era el más inexperto y atrevido—optó con voz chillona por regresar tranquilamente a reanudar su canción a la luna. Pero Taki, que velaba con indecible amor por la seguridad de sus hijos, decidió ir antes ella a explorar el terreno. Y, diciendo, comenzó a nadar hacia arriba.

Pero entonces sucedió una cosa insólita. Por el centro del estanque iba descendienlo como un hilo de plata, fino y reverberante, y a su final aparecía una motita roja, de un intenso rojor de sangre.

Taki nadó con ímpetu y se dirigió hacia él.

Los ocho ojillos de sus hijos estaban fijos en ella. Taki se acercó, y cuando tuvo el puntito rojo a su alcance mordió con fuerza.

Los cuatro renacuajos rieron estrepitosamente. ¡Oh, qué valiente y qué buena era su madre! Sin duda aquello era un dulce manjar que pronto saborearían. Y miraron de nuevo.

Taki, pendiente del hilo de plata, braceaba desesperadamente y aquél se elevaba, arriba, arriba, hasta desaparecer de las aguas, y tras él Taki, en su último y desesperado esfuerzo.

Fuera de las aguas se oyó una algarabía de voces y como gritos de victoria, risas, carcajadas.

Fueron unos momentos de indecible angustia. Nadie hablaba. Luego, cual si se sintieran impelidos por una misma fuerza, avanzaron los cuatro, uno tras otro, nadando hacia arriba.

Asomaron las cabezas con precaución; finalmente saltaron al borde.

Un grito de angustia salió de sus pechos; la sangre se heló en sus venas.

Allí, en un informe montón, aparecía la verde y rameada piel de su madre y, aun palpitantes, las rojas entrañas.

Se alinearon en la orilla, junto a los venerados despojos, y lanzaron al aire doloroso, desgarrador, su ¡Rac... rac... rac!...

En aquel momento, de nuevo las ramas del sauce rozaron las aguas, agitándolas levemente.

Pero ellas no se movieron, despreciando el peligro, cual si no les importara ya vivir, y en la quietud de la noche se oyó su intenso croar:

¡Rac... rac... rac!...

Luis G. MANEGAT.

DEMOSTRACIONES





Aspecto del banquete ofrecido por el director de nuestro colega "La Razón", doctor José A. Cortejarena, al distinguido periodista español, don José Francos Rodríguez, con motivo de su regreso a España. La cabecera de la mesa ocupada por los señores Francos Rodríguez, Cortejarena, Seguí, Saporitti, Correa Luna, Diosdado y otros caballeros de la redacción del citado diario.



Banquete de despedida a los marinos del acorazado Roma, servido en el salón "Augusteunm" y organizado por la Federación de las Sociedades Italianas.





Vista parcial del salón del Prince George's Hall, mientras se realizaba el banquete en honor del comisario de policía, señor Antonio Domínguez, con motivo de su brillante actuación al frente de la comisaría de la sección 6.ª En círculo: el obsequiado.



ALREDEDOR DEL MUNDO



LA AVIACION FEMENINA.— La esposa del presidente electo de los Estados Unidos, señora de Harding (derecha) y su huéspeda la señora de Creager, disponiéndose a realizar un vuelo en un aeroplano naval.



LA VIDA EN EL JAPON

El baño del sábado por la noche en un hogar humilde



CAPRICHOS DE LA MODA

Un modelo de sombrero para auto, popular en Francia



Una escena en el reino de las flores. Damas en oración.

MARPLATENSES



Afluencia de veraneantes en la Rambla desafiando los rigores del sol de mediodía.



Inauguración del pabellón ''La Brava'', acto que se festejó con un almuerzo, en cuyo sitio de honor aparecen el senador nacional doctor Gallo, el comisionado municipal de Mar del Plata, señor Leopoldo Gard y los doctores Castelú, Ahumada y Sojo.



Escenas proximas a desaparecer. En las rocas, aún se cuecen camarones.



En el aristocrático ''Ocean Club'', a la hora del aperitivo.



Los esposos Llorente y el señor Martín W. Ardanar.

Fots. Bonnin.

ASUNCIÓN (Paraguay)



Cabecera del banquete ofrecido por el canciller paraguayo al ministro de la República Oriental del Uruguay, señor Silva y Antuña, con motivo de su marcha del país. El ministro uruguayo pronunciando su discurso, junto al ministro de guerra, coronel A. Chirife, y el senador don Eduardo Schaerer, situados a su izquierda.

NUEVOS BACHILLERES



Alumnos egresados en 1920 del Colegio Internacional de Olivos. — 1.ª fila, sentados: Antonio Belgiorno, Juan M. Ferrari, Sandalio Soto. — 2.ª fila, sentados: Luis A. Giudice, José S. Cristóbal, Edgardo Castello, Mario J. Buschiazzo, Dr. Francisco Chelia, director del colegio; Roberto Lambertini, Antonio Chelia, Julio M. Muzzio. — Ultima fila, de pie: Nestor G. Boccini, Gregorio Rojo, Germán Ziclis, Teobaldo Garibaldi, Julio O. Fassina, Alfredo Iramain, Francisco D. Barlaro, Benigno García Ayala, Luis A. García Tejeiro.



LA RADIOTELEFONIA COMO DIVERSIÓN

En los Estados Unidos muchos jóvenes se divierten mandando y recibiendo mensajes, con lo cual adquieren una práctica que les resulta muy útil.





















1—Jimmie Cándido, cuyo equipo de 2.800 dólares envidian todos los aficionados.

2—Cualquier niño puede recibir mensajes; para transmitirlos hace falta un permiso del gobierno.

3—Ya no es necesario asistir a un concierto, para oirlo.

4—La última novedad: hablar desde el auto, por teléfono sin hilos.

5—Los miembros del Radio Club, bailan, aunque la orquesta se halle distante.

6—El Radio Club recibe mensajes desde Guatemala y Dakota.

7—Los miembros del Radio Club reciben y transmiten los mensajes, gratuitamente, por el solo placer de hacerlo.

8—Cada estación está designada por una combinación de letras.

9—Una instalación de aficionados. La "2RV".

10—El descubrimiento de que los árboles pueden servir de antenas ha causado agradable sorpresa.

Nota social



Señorita Bellina Rodríguez Larreta

Fot. Witcomb

DE PUENTE DEL INCA



El guarda.—"¡Puente del Inca, señores!"



Las canchas del lawn tennis al pie de los Andes



Un grupo de pasajeros recién llegados, relatando las impresiones del viaje.



Mirando cómo sube el tren la cuesta del Inca.

"FRAY MOCHO" EN GENERAL RODRIGUEZ



Romerías españolas. — La comisión de fiestas, las autoridades locales y el representante de la Sociedad Italiana, momentos después de la inauguración de las romerías



Los esposos Manuel G. Boyer y Justa G. de Boyer, rodeados de su familia, después de la fiesta familiar con que celebraron sus bodas de plata matrimoniales





EN "CHURRINCHE FARM"

Dos instantáneas tomadas en este pintoresco sitio, durante el pic-nic recientemente efectuado por los empleados de la casa Casares Hermanos y Cía.

BELLEZAS DEL CINE



1—Diana Manners, la más célebre belleza inglesa, que está en camino de ser una estrella cinematográfica de gran magnitud.

2—Elsie Ferguson, famosa como actriz de cine y de teatro.

3—La más popular de las estrellas: Mary Pickford.

4—Mercy Hatton, famosa en el teatro inglés, se dedica actualmente al cine.

5—Josephine Earle, la estrella favorita de los ingleses.

6—Grace Davison, que dirige su propia compañía.

7—Madge Kennedy, que divide su tiempo entre el cine y el teatro, triunfando en ambos espectáculos.

8—Mary Odette, popular estrella inglesa.

9—Ursula Hughes (a la izquierda), actriz inglesa, y Elaine Hammerstein (en círculo), estrella americana.

10—Anita Stewart (en círculo), considerada por muchos como la más bella mujer del cine. Madge White (a la derecha), que goza de la misma fama en Inglaterra.

11—Una de las actrices más jóvenes de Inglaterra, Judd Green, comenzó a trabajar a los doce años.

12—Mary Miles Minter, la niña mimada del cine.

13—Rubye de Remer, según algunos la más bella mujer de los Estados Unidos.

14—Cora Coffin, que acaba de filmar su primera cinta en Inglaterra. Debutó en el teatro a los diez años.

LA EMIGRACIÓN A LOS ESTADOS UNIDOS

233.000 inmigrantes llegaron a Nueva York en tres meses





















1. — Una viuda belga y su hijo, de paso para California.
2. — Una familia armenia, que se establecerá en Lawrence.
3. — Familia italiana, que permanecerá en Nueva York.
4. — Una pintoresca rusa contemplando la tierra de promisión.
5. — Judíos polacos, que se reunirán con sus parientes de Chicago.
6. — Una pareja de Berlín. El hombre es un experto zapatero; se dirijen a Indiana.
7. — Mujeres checoeslovacas, que probablemente se emplearán como sirvientas.
8. — Comisario Federick A. Wallis, con un niño francés.
9. — Familia serbia, que piensa establecerse en Akron.
10. — Agricultores de Rotterdam, que cultivarán una granja en Minnesota.


Jazmin
Parfumerie théâtrale
Polvo graseoso de Leichner
POLVO GRASEOSO
DE
LEICHNER



Cosas del cine, que no se ven en el cine

FRANCE, ADAPTADO AL CINE

Recientemente ha sido estrenada en Buenos Aires una cinta de producción francesa, cuyo argumento era el de la célebre novela del gran ironista francés, el maestro Anatolio France, "La azucena roja".

La cinta no obtuvo el éxito que se esperaba. La obra de Anatolio France, en su edición cinematográfica, era vulgar, gris, falta de interés, y huérfana de valores artísticos.

¿A qué se debía?

¿Es que los adaptadores, procediendo con una libertad que el abuso ha autorizado, aunque haya sido protestada incesantemente por la crítica sensata, han modificado la obra según su capricho, falseando las concepciones de Anatolio France?

No. No es eso.

El argumento, antes de ser filmado, fué sometido al criterio de France y, el célebre novelista no sólo lo aprobó sino que tuvo frases de elogio para los adaptadores.

La acción de la novela ha sido respetada, no se la ha modificado. Hasta tal extremo ha llegado el puritanismo de los adaptadores que renunciaron a redactar los subtítulos, empleando como epígrafes, fragmentos del texto de France. (Sea dicho entre paréntesis, si los adaptadores procedieron con sumo tacto, la empresa editora no obró con la misma pulcritud, pues encomendó la traducción castellana del texto a una persona inhábil, que incurrió en numerosos errores y galicismos).

Si el poco éxito, no es la culpa de los adaptadores ¿depende quizás de la labor de los intérpretes?

Tampoco.

Los intérpretes, sin realizar nada extraordinario, resultan discretos. Culparles a ellos del poco éxito de la obra fuera una injusticia evidente.

Tampoco puede acusarse a la dirección. La dirección ha conseguido presentar escenas admirables. Particularmente las vistas de Florencia están tomadas con un gusto exquisito, digno de los mayores elogios.

Si la obra no ha gustado se debe a que, por su índole, la labor de los adaptadores, aun siendo correcta, no corresponde a los méritos del libro.

Las novelas de France son de una adaptación sumamente difícil. Sin duda alguna debieran figurar entre las obras literarias menos aptas para ser trasladadas a la pantalla. Para los que desconocen los inmensos recursos del cine, la adaptación es simplemente imposible.

En el cine la acción es lo esencial. Durante todo el tiempo que dura el espectáculo, vemos realizar actos, y solamente actos.

En las novelas de France, muy al contrario, la acción, el argumento, es lo de menos. La magia de la palabra de France, y la visión qce tiene de la humanidad, visión profundamente irónica, son los elementos que hacen de la obra de France una obra genial que, como la actual, han de admirar las generaciones venideras.

Si al adaptarse una obra de France se prescinde de todo lo que no es acción, es una selección a la inversa lo que se realiza. Se guarda la tierra y se tira el oro.

Sólo el propio Anatolio France, si poseyera los necesarios conocimientos de técnica cinematográfica, o un hombre también genial, podrían adaptar sus libros, sin que salieran perjudicados en la versión cinematográfica.

Por fortuna no puede ofuscar la gloria del genial escritor ningún error cinematográfico que pretenda ampararse con su nombre.

LAS FIERAS EN EL CINE

¿Qué se hicieron de las fieras que antiguamente se exhibían en los improvisados circos de las ferias populares? Hoy el público dedica sus preferencias a las atracciones americanas, que nos hacen experimentar la emoción del peligro y el vértigo de la velocidad. ¿Las fieras qué se han hecho? ¿Qué podían hacer sino refugiarse en el cine?

Los animales más célebres de las más famosas "menageries" se han dignado posar ante el objetivo, y Roose no ha creído rebajarse al trabajar para la casa Lux en la cinta "Petuillard y el oso policial". Hagenbeck, el famoso domador, envió a la casa Gaumont, junto con las leonas Cleo y Victoria, el célebre Menelik, lo que era una cosa fácil.

Es imposible concebir un taller cinematográfico, en la actualidad, sin que se oigan en las inmediaciones los rugidos de alguna fiera.

Machin fué antes de la guerra uno de los que se especializó en las producciones a base de fieras. Había reunido una colección muy variada y numerosa en su establecimiento no lejos de Brujas.

La marca italiana "Film Artistica Gloria" ha reunido, para exhibirlos en la obra "Nerón y Agripina" una docena de leones. Para horrorizar a los espectadores del cine con producciones como "El buque de los leones", "Nelly, la domadora", "Infamia árabe" y muchas otras, la casa Ambrosio, de Turin, tiene dieciocho permanentemente a su servicio.

Pero la casa que bate el record es la casa "Selig y Cía.". En una "granja" de mil ochocientas hectáreas, en Edendale, cerca de Los Angeles (California), el señor William Selig ha reunido la colección de animales salvajes más extraordinaria que pueda imaginarse.

La "Selig" envía al Africa y al Extremo Oriente hábiles cazadores de fieras. Los manda ¡hasta a los polos! Uno de ellos estuvo a punto de morir de hambre, arrastrado durante varios días sobre un madero a la deriva.

Para que los animales no extrañen el país de origen, el parque ha sido dispuesto de una manera admirable. Dividido en varios departamentos, en cada uno el aspecto del paisaje y la vegetación recuerdan las particularidades de las tierras originarias de las fieras que lo habitan. Como se comprenderá, para realizar una obra semejante ha sido necesario gastar sumas fabulosas y emplear el trabajo de un ejército de cazadores.

CÓMO SE IMPRESIONAN LAS CINTAS EN QUE INTERVIENEN FIERAS

Después de elegir el lugar donde se desarrollarán las escenas, los domadores limpian el espacio de fieras, a las que encierran en sus jaulas. Los actores entonces ensayan, y cuando todo está en su punto, entonces se trae a las fieras necesarias, según los horrores imaginados por el libretista.

Mientras la escena es impresionada los domadores, siempre cercanos, aunque no aparezcan en la pantalla gracias a la habilidad de los fotógrafos, vigilan atentos. Son ellos quienes evitan que los imaginarios dramas se conviertan en tragedias reales.

Impresionar cintas en que los leones, los lobos o los leopardos andan sueltos por el bosque, es cosa fácil, sin importancia alguna. Lo difícil es cuando se trata de presentar un tigre saltando en el interior de una habitación, donde está la cuna, o donde la esposa duerme confiada. Lo más trabajoso es acostumbrar al rey del desierto a contemplarse, sin ponerse furioso, reflejado en la luna de un espejo.

UNA ESCUELA PARA FIERAS

Un director de escena francés instalado en los Estados Unidos, el señor Paul Bourgois, ha instalado una escuela cinematográfica para fieras, sobre la cual el doctor Gradenwitz ha dado informes muy curiosos. Salvo cuando se trata de animales de muy mal carácter, el señor Bourgois sólo emplea medios dulces. Por de pronto instala a la fiera en una jaula. Luego todos los días va a visitarla y permanece bastante tiempo en su compañía, realizando movimientos variados. De tiempo en tiempo varía la indumentaria que usa. Así logra que la fiera se familiarice con el traje de saco, el jaqué y todas las prendas de uso corriente. Luego le acostumbra a variar de decorado, haciendo que la jaula donde está encerrado varíe de aspecto. Hoy ofrece la apariencia de un boudoir, mañana de un jardín, de un salón, de un vestíbulo, de una cocina.

Al cabo de un tiempo los animales pierden su carácter salvaje. Entonces es cuando principia la labor "artística" de Mr. Bourgois. Agarrándoles, como quien dice por el hocico, les incita a comer en su propia mesa, y les sirve amablemente en un plato, escalope, o conejo a la cazadora, dándoles a beber leche en su propia taza.

Entonces es simplemente un juego para él enseñar al león a abrir una ventana que da al lugar donde le espera un magnífico rosbif, o la puerta detrás de la que huele el humillo de un pollo. Con este método sorprendente Mr. Bourgois ha llegado a jugar a la mancha con leopardos, y a hacerse perseguir a través de las habitaciones de una casa por leones que no cabían en sí de contentos.



Helen Lynch.

Los trovadores alados

Dos zoólogos franceses hicieron hace algunos años interesantes observaciones acerca del destino de los pájaros cantores. Según ellos, de 20 pajaritos 18 ya perecen en el primer año de su vida y dos o tres solamente llegan a reproducirse en el año subsiguiente. Si reflexionamos detenidamente sobre el particular, veremos que no hay exageración en estas versiones, dada la gran destrucción de nidos, aun cuando sólo sea por otros animales.

Las observaciones hechas en un parque dieron por resultado que de 67 nidos, 41 fueron destruídos por gatos y otros animales de rapiña. El gato es el peor enemigo de los nidos, y si bien en el parque mencionado se le perseguía despiadadamente, no pudo evitarse que devorara el contenido de 18 nidos. Las ardillas, lirones y ratas cooperan en esta destrucción. Son también enemigos de los nidos las comadrejas, las víboras y sus crías.

De estas observaciones se deduce que de 100 pájaros cantores tales como los mirlos, pinzones, frailecillos, ruiseñores, son devorados de 67 a 70 por lo menos: 20 por los gatos, 12 por ardillas y urracas, 10 por lirones, 1 por viboritas y ratas, 8 por víboras mayores, 6 por comadrejas, 3 por aves de rapiña, 1 por erizos, perros zarceros y otros animales. Para los nidos altos en las copas de los árboles son los enemigos más peligrosos las ardillas, urracas y aves de rapiña, mientras los nidos sobre el suelo son destruídos por las víboras y comadrejas.

LOS BRUTOS... BRUTOS

(Tradición boliviana)

por José GUTIERREZ PIÉROLA

Corrían esos tiempos del año 50, en que el "Mahoma boliviano" se enseñoreó en la República. Época luctuosa en que no había garantías y el mandatario era el amo del país.

En esa época, mitad justa de la centuria de los grandes trastornos sociales, gobernaba Bolivia don Manuel Isidro Belzu, que, gracias a su victoria en Yamparaez (Chuquisaca), subió al poder derrocando al presidente general Velasco el 6 de diciembre de 1848.

Belzu, aunque valiente en extremo, era muy raro en sus ideas, siendo el apóstol de las clases bajas del pueblo, como su profeta y enviado del Altísimo para aliviar sus necesidades. Protector de la clase lúbrica o mestiza y de la indiada o aborígena que le rendía culto, rayano en adoración, cual sucedía con el islamita árabe autor del Corán; pero sí, enemigo encarnizado del elemento pensante del país.

Por esta preferencia del presidente por la chusma inconsciente que llegó a envanecerse y predominar, se levantó la clase intelectual, tramando revueltas e infiriendo burlas a su persona... Es en esos períodos lúbricos de la vida de los pueblos, que la moral cae por los suelos y el Derecho resulta una simple bella teoría escrita sin realización, y todo ello, siempre ocasionado por un individuo que cancela toda libertad haciendo reinar el terror y el vasallaje, resultando su capricho ley.

En este estado de cosas, la nación en masa se rebeló contra su primer magistrado. Así: en la capital Sucre, los educandos del colegio "Junín", al saber la llegada del general Belzu, formaron un muñeco grotesco tiznado de hollín que lo representaba en forma cómico-burlesca, y se lo arrojaron a la entrada que hizo a la ciudad. La flagelación de los doscientos colegiales, fué el castigo a esa lisura...

Cochabamba le llevó, también, la contra, resultando la vocera de un gobierno democrático y fulminó el anatema contra el bastardo dirigente, y en represalia saquearon los idólatras del "tata Belzu" (como le llamaban los suyos), las casas comerciales de los ballivianistas que eran la mayoría.

Toda la nación estaba revolucionada.

Refiriéndonos al hecho que nos ocupa:

Era el 6 de septiembre de 1850. Días antes, el coronel retirado don Agustín Morales, uno de los damnificados del saqueo de almacenes de Cochabamba, pidió indemnización al gobierno de 150.000 pesos, suma a la que ascendía las pérdidas de su casa comercial, negándoselo el congreso por fútiles pretextos. Juan Sotomayor y José Siñanes, estudiantes flagelados del colegio de Sucre: estos tres individuos fueron los conspiradores que tramaron el plan de victimar al presidente, con la idea de imitar a Bruto, asesino de Julio César, y hacerse célebres, de este modo, en la historia americana. Parodiando ese suceso de Roma decían: "Seremos como Marco Bruto que mató al dictador romano: nosotros tendremos ese honor dando muerte al tirano de Bolivia y nuestros nombres se perpetuarán en la historia".

Al caer la tarde del tristemente célebre 6 de septiembre, Belzu, como de costumbre, salió a dar su paseo higiénico por la alameda de Sucre, acompañado del coronel Laguna y un edecán. En esto, de improviso se presenta Sotomayor pistola en mano y con la mayor sangre fría dispara un tiro al presidente; el proyectil se incrusta en el maxilar, haciéndole caer de bruces; a su vez Morales le asesta otro tiro que va aplastarse en el occipital, y por fin, Siñanes, con una navaja quiere pasarle a degüello, siendo detenido por el anterior en su intento, quien le hace comprender que ya está exánime. El herido, a gatas pudo llegar hasta la choza de una pobre anciana, quien lo protege y lo cuida; lugar donde más tarde, en acción de gracias, hizo construir una capilla.

¿Y los acompañantes? Como alma que lleva el diablo, tomaron las de Villadiego.

Los victimarios, después de cumplir su cometido, se retiran muy ufanos de la contienda y en sus momentos de paroxismo creen haber conquistado la celebridad y están en la seguridad de merecer el título de "los Brutos" de Bolivia. Verdaderamente: en vez de "Brutos"... sólo resultaron "brutos".

¿Este crimen lo efectuaron por venganza o por imitar a Marco Bruto?— No hemos podido llegar a saber con certeza... pero creemos que por ambos motivos. ¡Lo que es la fatuidad, hermana gemela de la ignorancia!

Así también, muchos años después, el general Hilarión Daza, en Lima, cuando el nefasto 79, en un banquete que le ofrecieron, creyendo hacerlo bien dijo: "...luchemos con valor, y en último caso exclamaremos como el gran Napoleón: todo se ha perdido menos el honor", palabras de Francisco I de Francia que las atribuyó a Bonaparte.

Para concluir, no sabemos qué suerte correrían Sotomayor y Siñanes. El "Bruto" Morales, más tarde, llegó a derrotar al vencedor de su propio enemigo (Melgarejo), y en cambio tuvo su Filipos en el Palacio Quemado (como se le llama a la casa de gobierno en Bolivia), el 27 de noviembre de 1872, victimado por su mismo sobrino Federico La Faye, y esto comprueba una vez más que, quien a hierro mata a hierro muere. ¡Misterics insondables del destino!!

En algún tiempo no se permitía hablar a los barberos cuando estaban afeitando a sus clientes.

Calcúlase que el mar encierra más de 20.000 toneladas de radio.

La temperatura de las flores es grado y medio más elevada que la del aire que las rodea.

Se ha dado el caso de encontrar bacilos tíficos en un individuo, siete años después de haber padecido fiebres tifoideas.

Egipto es el único país del mundo donde hay más hombres que mujeres. El sexo masculino en la tierra de los antiguos faraones excede al femenino en 160.000 individuos.

El lago Superior es la masa de agua dulce más grande del mundo.

El color amarillo de las flores es indestructible; no lo atacan ni los vapores del ácido sulfuroso. Cualquiera puede hacer la prueba con una hierba de la Trinidad, y verá que mientras el color púrpura se consume fácilmente, el amarillo resiste todos los vapores que se le apliquen por malos que sean.

Un solo cuervo destruye al año 700.000 insectos.

En Tahití se cría un hongo que por la noche emite una luz semejante a la de la luciérnaga, y conserva esta propiedad hasta cuarenta y ocho horas después de cortado.

Las tribulaciones de Limpiaplumas

(Cuento infantil)

—No sé por qué dirán los hombres, cuando pasan apuros: "¡Qué vida tan perra!" Yo soy perro, y la vida perra que llevo es una vidita superior, que no cambio ni por la del emperador de la China...

De esta manera pensaba y ladraba un excelente perro grifón, color canela, que tenía de mimado y feliz lo que tenía de feo.

Seis meses llevaba en el mundo nada más, pero seis meses más aprovechados, ¡imposible! Una doncella le daba papilla con azúcar; un criado le llevaba al baño de los perros — establecimiento a propósito donde iban a bañarse todos los perros de las familias mejores de Madrid; — y un marqués nada menos — ¡qué atrocidad! — le sacaba en coche por las tardes y le llevaba a pasear por la Moncloa, la Dehesa de la Villa y la Casa de Campo...

Y el grifón no entendía que pudiese existir vida mejor que la vida perra de los perros. Pero, ¡ay!, no tardó en enterarse de lo equivocado que estaba.

Un día que asomó las narices fuera de la verja del hotel donde vivía, lo cogió un hombre en brazos y se lo llevó a la Puerta del Sol, donde lo vendió por diez pesetas.

¡Y se acabó la buena vida!... Por lo pronto, le llevaron muy lejos, no supo dónde, metido en una caja, en la que no podía respirar. Luego, cuando llegó a su nueva casa, se encontró con que había cinco chicos en la familia todos a meterse con él y a reírsele...

Envolvieron al chico pequeño en el felpudo y le hicieron andar a gatas para demostrar que se parecía al perro, le hurgaron en el hocico para ver qué hacía y, por último, le pusieron de mote "Limpiaplumas"...

"Limpiaplumas" los despreció por no morderlos, y se marchó a conocer las dependencias de la casa para ver si descubría algún rincón donde poderse divertir a sus anchas.

Al entrar en una habitación oyó una voz que chirriaba lo mismo que un cerrojo. Se volvió asustadísimo, creyendo que era la miss, pero era el loro.

¡Hombre, aquello era mejor!... Un amigo con quien divertirse. Y empezó a dar brincos y ladridos; pero el muy... no sé qué del loro le llamó "¡ladrón!", "¡granuja!" y "¡chucho!"... ¡Chucho!... ¡Habráse visto!... ¡A él!

Le fué a dar un manotón para escarmiento, pero se lo dió a la jaula, y la jaula rodó por los ladrillos, y el bebedero se hizo añicos, y el comedero salió, danzando, y el loro, dentro, comenzó a dar aletazos y chillidos tan atroces que toda la familia llegó corriendo, en tanto que "Limpiaplumas" escapaba más corriendo aún que la familia. Conforme huía, pasó por una habitación que le hizo pararse de repente y no pensar en más: "un espectáculo encantador se presentaba ante sus ojos": un cesto de mimbre, todo lleno de ovillos de lana, con los que la señorita de la casa estaba fabricándose una alfombra.

¡Oh, dicha!... Pocas cosas le gustaban a él como aquello de coger un ovillo y sacarle un hilo y tirar...

...Y tirar más...

...Y seguir tirando...

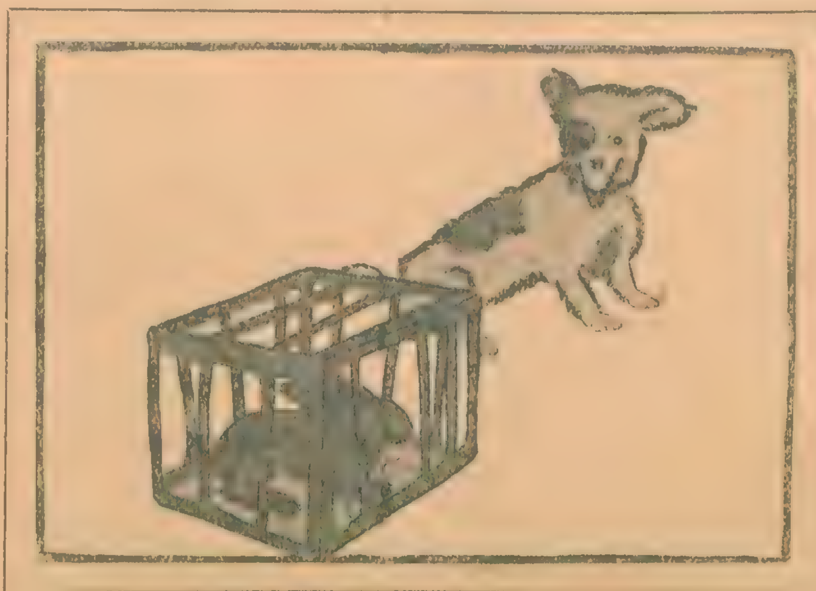
Y...

— ¡Granuja!... ¡Chucho!...

Otra vez tuvo "Limpiaplumas" que salir de estampía. Fuése a la huerta, buscando un rincón de paz, lejos del "mundanal ruido", del loro y la familia, cuando topóse allí con un conejo que, dentro de su jaula, formada por listones de madera, roía unas hojas de lechuga.

"¡Menos mal!—pensó el perro.— Animal de pelo como yo. Me entenderá mejor que los animales de pluma..." Y le dió, muy cortés, los buenos días. El conejo, impávido, siguió sin atenderle, mirándole de reojo, sin moverse, con aire de escama, y encogiendo y contrayendo el hocico como si le picasen las narices. "¿Será de verdad o será de juguete?"—llegó a pensar el perro.—Y como era un hombre de acción, todo lo hombre de acción que suelen ser los perros cuando jóvenes, dió un brinco y agarró una oreja al bicho... ¡Era de verdad! De pura carne y hueso... Y de pura madera la estaca del hortelano, que vino en socorro del conejo, y que hizo salir de la huerta a "Limpiaplumas" más de prisa que había escapado de la casa.

—¡Maldita sea mi suerte!... ¿Qué haré yo que no parezca mal? ¿Por qué me riñen? ¿Por qué me persiguen? ¿Tengo yo la culpa de no saber, a mi edad, lo que se coge y lo que no? ¡Bastante sé para la edad que tengo!... El hijo de mi amo, que había nacido hace seis meses, como yo, no sabía andar, ni oler, ni ladrar. No sabía nada. Y yo, que sé tantas cosas, les parecen pocas todavía... ¡Cuidado que son brutos algunos!... Necesitan aprender las cosas en unos librotes, y encima se creen listos y quieren mandar en todo el mundo... por diez pesetas... ¡Vamos!... ¿Tienen libros para mí, vamos a ver?... ¿Me han dado libros donde diga si se puede o no jugar con los ovillos y si se debe o no hacer esto y lo otro?... ¡Pues, entonces!...



Y mientras iba gruñendo todo eso iba también acercándose, acercándose, al sitio de donde venía un olor riquísimo a chuleta. En la ventana de la cocina tenía la cocinera una chuleta suculenta, puesta al fresco, muy envueltecita en manteca, pan y perejil.

"¡Esta es otra!...—volvió a decirse "Limpiaplumas".—¿Qué debo hacer: comérmela o dejarla?... Cuando la cocinera la tiene en la cocina, señal de que es cosa que se come. Y si se come, ¿por qué no me la como?... Y si no me la como, ¿para qué me han puesto la nariz? ¿Para qué me han puesto la nariz sino para oler las chuletas y saber dónde están y... comérmelas?..."

Aquello era discurrir. Y como el discurrir sirve para saber lo que se debe hacer en el mundo, discurrió primero y después se comió la chuleta...

—¡El chucho ha sido!...—oyó de pronto que gritaba la cocinera... Y aquella fué la situación definitivamente horrible, porque la cocinera con la escoba, por la casa; el hortelano con la estaca, por la huerta; el señorito, que se había quedado sin chuleta, por el jardín; la señorita, decidida a vengar el estropicio del ovillo, por la escalera, y los chicos por todas partes, entusiasmados con aquella diversión de la caza del perro: todos, completamente todos, salieron decididos a cortar el paso a "Limpiaplumas" y a cortarle el resuello de una felpa ejemplar...

Corrió "Limpiaplumas" con desesperación, sin saber por dónde escurrirse; pero de pronto se detuvo, decidido a no correr y a no apurarse; valía más morir que vivir de aquel modo... perro. Y, sobre todo, valía más aprovecharse de la ocasión, que la pintaban calva, según dicen, y que al perro se le presentaba con una calvicie tentadora. La cosa fué que, según iba huyendo, se metió en un cuartucho de trastos viejos y se encontró allí con una lata de petróleo, una lata grandísima, llena de natillas o de crema. Y el grifón pensó que era preferible zamparse el contenido de la lata en vez de andar huyendo de los amos, porque al fin y al cabo terminarían por cogerle y... los duelos con pan son menos. "De perdidos... ¡a la crema!"

Se empinó, apoyó las patas delanteras en los bordes de la lata, estiró el cuello para llegar con la lengua a las natillas y... se volcó encima la lata.

El estrépito sirvió de guía a los perseguidores, que se encaminaron hacia la leonera; pero ¡cuál no sería su asombro al encontrarse por el pasillo un perro que, en vez de correr, venía muy despacio, y que no era "Limpiaplumas"... era un perro blanco, color crema...

La lata de natillas no era de natillas, era de pintura de puertas, y al volcársele encima le había teñido por completo, y le había llenado los ojos de una cosa que picaba y que no le dejaba ver... Así que, resignado, vencido definitivamente, había decidido salir, entregarse a la familia y, ¡fuese lo que fuera, ¡qué le matasen de una vez... o le lavaran!...

Y, ¡mire usted por cuánto! Ahora, que no trataba de huir, no le perseguían, y cuando al fin se enteraron de la verdad, en vez de enfadarse más por un nuevo estropicio, se echaron a reír, le frotaron con aguarrás y le perdonaron todo lo que había hecho.

Y no contentos con aquella limpieza, que le dejó todo lo relativamente guapo que "Limpiaplumas" podía ser, la señorita de la casa le volcó encima medio frasco de esencias para quitarle la peste a bencina y hasta se pelearon los chiquillos por peinarlo.

"¿Hay quién lo entienda? La vida perra consiste, por lo visto, en no saber jamás cómo van a tomar los demás lo que uno hace... Se pone uno a jugar, y se enfurecen... Y, en cambio, se lía uno la manta a la cabeza, se decide a cometer disparates en gordo y... se ríen. ¡Vaya usted a entender a las gentes!... ¡Qué condición más perra de hombres!..."

Y "guau, guau", este cuento se ha "acabau".

PIM-PAM-PUM.

El invento de Blasco de Garay

Casi tres siglos antes de que el sabio Fulton lo inventase en los Estados Unidos de Norte América, un marino español concibió la idea de impeler un barco mediante la fuerza motriz del vapor. No creemos que el público, en general, tenga noticia de tal hecho, que honra, singularmente, a la nación española, no tan conocida en sus glorias como merece de propios y extraños.

En 1543, el oficial de marina a que nos referimos, llamado Blasco de Garay, hombre de ciencia y explorador intrépido, consiguió tras las inevitables gestiones laboriosas, que el emperador Carlos V se dignara nombrar la correspondiente comisión para examinar una propuesta que había presentado y en la que su autor tenía verdadera fe.

Aludía la propuesta a cierta máquina "por medio de la cual sería impelido un barco, sin auxilio de velas ni remos". Seguro el inventor de la excelencia de su artificio, preparó para ensayarlo, en el barco mercante llamado "La Trinidad", "del porte de 600 carrnes", así dice un documento de la época existente en el archivo de Simancas, y que reprodujo el erudito don Martín Fernández de Navarrete, en su obra "Colección de los descubrimientos hechos por los españoles".

Las pruebas oficiales verificáronse en Barcelona, el día 17 de junio de 1543, en presencia de la comisión presidida por Rabago, tesorero mayor del Reino, de diversas personalidades y de muchedumbre de curiosos.

"Luego que hicieron la señal — leemos — se puso el barco en movimiento, caminando hacia delante, volviendo ya a un lado, ya a otro, según la voluntad del timonero, y volviendo al punto donde partió, sin velas, sin remos y sin ningún mecanismo visible, excepto una inmensa caldera de agua hirviendo y una complicada combinación de ruedas por dentro y de palas gigantescas por defuera".

Gran entusiasmo produjo el experimento, casi prodigioso, y la multitud, incluso los comisionados, aplaudieron al ilustre Blasco de Garay. Informaron favorablemente del suceso a Carlos V; pero Rabago, por causas no del todo esclarecidas, mostróse en cierto modo, hostil al invento, aunque tuvo buen cuidado de no negar su ingenioso alcance. Alegó que el artificio en cuestión pecaba de complicado, por lo cual exigiría reparaciones tan costosas como frecuentes; pero el barco no caminaba más de una legua por hora, y menos cuando llevase carga; que la caldera constituía un serio peligro, porque podía reventar, etc., etcétera. En resumen: la tradicional oposición a todo lo nuevo y atrevido científicamente; la ignorancia, la mala fe o la oficiosidad cortesana, venciendo una vez más al utopista y soñador de hoy, genio radiante de mañana...

Blasco de Garay no tuvo esta fortuna. Su invento quedó abandonado, sepultado en la indiferencia y la falta de respeto de sus compatriotas. Mas que revestía importancia, lo prueba no sólo el resultado del experimento, sino la iniciativa regia, solícita con el inventor. Carlos V promovióle al cargo de "capitán de alto bordo" y dispuso que además de abonársele todos los gastos causados con ocasión de las pruebas de la máquina de vapor, se le diese un premio, en metálico, de dos millones de maravedíes, cantidad equivalente a setenta y seis mil reales de vellón, y que en aquella época no dejaba de ser considerable.

E. KISS.

PARA LAS DUEÑAS DE CASA

Belleza e higiene

Con frecuencia se observa que después de un largo viaje aparecen los ojos rodeados de arrugas, motivadas ya por la fatiga que han experimentado mirando a este o aquel paisaje, o por haberlos tenido entornados mucho tiempo para evitar la brillantez de la luz solar. Para librarse de dichas arrugas es preciso acudir al masaje diario y aplicar una buena crema para el cutis. La manera de proceder es lavar rápidamente, estirando después cuanto sea posible la piel del ángulo exterior del ojo con dos dedos de una mano y frotando con un dedo de la otra mano untado en la crema sobre la piel estirada. Después de un masaje prolongado se limpia la crema sobrante e inmediatamente se lava con agua fría, secando después la piel, golpeándola suavemente con las yemas de los dedos.

Para devolver a las mejillas su color rosado no hay más que golpearlas con una muñeca de piel de gamuza y hielo machacado. También se recomienda un masaje con las puntas de los dedos recubiertos de franela blanca.

Para refrescar la cara después de un día muy caluroso se aplicará un poco de una loción compuesta de 1 onza de agua de azahar y de 1 ½ onza de agua destilada. También se pueden aplicar unos polvos de almidón blanco mezclado con raíz de iris o bien de arroz molido muy fino y mezclado con ácido bórico pulverizado.

Durante el tiempo caluroso, la mejor loción que puede recomendarse para el cutis es la leche condensada sin azúcar, con la que se debe untar bien toda la cara, cuello y garganta, frotando mucho con la mano.

El enrojecimiento de la nariz obedece, las más de las veces, a llevar el corsé muy apretado; pero no siendo ésta la causa es preciso atender el estado general de la salud. Convendrá depurar la sangre y regularizar el funcionamiento intestinal, tomando durante unos días un buen laxante. Cuando exista inflamación se evitará tocar la nariz, y en la seguridad de que el enrojecimiento no proviene ni del corsé apretado ni de la mala salud, conviene hacer lavados con agua templada a la que se habrá añadido un poco de agua de Colonia. Después de este lavado de cinco o diez minutos de duración, se aplicará crema de toilette y al cabo de diez minutos se quitará con un paño frío, y se darán polvos. La garganta se conserva blanca, al igual que la cara, lavándola primero con agua templada y frotándola después con un compuesto de crema pura y jugo de limón, a partes iguales. La crema nutre la piel al paso que el limón la blanquea.

Para impedir la caída del pelo es esencial conservar la piel limpia mediante lavados con agua, no llevarlo demasiado largo y cepillarlo por la noche y por la mañana con cepillos bastante fuertes.

Muchas son las sustancias que se recomiendan para el lavado del cabello, siendo las más eficaces la soda y el jabón, pero es preciso tener cuidado con el inmoderado uso de la primera que puede resultar perjudicial, así como con secar muy bien cuando se ha empleado el jabón.

Una buena composición que abrillanta el tinte del cabello y es en absoluto inofensiva es la siguiente:

Esencia de verbena...... 5 gotas
Tintura de palo de jabón. 30 gramos
Alcohol de vino rectificado 30 gramos
Carbonato amoníaco...... 3 „

Añádase agua de lavanda hasta completar 250 gramos.

La frescura del color de los labios resulta encantadora siendo natural, y aún siendo su color pálido es más agradable a la vista que el efecto producido por las preparaciones para dar color. Una composición que puede emplearse sin inconveniente ni perjuicio alguno para refrescar los labios es la loción de agua de rosas y glicerina mezcladas a partes iguales.

En cuanto a los dientes, el principal cuidado que hay que tener con ellos, es el limpiarlos con cepillo todas las noches, lo que hace desaparecer todas las partículas de comida que no sólo atacarían la dentadura sino que también infestarían el alimento. El cepillo de dientes deberá ser suave y sus púas no muy largas, conviniendo frotar de arriba a abajo y también de lado.

TODO SUBE



—¡Es raro que Margarita haya aceptado casarse con un hombre tan bajo!
—Como dicen que ahora todo sube, esperará que el marido también crezca.

La cocina

TRES MANERAS DE PREPARAR LAS PATATAS PARA EL ALMUERZO

Primera, hiérvanse patatas pequeñas sin pelar, luego que estén cocidas sáquense del agua. No se deben dejar muy blandas, para que no pierdan la forma; quítenseles las cáscaras; téngase manteca muy caliente, échense en ella las patatas, volteándolas para que se doren por los dos lados. Otra manera es amontonar las patatas majadas en una fuente, formando una pirámide lisa; cubrirla luego con un huevo batido y meterla en el horno para que se dore. La otra manera es hacer tortitas pequeñas con las patatas majadas y frías; enharínese bien y el plato en que se pongan, y fríanse en una sartén con mantequilla muy caliente hasta que se doren.

ARROZ COCIDO EN EL HORNO

Lávese 1 taza de arroz. Tómese 1 taza de caldo, cuélese en un lienzo, y añádase doble cantidad de agua hirviendo y un poco de sal. Echense en el arroz y cuézase lentamente hasta que toda el agua sea absorbida y el arroz esté muy tierno. Echesele 1 taza grande de leche caliente mezclada con 2 huevos crudos, 2 cucharadas de queso rallado y 1 de mantequilla. Bátase todo muy bien; añádase carne o jamón picado y cocido y échese en un molde engrasado; cúbrase y cuézase durante 1 hora metido en una grasera con agua caliente, métase después en agua fría y viértase en una fuente.

HUEVOS CON HONGOS

Rebánense por la mitad hongos de lata. Estófense 10 minutos en un poco de mantequilla sazonada con pimienta y sal y un poco de agua; escúrranse y pónganse en un platón; quiébrenseles encima huevos bastantes para que los cubran; échenseles pimienta, sal, mantequilla y migajas de pan y ténganse en el horno hasta que los huevos estén cocidos.

TORTILLA DE HUEVOS Y OSTRAS

Estófense 6 ostras en su caldo; sáquense las ostras y espésese el caldo con mantequilla revuelta con harina; sazónese con sal y pimienta y añádasele 1 cucharada de perejil picado. Píquense las ostras y mézclense con el caldo, estófese despacio hasta que se espese. Bátanse ligeramente 3 huevos con cucharada y media de crema y fríase con mucho cuidado. Antes de doblar la tortilla póngasele en el centro unas pocas cucharadas de la mezcla de ostras, avíese con cuidado en una fuente caliente, y póngase alrededor la salsa sobrante; sírvase inmediatamente. Si las ostras que se usen fueren pequeñas, pónganse todas sin picar en el interior de la tortilla y sírvase con salsa alrededor.

EL ATENTADO

por Alfonso HERNÁNDEZ CATA

Es una contrariedad que ese viejo se parezca a mi padre. Yo tenía cuatro años cuando mi padre murió, y el recuerdo que tengo de él se habría perdido sin un retrato en donde está con otro señor que no sé quién es. He extraviado el retrato hace bastante tiempo; pero cuando el viejo abogado entró esta mañana en la celda y tomó asiento junto a mí, he vuelto a ver la fotografía como si la tuviera delante, mejor aún, como si estuviera dentro de ella... Porque yo soy "el otro señor" y el abogado es mi padre, y la mesa que está entre nosotros es aquella mesa... Sí, la misma mirada, el mismo lento parpadeo, el mismo cuello de camisa entreabierto, por el que se desborda una sotabarba de canónigo... En otro tiempo esa semejanza me habría sorprendido; hoy no... Me contraría, pero no me sorprende. El es mi padre y yo soy el señor que no sé quién es, como antes fuí "el otro", el que ojalá nunca hubiera sido... Mi verdadero mal es ser la funda de un hombre en la cual entran otros hombres que, ocultos dentro de lo que queda de mí, me toman por disfraz y van por la vida irresponsables, sirviéndose de mis pies, de mis manos, de mis palabras, sin que yo pueda oponerme a esa usurpación.

Cuando el abogado se ha puesto en pie y mirándome al fondo de los ojos me ha dicho: "Usted volverá de su acuerdo. Estoy designado de oficio y quiero oír cuanto en su defensa pueda ocurrirme... Hoy todavía está usted muy excitado; cálmese... Volveré dentro de dos o tres días y entonces hablaremos";... cuando me ha dicho estas palabras con la voz de mi padre—que nunca oí,—con la figura inconfundible de mi padre, he bajado la cabeza, cual corresponde a un hijo sumiso, y le he contestado:

—Perdóneme la violencia de antes... Nada tengo que decir, nada puedo decir. Acepto gustoso la pena que quieran imponerme los jueces... ¿La horca?: la horca. ¿El presidio?: el presidio... Nada puedo argüir en mi defensa; pero si usted insiste, si se obstina en volver, vuelva cuando guste.

Me miró un momento con atención, como sorprendiéndose de lo que he creído, y salió en silencio. Otra vez entre los cuatro muros blanqueados, que rezuman humedad, se me ha ocurrido lo que se me ocurrió antes: ¿Por qué no podría seguir siendo el señor del retrato? Recuerdo bien que sentado con las piernas cruzadas, mirando en el vacío algo que mi padre mira al mismo tiempo que él, no tiene cara de hombre malo... Las arrugas de su frente no son arrugas de preocupación; los extremos de una leontina pendiente de un ojal van a perderse en los bolsillos del chaleco trazando dos combas parecidas a un cortinaje. No debía ser rico ni pobre, ni muy torpe ni muy listo... Yo hubiera estado perfectamente siendo él, ya que me es necesario sobrevivir a mi verdadera muerte. Pero el otro, el terrible otro, el que ordena, el que me ha traído aquí, el que me impide descubrir el secreto, vió mi cuerpo vacío y se refugió en él con la avidez de un caminante que, sorprendido por el temporal, ve un árbol frondoso en la llanura...

Nada debo decir. Los muertos somos más discretos que los vivos y, sin embargo... Si ese viejo abogado vuelve; si se sienta otra vez como está sentado mi padre en el retrato; si se me permite un momento la dicha de sentir dentro de mí al otro señor que no sé quién es, presiento que lo contaré todo igual que si no se tratara de mí, lo mismo que si le contase un cuento fantástico..!

———

—Bien; usted sabe que queriendo salvar a una niña fuí alcanzado por un expreso y lanzado fuera de la vía, en apariencia sólo contuso, pero en realidad muerto. ¿No lo sabía usted? No me extraña; yo tampoco lo supe hasta que "él" me lo dijo... Pero tiene razón; empezaré por el principio para no embrollarme... Es absurdo que las cosas no puedan empezar por la segunda parte, que es... Sí; renuncio a las digresiones. Voy a contarle el caso con método; óigame y se convencerá de que todo fué terriblemente sencillo.

Yo era jefe de estación cuando ese salvamento de que le he hablado. Veintiséis años de antigüedad me hicieron acostumbrar a esa vida, más que dura, monótona. Entre el telégrafo y el continuo tránsito de trenes no se me hacían los días largos. A veces, interrumpiendo la recepción de un telegrama, tenía que coger mi banderola verde, o mi linterna, si era de noche, y salir con el pito entre los labios para dar el paso a un rápido. Usted conoce mi estación, que hasta el suceso nadie conocía; pues aunque cuando el salvamento hablaron de mí, no fué tan sonado como ahora. Perdida entre montañas, en medio de dos túneles que la acechan, es una estación de poco movimiento. Nada más hay cuatro empleados, y dos de ellos viven en el pueblo, que está a dos kilómetros de cuesta pina y pedregosa. No está bien que yo, un empleado critique a la compañía; pero bien podía hacer un pabelloncito anexo para evitarnos la insuficiencia de personal... Realmente, me es penoso pensar que no veré más mi mesa con el Morse, el casillero de billetes, la casita de paredes granulosas pintadas de gris y el gran reloj con sus dos esferas... ¡Bah! Todavía he visto todo eso más tiempo del debido, desde el día de mi muerte hasta el día que me prendieron los guardias civiles... No me pierdo en otra digresión... No se impaciente, que ya entro en la materia.

Es seguro que nadie había tenido la ocurrencia de destacar mi nombre del sin fin de empleados hasta aquel día. Figúrese cuántos López habrá en este interminable escalafón. Era una tarde de nieve, y en todos los servicios había un retardo atroz. Cuando de la estación inmediata me anunciaron la salida del mixto 424 me abotoné mi chaqueta, y luego de liarme al cuello la bufanda, salí al andén. Además de dos o tres labriegos, estaban allí una mujer con un niño de pecho y otra nena mayorcita ya. No sé cómo fué; parece que la muchacha quiso inclinarse para ver si ya el tren había tornado la curva de entrada... El caso es que patinó, que la vimos todos tendida cuan larga era entre los dos rieles.

La madre quiso abalanzarse, y yo, de un salto, me puse allí y la tomé en brazos... Pero ya el tren estaba sobre nosotros... Y la madre hubo de esperar que pasara la interminable fila de vagones para ver qué nos había ocurrido,... porque el bárbaro del maquinista, por ganar algo de retraso, venía lo menos a sesenta por hora y no pudo parar hasta muy lejos del andén... La niña estaba salva, y yo, aunque molido, después de un desmayo me hallé perfectamente: algunas erosiones, un ruido grande dentro de la cabeza y nada más. Eso creyeron todos; eso creí yo mismo... Me dieron la cruz de Beneficencia y me aumentaron siete pesetas de sueldo.



Vea, amigo, yo no sé dónde nació usted; pero sé dónde va morir.

Ahora comienza lo extraordinario... Una noche yo dormitaba en mi cama volante junto a la mesa; el primer tren—un mercancías—no pasaba hasta las cuatro y media: tenía tiempo de echar un buen sueño... Ya desde el salvamento yo venía padeciendo insomnios; pero aquella noche el desvelo me desesperaba. Y no era verdaderamente desvelo, pues como tener sueño, ¡vaya si tenía sueño!... y no podía dormir. Me puse a contar hasta mil; a los cuatrocientos, me vino la ocurrencia de calcular de memoria los billetes vendidos durante la semana... Nada, ¡que si quieres!... De pronto el Morse comenzó a marchar... Tac, tactac, tac... Usted conocerá bien esos golpecitos secos... punto, raya, dos rayas, punto... Desde la cama yo iba coordinando letras primero, luego sílabas, palabras después. Los sonidos se sucedían con tan poco intervalo que, a pesar de quince años de práctica y de ser uno de los mejores telegrafistas — perdone la inmodestia,—me era difícil seguir de oído... Le juro que nunca he sentido tal impresión de terror, quise incorporarme para ver, y el telégrafo dijo dos veces seguidas: "No te levantes; en la cinta de papel nada queda escrito. Escucha desde ahí sin moverte"...

Al acabar de recibir esta orden ya me habría sido imposible faltar a ella; fuí como un pelele al que quitan el alma de hierro; me desplomé, sentí que todos mis huesos se hacían gelatinosos. Con los ojos dilatados y todo el ser puesto en los oídos para escuchar el tac tac del telégrafo me incorporé; y entonces él empezó sus revelaciones.

Tic tac, tic tac, tac, tac, tac... Escuha... Estás usurpando una vida. El topetazo que te dió la locomotora, aquel dolor que sentiste en el costado izquierdo, fué producido por el corazón al dejar de latir. Estás muerto y bien muerto... Tú ya no existes; tu cuerpo está vacío.

Fué, papá, como una gran luz que se encendiera dentro de mí; comprendí en seguida que él decía la verdad... Ya una obscura conciencia de eso se había insinuado varias veces; pero tan turbiamente que la idea se fugaba en cuanto hacía un esfuerzo para fijarla. Aquella comunicación la iluminó... Yo estaba muerto. De pronto sucedió el primer terror una sensación de tranquilidad... No, de inexistencia... Sin que mis labios se movieran, tuve este pensamiento: "Y tú que hablas conmigo, ¿quién eres?"

El tic tac se reanudó otra vez.

—Soy... A mí me pasa lo contrario que a ti; mi cuerpo ha muerto y mi espíritu vive... Sin duda me conoces. Soy Francisco Gener, el anarquista a quien fusilaron hace tres meses... No fué obra de justicia, no: fué un asesinato; yo no era el culpable de la conspiración que me imputaban. El presidente del consejo me temía y quiso burlarse de mí... El no sabe que sólo mi cuerpo ha muerto, y tú no puedes decírselo a nadie, porque entre los muertos los secretos se guardan... Es extraordinario, ¿verdad? Tú sólo eres cuerpo y yo sólo soy espíritu. Los dos unidos haríamos un hombre...

Aquí el tic tac se aceleró tanto que no pude entender. Me parece que una vez suspiró: "¡Ah, si tú quisieras!"... Luego, siempre con precipitación, me

dijo que San Cristóbal venía a comunicarle que Dios los llamaba a toda prisa. Prometió volver y, en efecto, a la noche siguiente volvió.

Pero no pudo contarlo de un tirón todo. Yo creía que ser orador era profesión de holgazanes. Y no, vaya si cansa hablar... Si quiere usted saber el resto pida un vaso de vino y cualquier cosa para comer. Como no tengo más que cuerpo, estoy esclavo de todas sus necesidades. Hasta en esto he tenido mala suerte.

¡No, es mejor que no me contraríe: luego hablaré de esta pretensión suya de que repita ante su hermano la historia... Acabe de oirla usted y después veremos. Pero siéntese aquí, junto a la mesa, y yo me sentaré del otro lado; ponga la mano sobre el libro lo mismo que está en la fotografía... No podría seguir contando de otro modo.

Yo trabajé aquel día automáticamente, como puede trabajar un cuerpo que se mueve por un viejo impulso. Al fin la noche que esperaba con tanta impaciencia, vino, y él vino también. Llegó a la misma hora que la noche anterior.

—Tic, tac, tic, tic, tic... Estoy aquí.

—Te esperaba.

—Vengo contentísimo... ¿A que no aciertas para lo que anoche me mandó a buscar Dios?

—No puedo acertar; ya sabes tú que mi espíritu ha muerto.

—Verdad, verdad... Me ha dado al fin el permiso... ¡Mi asesinato no quedará impune!

—¿Te ha dado permiso para qué?

—¡Para vengarme!

El Morse tuvo una trepidación larga y colérica. Después continuó imperativamente:

—Necesito tu cuerpo. Sin un cuerpo no puedo hacer nada: ni esgrimir un cuchillo, ni arrojar una bomba... Es preciso que me prestes tu cuerpo, que seas mi brazo.

Yo me incorporé para gritar:

—¡No, no!... ¡No quiero ser instrumento tuyo! ¡Yo fuí un hombre honrado!... Lamento el daño que te hicieron, pero me niego a que te sirvas de mí.

—¡Te necesito! ¡Tengo el permiso de Dios!... ¡No me obligues a ser violento!

—¡Jamás te serviré para un crimen!... Busca otro cuerpo cualquiera... Ten compasión de mí. ¡Jamás te serviré para eso!

—¡Sí!

—¡No, nunca!... ¡Me opongo con todas mis fuerzas!

—¿Es esa tu última palabra?

—¡Déjame, déjame! ¿Qué mal te he hecho yo?

—Sí...

—¡Nunca, nunca!

—¿Nunca? Verás.

De pronto, y esto fué horrible, papá, el tic tac cesó, y la voz de él, timbrada de ironía y de triunfo, habló —¿dónde cree usted que habló, papá?,—¡habló dentro de mí!...

—Yo hubiera preferido un acuerdo —dijo.—Me es doloroso entrar violentamente en un cuerpo ajeno, aunque reniego de la propiedad... Ya toda resistencia es inútil... En realidad, lo que hagas por mí no será demasiado violento ni te obligará a salir de tu profesión... Tirar de una palanca en vez de tirar de la otra, cambiar las agujas y asunto concluído... El tren en que viaja el presidente del consejo pasará mañana por aquí.

¿Qué podía yo hacer sino únicamente lo que hice? No iba a meter mi propia mano dentro de mí para echarlo fuera; además, aunque lo hubiera hecho, un espíritu es incorpóreo... Ni siquiera podía hablar, ni aun desear su salida, porque ya mi voz no era mi voz, mi otro pensamiento que el suyo... Hace usted bien en enternecerse; yo también hubiera llorado

LA VENDIMIA

Hay un profundo silencio sobre las tierras dormidas;
la luna, blanca y callada, huyó por el horizonte;
están todas las estrellas entre tules escondidas,
y el sol enciende el picacho azul de un lejano monte.

Las espaldas encorvadas, cortan los vendimiadores
los racimos apretados de las vides poderosas.
El aire besa los brazos fornidos de gladiadores,
y el sol tuesta las espaldas desnudas y sudorosas.

Van cayendo los racimos sobre la tierra caliente
y pasan luego en manojos a las capachas raídas.
Las carretas, atestadas, van andando lentamente...

Ya se fueron los labriegos de las espaldas tostadas;
han cortado los racimos de las cepas retorcidas
y quedan solas las hojas, como doncellas burladas.

GUIRAO HOMEDES.

lágrimas amargas aquella noche, si siquiera hubiera podido disponer de mis lágrimas.

Usted sabe casi tan bien como yo el resto... Al día siguiente el tren que debía pasar ante mi pequeña estación como un meteoro, tomó una vía equivocada y fué a hacerse añicos contra otro tren. Fué una catástrofe formidable. Del montón de escombros salían gritos y humo; vi a una mujer con una astilla clavada en el cuello y a dos hombres despedazados y cocidos después por un chorro de vapor de agua. Setenta y dos muertos y cuatro heridos; una cosa terrible... Pero el presidente del consejo se salvó milagrosamente. Después he tenido una sospecha... ¿No le parece a usted?... Se me figura que él me engañó, que Dios no le había dado permiso para hacer aquello.

No he querido darle el disgusto a su edad, y por eso he venido a contar otra vez la historia ante este señor. Ya estuvo hace dos días aquí, y el guardián me dijo que era médico forense. Como no sabía que era hermano suyo, papá, me limité a contestarle sí y no; ustedes comprenderán que no iba a revelarle el secreto a un cualquiera. Ahora bien, tratándose de un tío mío, y por complacerle...

¿Sigue usted con su cantilena de que me había salvado la vida? Confórmese con habérmela dado por primera vez, papá. Tiene usted esa obstinación de los viejos. ¿Cómo va a salvarme la vida si no la tengo? Es de sentido común. ¿No me ha oído referir dos veces que morí el mismo día que salvé a la niña?... Claro que esas son chocheces de la edad. Vamos a ver. Cuando usted se hizo el retrato tenía setenta años y yo dos, ¿no es así? Yo tengo ahora cincuenta y nueve. Luego usted tiene hoy ciento veintisiete años. A esa edad ya se pueden tener manías.

¡Ah, quiero pedirles un favor!... Sí, como ellos no saben nada, me condenan a muerte, hagan ustedes que partan mi cuerpo en pedazos; no lo vayan a dejar entero, ¡por Dios!, no vuelva él a venir otra vez y me ponga un cuchillo en la mano y me obligue a segar la garganta de quien le venga en gana, del ser más querido por mí... de usted mismo, papá, si se le antoja... ¿Por qué se levantan así, de pronto? ¿Tanta prisa tienen? Escuchen antes una cosa, para que se convenzan de que yo no era yo aquella tarde... Yo, que era caritativo, que había perdido la vida por salvar una niña, no hubiera podido hacer lo que él me hizo hacer. Cuando, en seguida de la hecatombe, antes de que se descubriese quién era el autor, fueron todos los empleados a reconocer los escombros, yo pasé indiferentemente por encima de los restos humanos palpitantes aún. Recuerdo que al pisar el cuerpo de una joven, un chorro de sangre me saltó y me salpicó las botas... A propósito: esas botas, que son de mucho abrigo, me las han quitado... Aquí se trabaja menos que en la estación, pero hace más frío; tengo los pies yertos... ¿No podría usted, papá, que tiene influencia, hacer que me las volvieran a dar?

Animales que se rompen

¿Quién que haya intentado alguna vez agarrar una lagartija, no ha observado la facilidad con que se desprende la cola de este animalito, quedando entre las manos del presunto captor mientras el ágil reptil escapa entre la hierba? Esta propiedad de romperse fácilmente en caso de peligro, no es exclusiva de las lagartijas; la poseen igualmente las arañas, algunas mariposas y otros animales, y no constituye una catástrofe para éstos, sino que es un medio que para escapar de ciertos enemigos pone a su disposición a la Naturaleza, a cambio de un mal mayor. Los naturalistas llaman a este fenómeno "autotomía", y en todos los seres que lo presentan, el miembro perdido, se vuelve a reproducir.

En los cangrejos de mar, es frecuentísima la autotomía; sabido es que en ella se funda la industria de las célebres "bocas de la Isla". Estos crustáceos, sin embargo, no se desprenden de sus pinzas o de sus patas para escapar, sino para evitar el dolor o la hemorragia que se les produce al cogerlos por ellas. La prueba es, que en sus luchas, apenas se agarran unos a otros, desprendénse de sus miembros y no por eso dejan de seguir luchando con los que les quedan. Sin duda, esta mutilación casi voluntaria es para ellos menos dolorosa que la presión ajena. Es, en suma, como si un soldado, al sentirse herido en un brazo, pudiera quitárselo para evitarse el dolor, y luego le naciese un brazo nuevo.

Esto es lo que se llama autotomía protectora, mientras se da el nombre de autotomía evasiva a la que tiene por objeto facilitar la fuga, como en el ejemplo citado de la lagartija, en el caso de las arañas, que dejan entre los dedos sus largas patas, o en el de los lirones, que si se ven cogidos en un cepo por la cola, se dejan allí la piel.

Pero hay otros géneros de mutilación voluntaria más curiosa que éstos. Las abejas, que abandonan su aguijón en la herida hecha al enemigo, y las medusas, que lanzan al que les ataca sus celdillas urticantes, a modo de diminutas flechas, son casos de autotomía ofensiva, y no defensiva.

Ciertos equinodermos del grupo de las holoturias, se mutilan con otro fin muy distinto, cual es el de no morirse de hambre; si se les coloca en un acuarium donde escasea el alimento, se les ve desprenderse espontánea y sucesivamente de las diferentes partes de su cuerpo, hasta quedarse sólo con la cabeza y los tentáculos, es decir, con lo puramente indispensable en ellos para vivir; todo lo demás, lo suprimen, como se hace con las bocas inútiles en una ciudad sitiada.

Hay, en fin, seres que voluntariamente se deshacen de una parte de su cuerpo para convertirla en un nuevo ser. La estrella de mar, por ejemplo, cuando quiere aumentar su familia, suelta uno de sus brazos, y mientras a ella le sale un brazo nuevo, el que se desprendió se transforma en otra estrella de mar, mediante la aparición, en uno de sus extremos, de los cuatro brazos que para ello le faltaban. Y aun es más notable lo que ocurre con la hidra verde, otro animalejo acuático que no sólo puede soltar todos sus brazos para que se conviertan otras tantas hidras, sino que, en determinadas circunstancias, llega hasta dividirse en sus células elementales, cada una de las cuales es apta para regenerar un nuevo pólipo.

En cualquiera de los casos, ya sea la autotomía evasiva o protectora, económica o reproductora, se observará que el fin es el mismo: la conservación de la especie. Diríase que la Naturaleza, habiendo hecho a estos seres demasiado pequeños o demasiado débiles, ha querido compensar ese defecto con la propiedad de romperse; porque es de notar que en los animalitos citados, los miembros que se desprenden lo hacen por puntos donde la ruptura es fácil y el daño insignificante.

Acueducto de Segovia

Al contemplar este hermoso acueducto que data de 19 siglos, cuyas piedras graníticas ennegrecidas por el tiempo se elevan con la misma majestad y firmeza que en los tiempos de su construcción, nuestra imaginación no puede por menos de asombrarse y exclamar, "obra de romanos", dando a entender con esta frase solamente, la magnificencia y fortísima construcción de las del pueblo latino.

La gente del pueblo, muy apegada como siempre a cuentos y leyendas, cree que una construcción tan grande y duradera no puede ser obra del esfuerzo humano y cree que su verdadero arquitecto fué el diablo en persona. Pero dejando esto aparte, lo cierto es que dicho acueducto fué construído, o por lo menos así creen los arqueólogos, en tiempo del gran emperador Trajano, natural de Itálica y del cual nos quedan en España multitud de construcciones, aunque ninguna de tanta fama como este magnífico acueducto.

Une dos cerros distantes entre sí unos 2.000 metros, y consta de 170 arcos colocados en dos filas, una encima de otra que aumentan y decrecen progresivamente en altura siendo su sitio más elevado en la plaza del Azoquejo.

El número de sillares de piedra que lo forman se cree aproximadamente que son unos 25.500 unidos sin la trabazón de yeso o argamasa.

Se construyó para transportar el agua de Riofrío a la ciudad, y en su principio (a 16 kilómetros de Segovia) sólo se reduce a un canal de conducción, empezando los arcos en el depósito llamado Caserón.

Los romanos que eran más partidarios de lo útil que de lo bello no pusieron a esta famosa obra más adornos que unos salientes, a semejanza de cornisas que se dibujan a varias alturas.

Nuestros arqueólogos consideran a este acueducto como la mejor obra arquitectónica, de entonces.

M. MARTINEZ MORENO.

Colaboración espontánea

Tus labios

En el dístico rojo de tus labios divinos,
aprendió tu poeta sonoras consonancias,
y ha gustado en tu boca el dulzor de los vinos,
que en el vaso de fuego de tus besos escancias.

Ha sentido el misterio de esa extraña poesía,
que componen tus labios en el ritmo de un beso.
Si pudiera la pluma revelar su armonía,
qué poema no hiciera de sin par embeleso...

José D. FORGIONE.

Canción del amado ausente

Dicen que la niña de los ojos buenos
está muy enferma de tanto soñar
en el poeta amado, trashumante eterno
que dejóla un día por siempre jamás.

Ella lo quería... Tanto lo quería
como no pudiera quererlo ya más;
todos sus suspiros, besos y caricias
eran del amado pálido y jovial.

Este reclinaba su testa romántica
de cabellos negros cual noche fatal,
en el tibio pecho de la bienamada
como un niño triste que va a descansar.

Ella lo miraba silenciosamente,
inefablemente, con mirada tal
que dijérase una caricia muy leve,
tan leve como una fragancia de azahar.

Cuántas veces, cuántas, le durmió los ojos
con sus blancas manos plenas de emoción,
al par que sus besos eran un sonoro
enjambre de pájaros cantándole amor.

Cuántas veces cabe la dorada reja,
que con las glicinas vestía de azul,
dijéronse el verso fecundo y eterno:
—"¿Me quieres, mi niña?"—"Yo te adoro... ¿y tú?"

Las manos, temblantes, quedaban unidas
en un prolongado lazo pasional,
mientras él decía sus sonoras rimas
hechas a la novia triste de soñar.

Escuchaba ella religiosamente,
y cuando el poeta finaba el cantar,
todo amor, la niña, trémula y ardiente
ponía en un beso su punto final.

Implacablemente pasaban los días
hacia la honda noche de la Eternidad,
llevando consigo las horas divinas
hechas con la gloria de amar y soñar.

Y un día el eterno poeta andariego,
el varón doliente, pálido y jovial,
sintió la nostalgia de ver otros cielos,
pisar otras tierras, cruzar otro mar.

De seguir vagando, libre y solitario
como era hasta entonces, pájaro al azar,
con sólo el recuerdo del tiempo pasado
y las inquietudes del que llegará.

Silenciosamente levantó su vuelo,
libérrimo y sólo, siempre más allá,
dando por el mundo su cantar eterno
de andanzas, de amores, de bien y de mal.

Y la suave niña de ojos color luto
la bienamadora del poeta jovial,
lloró largamente los amores truncos
del dulce romance, profundo y fugaz...

Desde entonces, dicen, está muy enferma
la que hace tan sólo soñar y soñar,
en el poeta que ella, siempre ama y espera,
y a quién nunca, nunca... nunca verá más!

Oscar Bernardo MOYANO.

Pañuelito de seda...

Pañuelito de seda,
cándidamente blanco,
qué pálidas y finas
manitas te han bordado:
¡vieras cómo te quieren


EL VIUDO ALEGRE

—¡Cómo! ¿Sólo se ha puesto de medio luto?
—¡Naturalmente! ¿No se murió mi mitad?

mis sueños de muchacho
por qué tú le recuerdas
algo muy lindo y grato!:
¿Te acuerdas, pañuelito?...
fué allá... bajo los álamos...
como dos colegiales,
tomados de la mano,
reíamos felices
charlando con los pájaros.
Después ¿te acuerdas? quise
besar sus frescos labios
y en la fingida lucha
quedaste entre mis manos...
¡Vieras cómo te quiero
pañuelito bordado!

Manuel PORTELA.

"Stella" Platense

Perfecta encarnación de la elegancia;
ánfora del gracejo macareno:
la vera efigies del perfil heleno,
y el "chic" innato, sin deberlo a Francia.

Mereces, por divina, los preclaros
pinceles de la escuela "raffaelista",
o el escalpelo de un genial artista
y eternizarte en mármoles de Pharos.

Reclama tu mirada boreal
el galardón de gema de las gemas...
¡Fulgores que no ostentan las diademas:
diamante que quisiera el Transvaal!

Las rosas "Recamier" de tu mejilla,
y los claveles de tus labios rojos,
causan envidias y también enojos
a rosas y claveles de Sevilla.

Ampo del Everest; lis sobrehumano,
cual si tu blanca nitidez surgiera
"del lago virginal de la quimera",
o del pensil de Eldorado indiano.

Tu testa, en índico marfil tallada
y erguida sobre albura de alabastro,
como en el "Louvre", en dórico pilastro,
la majestuosa Venus, decantada.

Tríptico nigromántico en un broche...
Frente, garganta y nuca: Kaolín;
labios, mejillas, lóbulos: carmín;
pupilas, cejas y cabellos: noche.

Cual "grisú" que fosforece y estalla
al contacto del aire y de la tea,
tal tu belleza, ¡fiel Pentesilea!
incendia el corazón, o lo avasalla.

...Naciste para Reina: y el hado insano
no coronó tu inmaculada frente...
¡Oh, perla del más bello continente:
prez y blasón del suelo americano!

Francisco FERRARO.

Taedium Vitae

¡Tanta vulgaridad ya me fastidia!
Se persigue el metal y los negocios,
se azuzan los rencores y la envidia,
corroe la fatiga y torpes ocios.

A nadie siento hablar de perspectivas
panorámicas ni hazañas quijotescas;
las almas con rubor de sensitivas
hállanse en las leyendas romancescas...

Inútilmente busco un pedagogo
que el camino le trace al ser humano,
mostrándole la luz del horizonte.

Siento, como Jesús, que aquí me ahogo
chapoteando sobre este pantano,
donde no se ve al Sol en su tramonte...

Rafael RUIZ CRUCES.

¡Flores secas!

Como único recuerdo de mis muertas ilusiones
Tengo un ramito de flores que aunque ya secas están,
Me recuerdan aquel día en que nuestros corazones
Palpitaron al impulso de purísimas pasiones
Como nunca, ni un instante ya tal vez palpitarán.

Fueron flores que en tu pecho colocadas estuvieron
Marchitándose dichosas al calor de tu pasión,
Y después cuando tus lindas manecitas me las dieron
Tan magnéticas delicias de tu seno me trajeron
Que aún se oprime, al recordarles, dulcemente el corazón.

Y al momento se chocaron tu mirada con la mía,
Produciéndose del choque ese incendio abrasador,
Que al arder en nuestras almas el pasado consumía
Y un futuro nos mostraba de placer y de alegría,
A los fúlgidos destellos de un ardiente y puro amor.

Mas ¡ay! todo fué quimera, pasó el día y a la noche
Con airada indiferencia saludásteme al entrar
Y después de tus desdenes tan ingente fué el derroche
Que a la flor de mi ternura que recién abría el broche
Me la hiciste, bella ingrata, para siempre marchitar.

Ismael H. TRASANDE.

Mi sueño

Todo florecido el parque
y perfumes en el viento...
un banco semiescondido
entre el ramazón espeso,
y en él los dos reclinados:
aspirando yo tu aliento,
las manos entrelezadas,
y con mis labios de fuego
besar los tuyos de rosa
en un prolongado beso,
es lo que más me agradara
y lo que siempre yo sueño.

Pascual A. DEVITA.

Matinal

Para Juan Angel Fernández.

Las sombras apuñaleadas
Por la luz del sol naciente
Se alejan, cobardemente,
De las llanuras calladas;
Las calandrias inspiradas
Lanzan su riente canción
Y trémulas de fruición
Las auras gratas y amigas
Besan las rubias espigas
De los trigos en sazón!

En la calma matutina
Difunde su nota ufana
La melódica campana
De una iglesia vecina
Junto a un ranchito, una china
Y un mozo tejen su anhelo...
Mientras cruza en raudo vuelo,
Y hacia regiones ignotas,
Una banda de gaviotas
Por la comba azul del cielo!

Domingo F. ARIETTI.

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

NUEVO

El yerno enjaulado, opereta en tres actos de Marsilli e Iriarte, música del maestro Dall'Argine.

Nosotros poseemos para nuestro uso particular un alma sensible y buena. Ella nos ha deparado profundas satisfacciones y también terribles sufrimientos. Ella nos ha querido separar de estas penosas tareas aristárquicas, pero una fatalidad superior nos mantiene encadenados —inocentes Prometeos,—a la áspera y dura roca teatral.

Pues bien, con tal alma sensible y buena, cada estreno que se nos anuncia es para nosotros un grave sobresalto. Casi siempre elevamos breves pero fervientes preces al dios Exito, implorando misericordia, y por las dudas encendemos un humilde fósforo en el altar de Nuestra Señora la Casualidad. Pero los dioses se van (probablemente a bañarse) y nuestras oraciones y ofrendas caen en el más "unitario" de los vacíos.

Esas inquietudes nuestras por los estrenos, se sosiegan un tanto cuando se anuncian obras escritas en colaboración. Nos explicaremos. La mayor parte de las piezas que vemos en nuestro teatro nacional, son semiéxitos. Unas tienen un buen argumento mal desarrollado y otras contienen una pavadita escénicamente impecable. Parece como si el que tuviera ideas no pudiese hacer teatro y viceversa. Salvo raras excepciones la regla es general. Entonces, nosotros, al encontrarnos con obras escritas en colaboración alentamos la esperanza de que se hayan reunido un hombre de ideas y un hombre de teatro y nuestro pecho se ensancha como al final de un discurso de Oyhanarte.

Por esto, "El yerno enjaulado" nos pareció que sería un acierto, pero resulta que los colaboradores en este caso eran dos hombres de teatro y ha faltado el de las ideas. Sin embargo, la opereta estrenada ha tenido un buen éxito y en realidad se trata de una producción estimable, de recursos cómicos bien aprovechados y no exenta de interés. La música es fresca y animada, contribuyendo a hacer más entretenido el espectáculo. La presentación, muy cuidada.

Helena D'Algy, que ya ha conquistado definitivamente al público, tiene en la obra un papel descollante, que desempeña con esa exquisita gracia y esa mimosa alegría que son tan características en la nueva "soubrette".

Merecen también un aplauso la Drymma, Barreta, Monjardín, Salvador y Ferrini.

Parece que ese "Yerno" va a tener jaula para rato.

APOLO

La empresa de este teatro, al dedicar una semana al repertorio de Florencio Sánchez, adhirió de manera elocuente a los homenajes tributados al inolvidable autor de "Barranca abajo", en ocasión de repatriarse sus restos.

Por feliz coincidencia, la compañía Tesada tenía hechas la mayor parte de las obras del gran bohemio, de suerte que el público pudo advertir el ajuste y equilibrio de las representaciones, premiando con abundantes aplausos la labor de la señora Tesada, la del excelente actor Enrique Arellano y de los demás elementos que intervinieron en las funciones.

Se anuncia el próximo estreno de "Las sacrificadas", de Horacio Quiroga.

AVENIDA

Ha debido estrenarse en estos días "El último vals", opereta de Oscar Strauss, en la que la compañía de la Berutti cifraba grandes esperanzas. Sin duda se trata de una bella obra y no hace falta ser brujo para palpitar su éxito. De ella nos ocuparemos en el próximo número.

ARGENTINO

Las simpáticas huestes de Terés continúan gozando del favor del público y siguen viendo la sala con entradas sorprendentes. Han gustado "Las musas del mar" y "¡El mundo! (por lo que den)", aunque en realidad lo que gustan son algunas partes anatómicas de casi todo el elenco, las que, dicho sea con toda la castidad de que somos capaces, hacen relinchar a un matungo.

PARA EL DEBUT DE PARRA

Está resuelto que la compañía de Parravicini abrirá su nueva temporada en el Argentino en los últimos días de marzo, quizá el lunes 28, poniendo en escena la última producción del celebrado comediógrafo don Ricardo Hicken, una pieza cómica titulada "El club de los casados".

BUENOS AIRES

Continúa actuando la compañía de Rambal con gran éxito de público. De los últimos estrenos que nos fuera dado ver, merecen destacarse "El hombre que ve a la muerte", pieza llena de trucos que produjo honda impresión, especialmente entre las mujeres "habitués" del Buenos Aires. También cabe citar "De otra raza" o "La tragedia del castillo de Marbella", obra muy interesante que fué acogida con largos aplausos.

Nada ha resuelto aún la empresa acerca de la terminación de la temporada, siendo probable que se prolongue hasta mediados de este

mes, cuando esté por presentarse la compañía Muiño-Alippi.

"MURCIELAGOS"

El popular autor Enrique García Velloso leyó noches pasadas a la dirección artística del Apolo y a un grupo de cronistas y amigos, su pieza en un acto "Murciélagos", que se estrenará la noche del debut de la compañía Podestá-Ratti en el Apolo.

SAN MARTIN

La compañía de ópera italiana del maestro Marranti, tras una breve pero fecunda actuación en este teatro, ha debido poner punto final a la "season" el domingo pasado, según se anuncia en el momento en que escribimos.

COMEDIA

Sigue desarrollando su temporada con relativo éxito la compañía española de dramas y comedias Abad-Carbonell. Bien que no ofrezca novedades, limitándose a hacer desfilar por el programa obras españolas antiguas y modernas, el público acude en cantidad suficiente a la Comedia para salvar el presupuesto de la compañía.

LICEO

El viejo actor italiano Cavalli, logra con su indiscutible vis cómica atraer gente a la bonita sala del Liceo. Todas las noches el público otorga su aplauso al celebrado cómico, cuya gracia proporciona veladas muy agradables a los miembros de la colonia italiana. La señora Piacentini comparte los aplausos de su compañero de arte.

CASINO

Presentóse en esta sala la nueva compañía de varietés recientemente llegada de Europa. El numeroso público que asistió al debut aplaudió a los artistas, recibiendo una buena impresión de su desempeño. Destacáronse entre los debutantes, la bella Gely, Los Senelis y la princesa Margarh.

VARIEDADES

Panigazzi continúa actuando en esta sala de Constitución con relativa fortuna. El cartel se mueve vertiginosamente, procedimiento inevitable en los teatros de barrio.

ESMERALDA

Debutaron la canzonetista italiana Lucy Darmond y la criolla Petit Nené, siendo aplaudidas por el público. La primera explota un repertorio de canzonetas napolitanas, en el que figuran piezas premiadas en el concurso de Piedigrotta.

GRAND SPLENDID THEATRE

Se vió bastante concurrida esta sala en la semana anterior, no obstante los rigores de la canícula. Para la semana que se ha iniciado, la empresa ha formulado un interesante programa de películas. El jueves, como de costumbre, matinée para los niños, con vistas cómicas.

CAPITOL

Fué favorecida por una concurrencia numerosa, en las últimas funciones, esta bonita sala de la calle Santa Fe que tiene bien ganados prestigios entre las familias. Durante esta semana se exhibirán atrayentes películas de renombradas marcas.

"LA ESCENA"

Esta difundida publicación teatral insertará en el número a ponerse en venta el jueves próximo, la pieza cómica de Armando Discépolo y Rafael José De Rosa, titulada "Mi mujer se aburre", segunda parte de "El novio de mamá", gran éxito de la Rico cuando se estrenó la obra.

"NOVELA NACIONAL"

"El triunfo del amor" se titula la novela del señor Rafael Ruiz López, que aparece en el número de hoy de "Novela Nacional", la acreditada publicación que dirige Hernández Cid.

Se trata de un interesante trabajo, como todos los de Ruiz López, escritor ponderado que goza de excelente reputación en la republiqueta de las letras.

Elsa Gaos

Asistí al debut de esta artista, sin creer, si voy a ser sincero, encontrar en ella muy grandes condiciones de superioridad en el arte, fácil al parecer, pero harto difícil de la declamación. Y esto se explica, porque hacía apenas muy poco tiempo que la dejara de ver, siendo una niña aún que corría por el frío mosaico de los patios, con sus piececitos desnudos y el cabello suelto.

Seguramente ya su espíritu sentía esa deliciosa y vaga inquietud, que después se convierte en fuerza creadora y que revela al artista en embrión el tesoro de sentimiento que lleva oculto en el alma.



Elsa Gaos me sorprendió. Al presentarse ante el público, sin haber pronunciado aún una palabra, se impone por la gracia impecable de su porte y su absoluta sencillez.

Su voz tiene infinitas gradaciones y nos hace sentir desde el dolor intenso, como en "Los Ciegos" de Villaespesa, hasta la suprema alegría de vivir en un divino país de ensueño: como en "La Casa Primaveral", de Martínez Sierra.

Toda el alma de esta niña se revela en el mirar de sus ojos. Hay en ella suavidades más suaves que una caricia de madre y bravuras de pantera. Es enérgica y buena.

Sin que sea elogio y para terminar: adivínase fácilmente en ella una formal promesa para el arte verdadero.

H. M. F.

Música

Hemos recibido, y agradecemos a sus autores el envío, las siguientes composiciones musicales:

"Ojo por ojo". Tango de salón para piano, por Sixto G. Peralta.

"Jueves de moda". Tango para piano, por Sixto G. Peralta.

"Maravilla". Vals, para piano, por Luis Cáneva Veronesi.

El hombre que quería afilar su hacha

Recuerdo que, cuando yo era niño, un hombre se acercó a mí con un hacha al hombro. Era muy de mañana y hacía frío.

—Lindo muchachito—me dijo—¿tiene tu padre aquí cerca una piedra de afilar?

—Sí, señor—le contesté.

Eres un mocito muy simpático—añadió.—¿Quieres dejarme afilar mi hacha en esa piedra?

Halagado yo por sus elogios, le dije sonriendo:

—¡Oh, sí, señor!

—Y dime, hombrecito—agregó él, acariciándome—¿podrías proporcionarme un poco de agua caliente?

¿Cómo hubiera podido yo negarle cosa tan sencilla? Me alejé corriendo y a los pocos instantes volví con una vasija llena.

—¿Cuántos años tienes? ¿Cómo te llamas?—prosiguió él; y antes de que le contestara añadió:—Estoy seguro de que eres uno de los mejores muchachos que he visto en mi vida. ¿Quieres hacerme el favor de dar vueltas a la rueda?

Envanecido por sus lisonjas, me puse a trabajar con todas mis fuerzas. ¡Cuánto me ha pesado lo que hice aquel día! El hacha era nueva, y tuve que afanarme de tal modo, que por poco me muero de cansancio.

En esto oí la campana de la escuela, pero no podía dejar el trabajo, mis manos se llenaban de ampollas y todavía el hacha estaba a medio afilar.

Por último quedó afilada. Entonces el hombre se volvió hacia mí y me dijo:

—Oye, tunante, estás haciendo novillos. Si no te largas pronto a la escuela te azoto con el mango del hacha.

—¡Ay de mí—pensé.—¡Cómo si no fuera bastante penoso el dar tantas vueltas a la piedra, todavía me amenaza y me llama tunante!

El lance quedó grabado indeleblemente en mi memoria y desde aquel día lo he recordado con frecuencia.

Cuando veo a un comerciante mostrarse exageradamente cortés para con sus parroquianos, convidándoles a licores y refrescos e instándolos demasiado a que compren sus mercancías, suelo decirme:

"Ese hombre quiere afilar su hacha."

Cuando veo a un hombre adulando al pueblo y alardeando de amor a la libertad sabiendo yo que en su vida privada es un tirano, me dan ganas de gritar:

"¡Cuidado, buenas gentes! Ese hombre tiene trazas de hacernos dar vueltas en su provecho a la rueda de afilar."

Cuando veo otro hombre elevado por el espíritu de partido a desempeñar las funciones de un alto destino público, constándome que carece de aptitudes y de los méritos personales necesarios para hacerse útil e inspirar respeto, "¡ay!—digo para mí,—pueblo alucinado; por alguna razón te han condenado a dar vueltas a una rueda de afilar para que se beneficie un zoquete!"

FRANKLIN.

EL ARTE DIVINO DE LA MUSICA



—¡Qué trágico es tener ciertos vecinos!

Momentos críticos de grandes viajeros

En el corazón del Asia, donde hoy sólo se encuentran interminables desiertos de arena, hubo hace muchos, muchos años un gran lago, casi tan grande como el Mediterráneo; caudalosos ríos vertían en él sus aguas, y en sus orillas florecían prósperas ciudades. Un fenómeno meteorológico, un cambio de clima, hizo que las lluvias fuesen raras en aquella región; los ríos disminuyeron de caudal, algunos de ellos hasta variaron de curso, las aguas del lago se evaporaron lentamente, y como resultado, aquel mar interno acabó por secarse. Las ciudades desaparecieron; la región se había hecho inhabitable, y con el tiempo, en lugar de un mar de agua quedó allí solamente un océano de arena, un mortífero desierto, el desierto de Takla-Makán.

Así, al menos, contaron las cosas los indígenas de las regiones próximas a estos desiertos al doctor Sven Hedín, el famoso viajero sueco, cuando un día de primavera del año 1895 se detuvo a la entrada de aquella desolada región, y mirando sus arenosas dunas, preguntó si alguien había llegado a ellas.

—No, jefe, — fué la respuesta; — semejante cosa es un imposible.

Un viajero atrevido no necesita más que oir esta palabra, "imposible", para decidirse a demostrar que no hay imposibles para un espíritu enérgico. El doctor Sven Hedín formó en seguida su propósito. Entraría en el desierto, y si había allí restos de una antigua civilización, él sería su descubridor. Pocos días después, una larga fila de camellos penetraba en los arenales con sus conductores y el viajero sueco a la cabeza. Los indígenas se agruparon para ver desfilar aquella caravana que parecía marchar a su tumba. Un triste e imponente silencio, interrumpido solamente por el monótono repiqueteo de las campanillas que adornaban los cuellos de los camellos, fué la única despedida.

La marcha del primer día no fué del todo penosa; pero los ánimos del explorador y la confianza que en él tenían sus servidores, decayeron ante un terrible descubrimiento, hecho cuando ya era tarde para volverse atrás.

Yollchi, el jefe de los camelleros, había recibido de Sven Hedín la orden de llevar provisión de agua para diez días, pero por pereza o por simple capricho, no había calculado más que para cuatro días. Era preciso racionar el precioso líquido, conservándolo como si fuese oro.

Pronto las dunas de arena amarilla y fina como el más fino azúcar crecieron en altura hasta el punto de que los camellos se hundían en ellas hasta el vientre. Quince o veinte kilómetros hechos en estas condiciones en un día, suponían un gran esfuerzo; pero la marcha era sumamente lenta y hombres y animales se debilitaban por momentos. Primero un camello, después otro, y otro más, caían para no levantarse. Locos de sed, los camelleros escarbaban la arena en busca de agua. ¡Agua en un desierto completamente seco desde hace muchos siglos! Por fin llegó el día en que la corta ración de agua se acabó. Había que salir de aquel infierno, pero los infelices criados se sentían morir de sed, mientras Yollchi, el causante de toda la desgracia, enloquecido por su arrepentimiento, profería en su delirio horribles amenazas. Todavía quedaba un carnero y un gallo; se les dió muerte con el propósito de beber su sangre, pero los pobres animales se encontraban también en deplorable estado, y la sangre se congulaba apenas salía, sirviendo solamente para aumentar la sed de los sedientos viajeros. Los camelleros probaron entonces otro recurso: mezclaron vinagre y azúcar con el producto líquido de las deyecciones de los camellos, y tapándose la nariz, bebieron de un trago aquel horrible brebaje. Ofrecieron una copa al viajero sueco, pero éste, sólo con olerlo, rechazó el horrible líquido, siguiendo su ejemplo un indígena llamado Kasim, que Sven Hedín llevaba como criado particular. Acertados anduvieron en hacerlo así, pues todos los que probaron el compuesto fueron sobrecogidos por espantosos dolores y repetidos vómitos. Entre tanto, Yollchi, completamente loco, había arrancado los pulmones del carnero muerto y hundía en él sus falces.

Al día siguiente, casi todos los camelleros se hallaban moribundos. El doctor sentía también su próximo fin, y se vistió enteramente de blanco, en la esperanza de que la muerte lo sorprendiera por lo menos decentemente amortajado. No podía hacer nada por sus compañeros de viaje, y seguidos por Kasim y un camellero llamado Islam Bei, prosiguió la marcha a pie. Poco después, Islam Bei caía sin vida. El doctor colocó a su lado una linterna encendida; era el único tributo que podían rendirle; nada tenían y nada podía hacer por él.

Todavía dos días de marcha, y de pronto Kasim se detuvo señalando al Este. El sueco no veía nada de extraordinario, pero los ojos de águila del hijo del desierto acababan de discernir en el horizonte la silueta de un solitario tamarisco. Al anochecer habían llegado junto al árbol y se atracaban de sus hojas cargadas de savia, como animales hambrientos. Después prosiguieron su marcha, siempre hacia el Este.

Volvió el día, un día de calor horrible; Sven Hedín y su compañero tuvieron que abrir un hoyo en la arena y enterrarse allí hasta el cuello para librarse de los ardores del sol. Así permanecieron nueve mortales horas, pero apenas refrescó el ambiente emprendieron otra vez la caminata. Tres días después estaban tan débiles, que se dejaron caer en el suelo y permanecieron todo un día tendidos al sol, sin poder siquiera hablar. El fresco de la noche reanimó a Sven Hedín, que se levantó y echó a andar de nuevo. En cuanto a Kasim, estaba tan débil que no pudo ni ponerse de pie.

El valeroso sueco se encontraba ahora enteramente solo, pero a las seis horas oyó pasos a su espalda. Era Kasim. Reanimado también por la brisa nocturna, había seguido a su señor. Echaron a andar juntos y de pronto vieron ante sí larga fila de huellas todavía frescas. ¿Habría cruzado el desierto otra caravana, o iría ante ellos alguno de los compañeros que creían ya muertos? Ni lo uno ni lo otro; aquellas huellas eran las suyas propias, las de Sven Hedín y Kasim, que engañados por la obscuridad y por la uniformidad de las dunas habían estado andando en círculo.

Por fin, una mañana divisaron una línea negra por el horizonte. Era la fila de bosquecillos que bordean las orillas del río Kotan Daria. El júbilo de los viajeros era indescriptible. Pero el río estaba todavía lejos, y Kasim volvió a caer antes de llegar a él. Hedín estaba también demasiado débil para seguir en pie, pero se arrastró sobre las manos y las rodillas y al fin logró alcanzar el río, casi seco a la sazón, pero con agua bastante para satisfacer a toda una caravana.

El arrojado explorador bebió hasta hartarse; la brisa soplando entre los árboles produjo un rumor que le hizo pensar si alguna fiera vendría a disputarle el líquido; pero en aquellos momentos se sentía con valor para todo.

Satisfecha su sed, se dió un hartazgo de renacuajos, que engulló enteros y crudos, como si fuesen ostras. Después se acordó de su fiel Kasim. Llenó de agua sus altas botas de camino y corrió a llevárselas al criado. Encontróle casi moribundo; pero el agua hace milagros, y Kasim tuvo pronto fuerzas para esperar mientras su amo iba a buscar socorro. No tardó en encontrarlo. Junto al río acampaban algunos pastores nómadas, que inmediatamente se prestaron a socorrer y cuidar a los dos primeros hombres que habían salido vivos del terrible desierto de Takla-Makán.

Algunos especialistas están estudiando en la actualidad la manera de hacer más fácil la fabricación de diferentes objetos, no perfeccionando las máquinas, sino simplificando los movimientos humanos. Según parece, para realizar determinados gestos, hacemos un número grande de movimientos, de los cuales la mitad podrían ser suprimidos, doblando, en consecuencia, nuestras actividades.

Los neurasténicos prefieren el rojo y el púrpura a todos los demás colores. Tal es, por lo menos, la regla general.

Durante las enfermedades infecciosas, los enfermos debieran abstenerse de escribir. Sus cartas son un vehículo seguro para propagar las enfermedades. Si se recibe alguna comunicación de procedencia dudosa, será bueno desinfectarla antes de abrirla y leerla.

Para librar a los beodos de su funesto vicio se han inventado numerosas bebidas. La que parece dar mejores resultados está compuesta de ron y leche.

Sus efectos son bastante seguros y se prolongan durante mucho tiempo.

La crónica policial ha registrado numerosas veces el delito de la venta de la mujer por el esposo. Se ha dado, incluso, el caso de una mujer vendida por un chelín (alrededor de sesenta centavos).

En Holanda, durante mucho tiempo, se cobró un impuesto a los que solicitaban permiso para beber té.

En otros países estaba prohibido usar reloj sin pagar igualmente un impuesto y solicitar el permiso.

TIEMPOS MALOS



—¡Ay, señor, la vida es imposible! ¡Todo está tan caro, que no podré economizar nada para cuando sea viejo!

Las repúblicas hijas de la guerra

República de Polonia, 217.215 kilómetros cuadrados; 36.000.000 de habitantes; procedencia: Rusia, Alemania, Austria-Hungría.

República Checo-Eslovaca, 96.540 kilómetros cuadrados; 13.000.000 de habitantes; procedencia: Austria-Hungría.

República de Ukrania, 345.835 kilómetros cuadrados; 30.000.000 de habitantes; procedencia: Rusia y Austria.

República de Estonia, 11.746 kilómetros cuadrados; 1.750.000 habitantes; procedencia: Rusia.

República de Curlandia, 16.090 kilómetros cuadrados; 10.000.000 de habitantes; procedencia: Rusia.

República de Georgia, 40.000 kilómetros cuadrados; 2.500.000 habitantes; procedencia: Rusia.

República de Finlandia, 201.125 kilómetros cuadrados; 3.500.000 habitantes; procedencia: Rusia.

República Húngara, 51.488 kilómetros cuadrados; procedencia: Magyares, Hungría.

República alemana, 281.575 kilómetros cuadrados; 60.000.000 de habitantes; procedencia: Alemania.

República de Rusia Blanca, 325.260 kilómetros cuadrados; 5.000.000 de habitantes; procedencia: Rusia.

República de Kuben, 57.924 kilómetros cuadrados; 3.000.000 de habitantes; procedencia: Rusia.

República de Táuredi, 37.000 kilómetros cuadrados; 1.800.000 habitantes; procedencia: Rusia.

República de Terek, 28.000 kilómetros cuadrados; 1.300.000 habitantes; procedencia: Rusia.

República Austro-Alemana, 42.052 kilómetros cuadrados; 10.000.000 de habitantes; procedencia: Austria.

República de Letvia, 14.481 kilómetros cuadrados; 1.500.000 habitantes; procedencia: Rusia.

República de Lituania, 144.810 kilómetros cuadrados; 10.000.000 de habitantes; procedencia: Rusia.

Són 17 Estados soberanos, hijos de la guerra, que en su constitución han adoptado el nombre de República. Faltan ahí las llamadas Repúblicas del Soviet y las militares, y si además de éstas contáramos los países que se han constituído bajo diversas formas de gobierno, llegaríamos al número de 50 por lo menos, refiriéndonos, no ya sólo a Europa, sino a todo el Viejo Mundo. Los países que figuran en la lista dada arriba, carecen en la actualidad de estadísticas, y toda información ha de basarse, por consiguiente, en cálculos más o menos aproximados a la verdad.

Tenemos ahí a la República de Polonia con 217.215 kilómetros cuadrados de superficie, y una población de 36 millones de almas, cifras que exceden en mucho a la que le correspondían a la Polonia antes de la guerra con el nombre oficial de "Provincias del Vístula", y que vegetaba bajo la dominación de Rusia. A esa Provincia se han sumado los adyacentes territorios etnográficos polacos, como una gran parte de la Silesia Superior, al extremo oriental de Prusia, Goritzia, Posen, etc. La república cuenta con muchas riquezas naturales, entre las cuales figuran minas de carbón, de hierro, de cinc, de plomo, así de potasio y petróleo. Sus productos agrícolas son trigo, centeno, avena, cebada, patatas y remolachas; y entre sus industrias, las principales son las textiles y las de artículos de hierros y de acero. El pueblo de Dantzig sobre el Báltico, que antes pertenecía a Alemania y que hoy corresponde al "Estado libre de Dantzig", bajo la garantía de la Liga de las Naciones, queda al servicio de Polonia y Alemania está obligada a conceder a Polonia las comunicaciones ferroviarias al través del territorio alemán hasta Dantzig.

Ukrania está situada al Norte del Mar Negro, y su principal puerto es Odessa. Sus productos principales son el trigo y otros cereales, las remolachas, patatas, etc., y cuenta además con minas de hierro y carbón. Con 30.000.000 de habitantes en un vasto territorio, esta república puede alcanzar muy pronto un notable desarrollo industrial.

La República de Checo-Eslovaquia se compone de los checos de Bohemia, Moravia y Silesia, y de los eslovacos de la Hungría superior, que hablan un dialecto checo. La república está formada, consiguientemente, de Bohemia, Moravia, Silesia y Eslovaquia, con 96.540 kilómetros cuadrados y 13 millones de habitantes. De éstos unos 5 millones son bohemios, 3 millones eslovacos, 2 y medio millones moravios y 2 y medio alemanes.

La capital de la república es Praga, con 500.000 habitantes. La zona agrícola de esta república es considerada como una de las más importantes del centro de Europa, y las minas de carbón representan una riqueza fabulosa. Antes de la guerra se habían elevado las industrias manufactureras a un grado muy satisfactorio de desarrollo, y el número de las fábricas pasaba de cinco mil. La república no tiene costas marítimas y actualmente se trabaja por proporcionarle un puerto en el Adriático.

La República Húngara se estableció en 1918 con un territorio mucho menor que el antiguo reino que era parte de Austria-Hungría. Una gran porción de la parte sur fué incorporada al nuevo reino de Yugoeslavia, y una gran sección oriental pasó al dominio de Rumania.

La Turquía está en plena descomposición, de la cual van a resultar, según fundadas sospechas, hasta una docena de estados más o menos independientes o más o menos sometidos al mandato de los poderes de los aliados.

El congreso comunista de Oriente

Bakú, capital del petróleo, ha tenido el honor de albergar, durante el mes de septiembre último, el "Congreso Comunista de Oriente". Todos los burgueses, dice "The Times", habían recibido la orden de evacuar la ciudad, para dejar al proletariado y al ejército rojo en libertad de regocijarse sin testigos malquerientes. Las fiestas fueron magníficas, presididas por M. Zinovief, que no tiene de oriental sino el pseudónimo ruso, y que se llama en lenguaje alemán y botánico Apfelbaum. El día de la apertura, hubo una revista de tropas, y después la inauguración de la estatua de Karl Max, con discurso por el presidente. Con aplausos del auditorio, M. Zinovief lamentó que actos parecidos no hubieran tenido ya lugar en Constantinopla, París y Londres. Felicitó a los pueblos de Oriente por haber dado a los de Occidente una lección que éstos no tardarán en seguir, y tirando de un cordoncito, destapó la estatua del profeta germano.

Al mismo tiempo otros tres velos cayeron, descubriendo tres maniquíes, modelados con arte, representando a Wilson, a Lloyd George y a Millerand; los clamores de entusiasmo que habían acogido la figura del apóstol socialista se cambiaron en execraciones ante estos tres políticos que están haciendo durar todavía la guerra contra Rusia. Cuando el silencio se hizo, un tribunal tomó asiento sobre una estrada; era la Inquisición local que iba a instaurar el proceso de los tres políticos. Naturalmente, fueron condenados. Entonces el verdugo se aproximó a ellos, y vertió sobre sus vestidos, constelados de condecoraciones y cordones dorados, el contenido de una botella, pronunciando las siguientes palabras: "Aquí tenéis un poco del petróleo de Bakú por el cual estáis haciendo derramar tanta sangre humana". Una llama lució, y los maniquíes chirriaron como fuegos de artificio; lo más divertido fué ver las contorsiones de Lloyd George, cuyos bolsillos estaban repletos de billetes de banco ingleses, fabricados en Moscú, que volaban al viento.

M. Zinovief tomó de nuevo la palabra, después de este entreacto, para predicar a su auditorio los deberes y los beneficios de la unión de los trabajadores del oriente. Esto era muy necesario pues el soviet de Bakú que es turco-tártaro y la inquisición de Bakú, que es rusa, tiene dificultades para entenderse en otros asuntos que no sean su odio común a los aliados. El orador ensayó hacer comprender a los turcos que los rusos los adoran, sólo que, con la mente de instalar en todas partes el régimen soviet, Moscú no podrá asociar plenamente a Turquía a los beneficios del comunismo, sino después que los turcos hayan derrocado sus sultanes y califas despóticos.

Este discurso no persuadió completamente al auditorio; manifestaciones antirrusas interrumpieron al orador y crearon una gran confusión. La asamblea contenía más de dos mil delegados casi todos iletrados, divididos por los idiomas y las opiniones, que vociferaban a la vez en todas las lenguas de Europa y Asia. Un tártaro de Elisabetpol reprochaba a los rusos el masacre de quince mil de sus compatriotas; un hombre del Turquestán se quejaba de que los moscovitas oprimen a los Usbegs y a los Starts. Hubo alguna calma cuando Enver Pachá subió a la tribuna. No se supo sin embargo lo que dijo; había anunciado un largo discurso; en virtud del reglamento tuvo sólo diez minutos disponibles.

El acuerdo no se restableció sino para votar por unanimidad la guerra hasta lo último contra el capitalismo y el imperialismo opresores. Con estos nombres se distinguen allá las potencias de la Entente.

Los cisnes de Ana Pavlowa

La inolvidable danzarina Anna Pavlowa, la inmortal creadora de "La Muerte del Cisne" y la "Amarilla", ha regresado cargada de laureles, a su viejo y querido "Home" de Londres, en Golders Green.

Ahí, en la quietud de su hogar, descansará una temporada la incomparable Anna, contemplando cómo sus cisnes blancos rielan sobre las mansas aguas del estanque de su principesco parque.

A este respecto, copiamos de "L'Opinion" la siguiente noticia:

Los equipajes de Anna Pavlowa

"... la Pavlowa se halla al fin de regreso en Londres, donde habita una encantadora casa en Golders Green.

"Trae consigo no menos de 385 baúles. En efecto, ella transporta no sólo sus incontables vestidos de teatro, de calle, etc., sino los numerosos objetos, recuerdos y "bibelots" que ha coleccionado durante su largo viaje. Fué preciso fletar un barco especial para traer desde Amberes todo este equipaje y la suma distribuída en propinas a las personas que ayudaron a embarcarlo, constituye una pequeña fortuna.

"A su regreso, una decepción aguardaba a la célebre bailarina. Sus cisnes favoritos, — tras una ausencia de cinco años, — no la han reconocido, y a pesar de los pedacitos de pan que les ofrece, se lanzan sobre ella, amenazadores, graznando. ¿Estarán resentidos contra ella por haber imitado tan bien "La Muerte del Cisne"?

"—Hago lo posible porque seamos de nuevo buenos amigos, confiesa ella, pero tengo un poquito de miedo de no poder lograrlo."



Las nuevas repúblicas de Rusia, Finlandia, Estonia, Curlandia, Lituania, Polonia, Ukrania y Armenia.